LA ESPAÑA MODERNA

2008 Ministerio de Cultura

2008 Ministerio de Cultura

AÑO 26. NUM. 301.

LA ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

ENERO 1914

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

2008 Ministerio de Cultura

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

2008 Ministerio de Cultura

UN NUEVO GUZMÁN EL BUENO

Ha tenido la fortuna un buen amigo mío, el catedrático de la Universidad de Zaragoza D. Andrés Giménez Soler, de dar en el Archivo de la Corona de Aragón, haciendo sus estudios sobre las relaciones diplomáticas sostenidas entre los Reyes de aquel antiguo Estado de la actual Monarquía española con los alhameritas de Granada, desde la fundación de este reino hasta su conquista por los Reyes Católicos (1), los documentos hasta ahora no consultados por nadie, que nos hacen conocer la hermosa figura del héroe de Tarifa, Guzmán el Bueno, desde un aspecto en que a ninguno se le había ocurrido considerarle, dado el relieve con que la secular leyenda nos lo ha hecho esculpir de una manera imborrable en la imaginación. Lo que hasta ahora hemos sabido de todos estos románticos prohombres que forman la más bella odisea de la redención de la patria, se reducía a pintarlos solamente como soldados de suma rudeza, que no sabían más que pelear con valor indomable para vencer siempre a sus enemigos. Tenerles por hombres civilizados en medio del ambiente del tiempo en que vivieron; concederles otras facultades que las del vigoroso manejo de las armas; reconocerles que pudieran ser hombres de Estado, ni aun siquiera que supiesen escribir con mal formados garaba-

(1) Giménez Soler: *La Corona de Aragón y Granada*. Barcelona. Imp. de la Casa Provincial de Caridad, 1908.

2008 Ministerio de Cultura

tos en los documentos en que intervenían, todas esas eran ideas tan lejanas de nuestro juicio acerca de sus respectivas personalidades, como la esfera del sol de la de la luna.

Cuando para solemnizar la entrada del Rey D. Alfonso XIII en su mayor edad publiqué mi estudio sobre *La Firma de los Reyes Alfonsos*, en que me propuse demostrar: primero, que los signos de los diplomas que conservamos en nuestros archivos, desde el reinado de Alfonso III de Asturias hasta Alfonso VII de León, en que se conservó la escritura de los godos, no eran rasgos arbitrarios, sino que en sí encerraban o el nombre o el símbolo de los que los hacían; segundo, que los Reyes primitivos, así de Castilla como de Aragón, supieron escribir, y escribieron; y tercero, que lejos de ser una verdad lo que hasta aquí se ha sostenido, que en medio de las llamadas obscuras nieblas de la Edad Media, las altas clases palatinas y militares tenían toda la cultura compatible con aquellos tiempos, tuve el gusto de reproducir el facsímile de la firma de Garci-Pérez de Vargas, el conquistador con San Fernando, de Jerez y de Sevilla, que había encontrado afortunadamente en un diploma de su tiempo del Archivo Histórico Nacional. Persona tan instruída y tan estudiosa como el Sr. Conde de Valencia de Don Juan dudó de que fuese auténtica; y saliendo yo un día del mismo Archivo, tropecéme con el Sr. D. Guillermo de Osma, que iba a él, en nombre y por encargo de su señor padre político, a cerciorarse y ver por sí la verdad que había en lo que yo había afirmado. El Director entonces del Archivo Histórico Nacional, D. Vicente Vignau, a quien yo comunicaba cada uno de estos venturosos hallazgos que tuve el honor y la dicha de realizar, había atendido el ruego que le dirigí, y el diploma con la suscripción autógrafa de Garci-Pérez de Vargas había sido colocado en una de las vitrinas que facilitan la admiración de esta clase de peregrinos documentos; de modo que me fue gratísimo y facilísimo sacar al Sr. Osma de su curiosidad, dando el cumplimiento debido al encargo del Conde de Valencia. Y es que como hasta ahora no se han tro-

2008 Ministerio de Cultura

pezado firmas autógrafas del Cid, de Guzmán el Bueno y de otros personajes de esta altura en la Historia y en la leyenda, se continúa considerándolos meramente como hombres de fuerza, desprovistos de todo bagaje de cultura intelectual. En este error han caído casi todos los que han escrito de los siglos medios, y muy particularmente el italiano César Cantú.

Ni los historiadores genealógicos de la casa de Medina Sidonia, ni los historiadores y cronistas de los hechos generales del tiempo en que Guzmán el Bueno vivió, han procurado dibujar su figura en el lleno del papel político que en su época representó; y el descubrimiento de este precioso aspecto con que se levanta más y más el concepto del defensor heroico de Tarifa, puede decirse que enteramente es debido al escritor laboriosísimo que antes he mencionado y a los documentos inéditos del *Archivo de la Corona de Aragón* que nos ha hecho conocer. El teatro de la acción comienza desde que en el año 1292 el Rey D. Sancho IV de Castilla se puso delante de los muros de Tarifa, protegido por mar por las galeras de Jaime II de Aragón, al mando del Vicealmirante Berenguer de Montoliu, y aun por tierra por las armas del Rey Mohamed Aben Nazar de Granada, para oponerse todos de común acuerdo a las invasiones africanas. Con la deserción a Africa de los benixquilulas de Comares, Guadix y Málaga, cesaron para el príncipe granadino, sobre todo, las intrigas de los de esta raza, unas veces con los cristianos y otras con los musulmanes benimerines; pero el sultán de éstos, Aben Jacob, todavía era dueño de Tarifa, Ronda y Algeciras, y por lo tanto del Estrecho, podría entrar y salir libremente de España, y a todos convenía la clausura de aquella puerta, a cuya posesión aspiraban a un mismo tiempo el rey nazarita y el monarca castellano. Sancho IV se adelantó a poner sitio a Tarifa; y aunque sus dos aliados de Aragón y de Granada enviaron los contingentes convenidos para auxiliarle, el de Castilla, tras seis meses de asedio, tomó por sí la plaza, quedando los demás estrictamente en su auxilio. El de Ben-Alhamar tenía por fin el que,

2008 Ministerio de Cultura

tomada Tarifa, el rey de Castilla se la rendiría a cambio de otras recompensas; pero Sancho, comprendiendo su valor, y que dejarla en poder de musulmanes equivalía a tenerla siempre abierta contra los poderes cristianos, una vez posesionado de ella se resistió a cumplir lo prometido, sin devolver siquiera los seis castillos que ya tenía ocupados en el territorio que el granadino le había designado en compensación.

El rescate de Tarifa fue desde aquel momento base de una multitud de negociaciones diplomáticas, bastante complicadas, entre los soberanos de las tres Coronas peninsulares y el sultán del Al-Mogreb. Primero hubo embajadas y quejas al rey Jaime II contra Sancho el Bravo; quejas que obligaron al primero a decir al de Granada, en 25 de Abril de 1294: «Nos tenemos por tal al rey de Castella, que todavia fará á vos complidamente lo que façer vos deva nin vos haya prometido, é eso mismo tenemos Nos por tal que faredes al rey de Castella complidamente lo que façer devades nin le ayades prometido; é si entre ell é vos a alguna discordancia por alguna raçon, pesarnos a mucho de corazon, é Nos enviar le hemos nuestro mandadero, con quien le enviaremos á rogar é á aconseiar que el que se lieve bien con vos é que vos cumpla todo aquello que vos a el complir.» Sobrevino después la facción del Infante Don Juan, expulsado de los dominios de Portugal a instancias del rey de Castilla, órigen de la leyenda heroica del puñal de Guzmán el Bueno desde el adarve, que aunque tan caro al corazón del padre valeroso, produjo el desastre para los que intentaron contra Tarifa un golpe de fuerza; y desde aquel momento, Alfonso Pérez de Guzmán, el Bueno, no sólo se revela el único *bueno* entre todos los de su tiempo, sino el patriota decidido y el hombre de Estado resuelto, que nos van a demostrar los hechos posteriores y los documentos.

Todos los esfuerzos de la diplomacia, así granadina como africana, con la corte de Aragón, se hacían ineficaces, no logrando sacar de su neutralidad al aragonés contra el castellano. Mohamed II reclamaba a la vez la recuperación de Tarifa,

2008 Ministerio de Cultura

con la de Veger, Alcalá de los Gazules, Medina Sidonia y Cazalla, que habían sido las cuatro plazas del rey sabio, a cambio de su neutralidad en las guerras entre alhamares y benixquilulas; pero a la muerte de Sancho el Bravo las relaciones entre las dos coronas cristianas se quebrantaron, por haber querido Jaime II, contra los derechos del menor Fernando IV, hijo de aquel rey y de D.ª María de Molina, que se reconociera por legítimo sucesor del Trono de Castilla a D. Alfonso de la Cerda, nieto de Alfonso X, con lo que pactó estrecha alianza con el granadino, procuró desmembrar el reino, quedándose él con Murcia, y aun dividió las provincias restantes entre el menor legítimo y el pretendiente protegido por él; y, por último, habiéndose él corrido hacia las tierras bajas en que se apoderó de Murcia, dejó al granadino en libertad de llevar sus correrías hacia los demás dominios castellanos, siendo de nuevo Tarifa única aspiración estratégica del poder musulmán en la Península, blanco otra vez de las acometidas más violentas para forzar su rendición. «Como en los tiempos de Sancho el Bravo, dice en este lugar el Sr. Giménez Soler, convergieron las armas y la diplomacia en Tarifa, combatida por los moros con tesón igual a la energía puesta en su defensa por D. Alonso Pérez de Guzmán, el cual, por su bravura en mantenerla y conservar para el rey menor D. Fernando la tierra que le dejó en guarda el rey D. Sancho, confirmó otra vez el dictado de *bueno*, con que la posteridad honra su memoria. El fue el único que mantuvo enhiesta la bandera de la Reconquista que simbolizaba la verdadera política española, y él el único de los hombres de su tiempo que no pospuso al suyo los intereses de su patria, a pesar de las grandes ofertas de los enemigos, y no obstante el abandono en que le dejaron sus compatriotas. El salvó la Andalucía de ser nuevamente musulmana, y él solo sostuvo el empuje de todo el poder granadino, reforzado por moros africanos, sin que del centro ni de las regiones extremas de España vinieran en su socorro, antes al contrario, le excitaron a claudicar y a vender su fidelidad.» Giménez

2008 Ministerio de Cultura

Soler transcribe una carta de Guzmán *el Bueno* al rey de Aragón D. Jaime II en 1301, que empieza así:—«*Sennor*, bien cuydo que sabedes que después que el rey D. Sancho, que Dios perdone, finó acá la muy grand guerra que avemos avido en esta tierra con los moros. Sennor, por esta raçon ove de mantener mucha gente syempre de cada dia por guardar esta tierra para el rrey don Fernando, mio sennor, que el rrey don Sancho me dexó en guarda.» El mismo autor, con este texto, hace observar que ni las historias árabes hasta aquí conocidas, ni nuestras crónicas cristianas habían hecho notar la importancia de aquellas guerras a que Guzmán se refería escribiendo a su dictado para el rey D. Jaime, y que, además de su palabra digna del mayor crédito, indiscutiblemente se deduce del hecho de que el Infante D. Enrique, «para poner fin a males mayores», hubiera osado proponer la cesión de Tarifa a los moros, y que hasta la misma reina D.ª María hubiese llegado a pensar si convendría realmente conservar aquella plaza, más que sufrir por conservarla los desastres que pesaban sobre Castilla. Aquella campaña, que había comenzado a fines del año 1295 con la toma de Quesada, tras la que vinieron las derrotas del maestre de Calatrava, junto a Iznalloz, y de las fuerzas organizadas por los prelados de Sevilla y Córdoba, y los arcedianos de Toledo, Valladolid y Burgos, junto a Sevilla, de tal modo llegó a arredrar a los consejeros de la Reina Regente, que la siempre animosa D.ª María de Molina consintió en mermar por aquella frontera la herencia de su hijo el Infante D. Enrique, y el Maestre de Santiago, en su nombre, llegasen a pactar con el granadino la entrega de Tarifa, absolviendo al heroico Guzmán del juramento de fidelidad que para conservarla tenía hecho.

Estos pactos no llegaron a cumplirse por no prestarse a ello el que en su mano tenía entregar o guardar la plaza a todo trance. Estrechado por los consejeros de la Reina y por la Reina misma, aún halagó un pensamiento para salvar a Tarifa del dominio mahometano. Entonces buscó el amparo del

2008 Ministerio de Cultura

rey de Aragón. Jerónimo de Zurita dice que los ofrecimientos de Alonso Pérez de Guzmán eran que, de ponerle sitio los moros, durante más de tres meses, por no querer entregarles a Tarifa, le socorrerían las naves catalanas, y que, de intentar privarles de recursos, embargándole sus rentas, le prestaría Jaime II una cantidad igual a la embargada, haciéndole desde este momento *homenaje por aquella fortaleza*, sin que se tuviera libre del mismo en tanto que por el rey D. Fernando, o quien reinase en Castilla, no se hubiese reconocido aquella deuda, o si el monarca castellano, no reconociéndola, se negase a satisfacerla. Entonces el de Guzmán entregaría al rey de Aragón la villa y el castillo. Apreció éste como cumplía la nobleza, lealtad y patriotismo del *Bueno*, dice el Sr. Jiménez Soler, el cual, antes de entregar a los musulmanes una fortaleza cristiana y española, buscaba un rey cristiano y español que la defendiese, para entregársela. El de Aragón, en su condición de aliado del de Granada, se resistió a prometer socorro alguno, mientras el granadino, cumpliendo su palabra, no hiciese paces con el castellano y viniese contra él, según decía Guzmán que trataba; pero, *veyendo las grandes guerras* en que Guzmán se hallaba empeñado, y *non queriendo parar mientes* a la que sostenían castellanos y aragoneses, mandó a todos los corsarios de su tierra que no hiciesen mal a los barcos ni a las costas andaluzas, y a su vez, el Bueno y la reina Doña María prohibieron a sus súbditos de aquella región causar daño a las tierras y vasallos aragoneses. Ante estos hechos, los moros que hostilizaban a Tarifa concedieron a Guzmán una tregua de tres meses, que Guzmán aprovechó para pasar a Sevilla a visitar a su monarca y señor natural.

Un enviado de Guzmán a la corte de Aragón, el noble caballero Pero de San Martín (6 de Enero de 1330), hizo más, tanto por disminuir los rigores de la guerra entre castellanos y aragoneses, cuanto por llegar a la concordia, que todos cuantos habían negociado cerca de los dos respectivos monarcas. La contestación del rey D. Jaime a la embajada de Guzmán

2008 Ministerio de Cultura

el Bueno, es un documento, de los muchos inéditos de estas negociaciones, que demuestran en qué alto grado se cernía el concepto político del siempre heroico defensor de Tarifa.

He aquí este documento:

«Don Jayme... *al noble é amado Don Alfonso Pérez de Guzmán, salut*, etc. Recibiemos vuestra cartas que agora nos embiaste con el homne vuestro portador destas letras; é entendido todo lo que en aquella era contenido, viendo el vuestro buen entendimiento que habedes en exalçamiento de la xpiandat é faser servicio a Dios, plugo nos mucho de lo que nos embiastes desir en las dichas cartas vuestras. E respondemos vos que, quanto en nos es todavia, nos plaçeria de coraçon é daríamos obra en quanto nos buenamente façer la podiéssemos, que paz é amor é concordia fuesse entre los xpianos, é todavia fué tal é es nuestro entendimiento. E assí, si vos, por esta raçon, queredes venir á nos, plaçer ha muyto con vos. E sabido el entendimiento vuestro, daremos aquel meior conseio é obra que podamos, como sea paz, amor é concordia entre los xpianos. E si vos, antes que nos seamos partidos de nuestra tierra por ir en servicio de Dios al santo Papa de Roma, no seredes venido á nos, quando seamos delante el dicho Padre Santo, nos fablaremos con él de lo que nos avedes embiado á deçir de poner en buen estado la xpiandat, é procuraremos quanto podamos en façer sobre esto todo aquello que sea á servicio de Dios é á proveyto de la xpiandat é en poner aquella en buen estado. Dada en Barcelona á VIII días andados del mes de Mayo en anyo de nuestro senyor de MCCXCVIII.»

No se verificó aquella entrevista entre el rey de Aragón y Guzmán el Bueno, a causa de la expedición que el primero tenía preparada, e hizo inmediatamente a Italia; pero hay otros dos documentos del año 1301, entre aquel ilustre repúblico y aquel soberano, que deben ser conocidos: el primero, es otra carta del rey D. Jaime al de Tarifa, del 26 de Junio; y el segundo, otra de Guzmán al rey, del 13 de Agosto de dicho año. La primera dice así:

2008 Ministerio de Cultura

«DON JAYME, *por la gracia de Dios, rey de Aragon*, etc. Al amado suyo, ALFONSO PEREZ DE GUZMAN, salud é dileccion. Reçebiemos la carta vuestra que agora nos embiastes é entendido plenament todo lo que en aquella era contenido, plogo nos muyto de lo que nos fiçieste sauer en ella é veemos é cognoscemos lo bon entendimiento que vos havedes é avedes havido fasta aquí en endreçamiento de los fechos de vuestro sennor é nuestros, é á bien é á pró de la xpiandat. E respondemos vos que fué verdad que algunos dellos se veeren con nos ya tiempo há, é faularon con nos lo que quisieron. E nos respondiemosles á aquello que nos dixeron segund que paresçió á esos que nos fiçiesse á responder: assi que despues que se fueron delos ninguna cierta respuesta non ovimos ni nos nonde oviemos grand cosa nin nos entrometiemos dal. Pero porque vos sodes homne que nos muncho amamos é fiamos de vos, assi como de bueno é legal cavallero, façemos vos saber que si vos segund que ya fué tractado queredes venir á nos que nos plascerá muncho, é desta raçon é dotra faredes faular con Vos é Nos faular end emos de grado con vos. E posedes sauer lo bueno entendimiento nuestro que nos avemos en servir á Dios é en poner en buen estado la xpiandat, catando toda vez lo que avemos de catar á nuestros amigos é á aquellos que an deuda con nos. Fecha la carta en Leyda XXVI dias andados del mes de Junyo en el anyo de nuestro senyor de M. CCC. é uno.»

Tampoco esta entrevista se verificó para la buena acogida que el rey D. Jaime daba a sus cartas; le alentó para hacerle una nueva petición a fin de remediar el estado de verdadera inopia en que, a causa de las guerras e inquietudes del tiempo, se hallaba toda España; pero principalmente Andalucía, donde el hambre hacía terribles estragos. La carta de Alfonso Pérez de Guzmán el Bueno al rey decía de este modo:

«AL... REY DE ARAGÓN, DE VALENCIA ET DE MURCIA... *yo Alfonso Perez de Guzman...* SENNOR: Bien cuydo que sauedes que despues que el rey Sancho, que Dios perdone, finó acá la muy grand guerra que avemos avido en esta tierra con los

2008 Ministerio de Cultura

moros. Sennor, por esta razon ove de mantener nuestra gente siempre cada dia por guardar esta tierra para el rey Don Ferrando, mio Sennor, que el Rey Don Sancho, su padre, me dexó en guarda. Et, Sennor, como quier que esta tierra es muy bona de pan, a bien unos annos que no ovo en ella pan, sino muy poco, en guisa y en la sierra está agora mucho menguada de pan. Et, Sennor, yo, atreviendome en la vuestra mercet, para mantener la gente é la costa que yo tengo, porque esta tierra sea guardada e amparada, Pido vos mercet que me mandascedes dar en la vuestra tierra por mis dineros fasta quatro mil quarteras de trigo que agora é menester... fecha XIII dias de agosto era de Mille e CCC e XXXIX añnos» (1301).

En esta situación de las cosas vino para Guzmán el Bueno el momento más crítico de su vida para su entereza y patriotismo. Todas las coronas peninsulares, desgarradas por las largas guerras, se hallaban deseosas de la paz, y la paz para los Estados cristianos, dadas sus recíprocas rivalidades y sus particulares compromisos, era la transacción con los nasaríes de Granada, cuya condición precisa se cifraba en la entrega de Tarifa. El rey de Aragón escribía hasta al Papa para que su influencia con la reina D.ª María de Molina consiguiera que Castilla transigiese de una vez en un asunto cuyo único obstáculo consistía en lo que se consideraba una loca obstinación del defensor de la plaza. Como ninguno creía que Guzmán el Bueno, por ningún respeto divino ni humano, se allanaría a entregarla, los consejeros de la reina la invitaban a que en virtud de sus soberanas prerrogativas, tomase la plaza para sí, a fin de que después pudiera fácilmente cumplir lo acordado. El resultado de todas estas negociaciones fue, como las veces anteriores, negativo; pero todavía representaba como posible una nueva solución, que apoyaba con toda su fuerza el rey Mohamed II, el aliado de Aragón. Esta solución consistía en plantear la cuestión de la devolución de Murcia, que el Aragonés había tomado para sí, a Castilla, a cambio de que Cas-

2008 Ministerio de Cultura

tilla diese a Tarifa en recompensa. Sin la firmeza heroica de Guzmán, acaso el rey Mohamed hubiese visto satisfechas sus ambiciones. No obstante, al ocurrir la muerte de Mohamed II, todas las cosas tomaron un nuevo giro. La paz entre Granada y Castilla fue un hecho apenas fue proclamado sucesor, lo que, al saberse en Aragón, fue penosísimo al rey Jaime II, bajo el temor de que aquella reconstitución equivaliera a un nuevo pacto de alianza entre Castilla y Granada, para hacer la guerra al monarca aragonés. La paz la negoció personalmente don Alonso Pérez de Guzmán, presentándose en Granada para plantearla, y sus condiciones fueron el mutuo reconocimiento de lo ganado respectivamente de la otra por cada una de las partes contratantes: de modo que Castilla se quedó definitivamente para sí con las plazas de Tarifa, Cazalla, Medina Sidonia y Veger de la Frontera. Así, desde Elche, lo hacía conocer del rey de Aragón su legado Bernat de Sarriá, en 10 de Setiembre de 1303.

La conservación de Tarifa trajo en pos de sí, cinco años más tarde, el sitio de Almería por el monarca aragonés y el sitio de Algeciras por las fuerzas castellanas, mientras una escuadra de Aragón delante de Ceuta bloqueaba el estrecho de Gibraltar, cerrando para siempre a los africanos las puertas que les servían para introducirse en la Península. Después de haberse revelado D. Alonso Pérez de Guzmán como tan consumado político en la corte de Aragón y en la corte de Granada, suyos, como militar experimentado, fueron los proyectos para aquellos cercos y la conquista de Gibraltar, doblemente apoyado por mar por los barcos aragoneses, mandados por don Jaspisto de Castellnou, y por tierra, con los asoldados de don Juan Núñez. Sobre esta conquista es hermosa la carta del principal caudillo dirigida al rey de Aragón. Dice así:

«*Al muy noble é mucho onrrado sennor Don Jaimes, por la gracia de Dios Rey de Aragon, de Valencia é de Córcega é de l'Serdenna é Conde de Barcelona é de la Sancta Eglesia de Roma tennalero é almirante é capitan general.*—Yo Alfonso Pé-

2008 Ministerio de Cultura

rez de Guçmán beso vuestras manos é me encomiendo en vuestra gracia, assí como a sennor a qui he muy grant voluntat de servir.—SENNOR, fagovos sauer que el Rey don Ferrando, que es aquí sobre Algeçira é la tierra cercada. Et, Sennor, sabet que si las vuestras galeras no llegaran aquí el dia que llegaron, que era desfecha la venida sobre Algeçira. Et la ora que el Rey supo que y eran las galeras, movió para allí et cercóla. Et, Sennor, Algeçira é otra villa que es y cerca que dicen Gibraltar son un puerto. E don Guisbert, vuestro vasallo é yo faulamos con el Rey que la fuéssemos á ver qué lugar era. E don Guisbert é yo fuemos en las nuestras galeas á ver el lugar que era. Et fallamos que era lugar muy fuerte. Pero que faulamos con el Rey que enviasse y las vuestras galeras con don Guisbert é gente de la suya et que lo combatiríamos. Et, Sennor, el Rey envió aquí don Juan Nuñez é á mí, é otrosí don Guisbert con las vuestras galeas vino y, Et, Sennor, de guisa fuí combatido una vez, que no osaron y después atender otro combatimento, en guisa que, loado sea Dios, que con el esfuerzo é la ayuda de don Guisbert con la gente de vuestras galeas y feiciron que el lugar que se dió al Rey, é es uno de los fuertes lugares del mundo, segunt don Guisbert vos dirá. Otrosí, Sennor, vos fago saber que vió el Rey las vuestras cartas en razon de la buena andanza que vos Dios dió contra el poder del Rey de Granada que venciestes. Et, Sennor, al Rey é á quanto acá son con él plogo mucha ende, cá, Sennor, la buena andanza es del Rey é nuestra, é la andanza buena del Rey es vuestra. Et, Sennor, pido vos yo merced que en toda obra que vos cumpla el mio servicio, que me lo enviedes mandar é seet çierto que vos serviré é muy buena suerte. E, Sennor, de las nuevas vacá non vos envyo desir, porque don Guisber vos las contará todas. Fecha en Gibraltar XII dias de setiembre.»

Puede decirse que este fue el último triunfo militar y político de D. Alfonso Pérez de Guzmán, *el Bueno*. Después de la conqnista de Gibraltar Guzmán el Bueno, el Arzobispo de Se-

2008 Ministerio de Cultura

villa, D. Ferrand Pérez Tomé, el Consejo de Sevilla y otras gentes entraron á correr las tierras de Granada, llegando hasta diez leguas de la capital, «gentes del Rey de Granada, según otra carta al Rey D. Jaime, embarazáronse con ellos é mataron y á D. Alfonso Pérez é quatro caballeros con él, é de la otra gente, como yvan en algora, comenzaron á derramar á cada parte é mataron fasta treynta de á caballo é mille omnes á pié... Dado en el Real de sobre la cerca de Algecira XXII dias de setiembre.» La muerte del de Guzmán, y la defección de otros caudillos, obligó a los reyes de Aragón y Castilla a levantar los cercos respectivos de Almería y Algeciras, tristísimo funeral a la pérdida de un hombre tan insigne.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

2008 Ministerio de Cultura

PADRE E HIJO

ESTUDIO DE DOS TEMPERAMENTOS

CAPÍTULO X

Yo tenía mi camita en un rincón del cuarto, y cerca de la puerta se alzaba la cama de columnas, en la que dormía mi padre. Una espléndida mañana de Setiembre, muy temprano, tenía yo entonces cerca de once años, me llamó mi padre. Subí a su cama, me metí en ella y tuvimos una grave conversación. Empezó ésta inopinadamente. Me preguntó si me gustaría tener una nueva mamá. Yo no fuí nunca un sentimental; así fue que contesté prudentemente que dependía de quien fuera ella. Paró él el golpe anunciándome que de todas maneras estaba ya en camino la nueva mamá, y que seguramente sería de mi gusto. Sin embargo, en el tono de quien no quiere comprometerse, pregunté: «¿Vendrá conmigo detrás del horno de cal?» Esta pregunta dejó muy perplejo a mi padre. Tuve que explicarle que la ambición de mi vida era subir a la cumbre de la colina que se alzaba sobre Barton, detrás del horno de cal, lugar que era tierra prohibida, porque se le tenía en la localidad por extremadamente peligroso. «¡Oh! creo poder decir que irá—contestó entonces mi padre;—pero es preciso que adivines quién es.» Nombré a una o dos de las mujeres menos atractivas de la comunidad de los «Santos». Esto resultaba

2008 Ministerio de Cultura

molesto para mi padre. En efecto, la segunda persona que mencioné era una mujer casada que tenía una confitería en el pueblo. Así fue que se apresuró a decir: «Es Miss Brightwen.»

Muy bien hasta entonces, y yo estaba satisfechísimo. Desgraciadamente, recordé que mi deber me imponía rendir testimonio «en toda ocasión», y pregunté a mi padre con suma seriedad: «¿Es hija del Señor, papá?» El contestó con gravedad que lo era. «¿Ha tomado su cruz, haciéndose bautizar?»—añadí, porque este era mi punto fuerte como creyente. Mi padre pareció un poco desconcertado.—«A decir verdad—explicó,—todavía no ha visto hasta ahora la necesidad de ello, pero tenemos que pedir al Señor que la muestre claramente su camino. Ya ves, ella ha sido educada hasta hoy en la pretendida Iglesia de Inglaterra.»

Los papeles estaban ahora curiosamente invertidos. Yo era, a lo que parecía, el severo confesor, y mi padre el penitente que pedía perdón. Me incorporé en la cama, y agitando una mano, exclamé: «¡No me digas, papá, que ella es petobaptista!» Esta importante palabra era una adquisición reciente, y aproveché la oportuna ocasión que se me presentaba para servirme de tal vocablo. Mi padre se afectó penosamente, pero me repitió que tenía la seguridad de que si uníamos nuestras oraciones y exponíamos claramente a Miss Brightwen el plan de las Escrituras, llegaría sin duda a aceptar la doctrina del bautismo de los adultos. Añadió que no había que juzgar, por el temor de que fuésemos juzgados. Yo tuve el suficiente tacto para no recoger esto, porque había advertido muy bien que todo nuestro sistema era juzgar, sin que tuviésemos el menor deseo de ser juzgados. Es que, aun a la edad de once años, se da uno cuenta de que hay circunstancias en que no conviene estrechar demasiado la verdad.

Un poco antes de la Navidad, una noche en que helaba con fuerza, nos trajo mi padre a su esposa. El engalanamiento de la casa, el nuevo mueblaje, el traslado de lo que me pertenecía a una alcoba particular, los regalos de boda de los Santos,

2008 Ministerio de Cultura

todo esto, por interesante que fuese, palideció ante el hecho de que Miss Marks hizo «una escena» por la tarde. Yo estaba entretenido en bailar alrededor de la sala, repitiendo: «¡Qué contento estoy! ¡va a llegar mi nueva mamá!» cuando Miss Marks, con una voz que no le era natural, exclamó: «¡Qué niño tan cruel!» Yo me paré estupefacto y la miré sin pestañear. Entonces, prescindiendo de toda prudencia, gimió ella: «¡Y yo que pensaba que llegaría a ser tu querida mamá!» Me quedé literalmente atónito, después expresé mi horror en términos claros y enérgicos. Miss Marks cayó entonces en una furiosa crisis de nervios, mientras que yo la contemplaba sin ninguna simpatía y siempre profundamente molestado. Ella tenía razón; yo era cruel, ¡pero se necesitaba ser tonta! La consecuencia fue que, toda llorosa y sacudida por un temblor nervioso, se retiró a su gabinete, mientras que, todo sonriente y halagador, daba yo la bienvenida a los recién casados en el umbral de la casa, y con tanta cortesanía como si fuera un antiguo y estimado servidor de la familia.

Hallé inmediatamente una aliada en mi madrastra. Si ella no fue nunca para mí «una fuerte torre», fue por lo menos una «cabaña» en «mi jardín de cohombros». Persona piadosa, muy bien intencionada, pero sin ningún fanatismo, su espíritu no se regalaba naturalmente con aspiraciones espirituales. No tenía sino un defecto en sus relaciones con los demás, y era el ser un poco irritable. Afirmaba así su personalidad avasallada. Pero era afectuosa, simpática y, sobre todo, distinguida. Su distinción era extraordinariamente agradable a mis nervios, tendidos por todo lo que me rodeaba.

Hasta qué punto, pobre mujer aislada, se encontró mortificada en sus primeros contactos con el género de culto que practicábamos en la capilla, no podría decirlo, pero creo que estaba dotada de filosofía. Con sorprendente temeridad, y en oposición con todos los miembros de su familia, había elegido un pastel, y ahora reconocía que le era preciso comerle hasta la última miga. Mi padre ejercía sobre los deseos de su mujer

2008 Ministerio de Cultura

y sobre sus prevenciones una presión constante, jovial y tranquila. Nunca se mostraba duro ni brusco, pero sin cesar y poco a poco aumentaba la presión de tal manera que la voluntad de su esposa cedió a la carga. Hasta sobre la cuestión de la inmersión en público, por la que tenía un horror que fue largo tiempo invencible, y que era muy natural en una persona reservada y sensitiva que caminaba hacia cierta edad—hasta sobre esta cuestión del bautismo cedió, y mi padre, un domingo, cuando rompía el pan con los Santos, tuvo el consuelo de decirles: «Mi mujer, muy amada, ha llegado a percibir la voluntad del Señor, y rendirá testimonio de su fe el jueves por la noche.» No tenía nada de raro que mi madrastra fuese algunas veces irritable.

Desde el punto de vista de mi desarrollo físico, la debo una infinita gratitud. Los suyos, muy opuestos a la boda, le habían predicho, entre otras agradables profecías, que «la primera cosa que tendría que hacer sería enterrar a aquel pobre niño». Por obediencia a las rancias prescripciones de Miss Marks, dormía yo bajo un montón de mantas; no salía más que provisto de gabán y bufanda, y me defendían del aire puro como si se tratara de la peste. Con real valor, mi madrastra cambió todo esto. La ventana de mi alcoba quedaba abierta de par en par toda la noche; fueron proscritos los trajes de mucho abrigo, y me animaron a que estuviese al aire libre todo el tiempo posible.

Todos los censores que contaban los «Santos» menearon la cabeza. Mary Burmington, un poco agriada por el fracaso de su querida Marks, echó un solemne sermón a mi padre, que no sirvió para que prohibiese a mi madrastra seguir su excelente plan.

Mi estado de salud se modificó rápidamente con el cambio de régimen, pero la mejoría de la salud física no aportaba la de la salud espiritual. Mi padre, completamente ocupado en moldear la voluntad de mi madrastra e inflamar su piedad, me dejaba ahora en libertad hasta un punto nunca visto. Yo

2008 Ministerio de Cultura

no perdía la fe, pero otros muchos asuntos de interés tomaban en mi espíritu un puesto preponderante.

Supongo que se admitirá que no hay prueba más fuerte de una entera sinceridad religiosa que el fervor de la oración personal. Si un hombre, solo, junto a su lecho, prolonga sus rezos y no quiere dejarlos hasta haber obtenido lo que cree ser una respuesta evidente a sus súplicas, entonces, cualquiera que sea el carácter de sus protestas públicas o la debilidad de sus acciones, es absolutamente cierto que cree en lo que profesa.

Mi padre, cuando estaba solo, rezaba con un espíritu que casi podría yo llamar espíritu de violencia. Al implorar las direcciones de lo Alto, lo hacía con importunidad. Hubiera podido decirse que tomaba al asalto las ciudadelas de la gracia divina, no queriendo ser derrotado, asediando sin merced con sus ruegos a una divinidad que, a veces, me parecía inatenta a sus súplicas o fatigada por ellas. Las súplicas de mi padre, al observarle de noche, cuando me creía dormido, iban acompañadas de extensiones de brazos, de crujidos en las falanjes de sus dedos, de profundas aspiraciones, de sonidos murmurantes que parecían escaparse del silencio como, de la colmena, las abejas de Virgilio, *magnis clamoribus*. Mi padre robustecía su vida religiosa con la oración, como un atleta su vida física con la gimnástica respiratoria y vigorosas fricciones.

Turbábase mi conciencia por no poder llegar a tal fervor. La indigencia de mis oraciones había sido mucho tiempo para mí una fuente de tormentos, pero me era imposible descubrir un medio de enriquecer mi pobreza. Mi padre tenía la costumbre de ponernos en guardia, con gran solemnidad, contra el «servicio de los labios». Entendía por esto cantar los himnos y aportar su concurso a algún ministro, sin que el corazón tomase una parte viva o personal. Era la manifestación externa cuya tendencia podía yo bien percibir, pero existía un «servicio de los labios» más mortal aún, contra el que nunca se le ocurrió a mi padre prevenirme. Este servicio me asaltaba

2008 Ministerio de Cultura

cuando solo, junto a mi cama,con la vela apagada, en camisa de dormir, me ponía de rodillas. Entonces era cuando mi carencia de vida espiritual se manifestaba por la oración maquinal que dirigía a Dios, por la inanidad de mi lenguaje, por la ausencia de toda unción real.

Nunca pude llegar a pedir a Dios sus dones espirituales con la misma voz y el mismo espíritu con que hubiera pedido a alguien lo que sabía que le era posible darme, y con el vivo deseo de poseerlo. Este sentido de la realidad de la intercesión me fue siempre negado, y en ello había que ver, hoy lo comprendo, el estigma de mi falta de fe. Pero yo no sospechaba nada de esto en la época en que me esforzaba en estimular mi celo, zurrándome mentalmente de manera desesperada, como los niños hacen girar el peón a latigazos.

El mayor provecho que saqué de la venida de mi madrastra fue el que se me animase a hacer amistades con un cierto número de niños de mi edad, que recientemente había conocido. Mi madrastra hizo más que tolerar este trato amistoso: me ayudó en él; y gracias a lo bien que ella arregló las cosas, afirmáronse estas amistades afuera con cierta regularidad, y nuestras excursiones partieron en días fijos de una casa o de otra. No sé qué etapas tuve que recorrer para dejar de ser una criaturita solitaria, absorta en sus recuerdos de monografías y sus construcciones de barro, y para convertirme en uno de los miembros de una especie de club de ocho o diez muchachos activos. Las vacaciones del verano de 1861 fueron una delicia.

Al mirar hacia atrás, no puedo distinguir ninguna nube en mi horizonte terrestre; no percibo sino el llamear del sol, las pendientes de césped resbaladizas que descienden hasta las dunas; arenales blancos, promontorios rojos que se pierden en un mar de zafiro; en fin, nuestro feliz grupo, trepando, bañándose, barqueando, jugando y charlando todo el santo día. Una vez más he de notar un hecho, que no me parece sin interés: en el momento preciso en que mi vida cesó de ser solitaria, cesó también de aparecerme distintamente. No tengo dificul-

2008 Ministerio de Cultura

tad alguna en recordar, con la minucia de una fotografía, escenas de las que mi padre y yo, encerrados en las cuatro paredes de una habitación, éramos los únicos actores. Pero, en lo que concierne a la vida gloriosa que llevé con muchachos revoltosos, a orillas del mar, no hallo nada más que impresiones vagas y discontinuas, deliciosas e ilusorias.

Por un tiempo, mi padre se dejó llevar por la indulgencia. Prueba notable de esto es que no hizo ningún esfuerzo para contrarrestar la intimidad que yo había establecido con mis nuevos compañeros. El mismo se relajaba en sus severidades; se humanizaba, como lo demuestra su matrimonio y la composición, en aquella época de su vida, de la más pintoresca, la más fácil y la más graciosa de sus obras: *La novela de la historia natural*, libro clásico hasta lo presente. Todo se unía para hacerle creer que había caído sobre él la bendición del Señor, y para echar sobre el mundo y sus tinieblas un velo de color de rosa. No me acuerdo que nunca entonces, cuando salía yo por la mañana, para pasar todo el día con mis amigos en la playa, se le ocurriera recordarme que en toda ocasión debía hablarles de la sangre de Jesucristo. Y, por cobardía, yo dejaba dormir el dogma.

No todos mis compañeros eran hijos de los «Santos» de nuestra comunidad; sus padres pertenecían a esa clase liberal a la que no hacíamos más que empezar a atraer a nuestros servicios. Estaban educados en el seno de familias religiosas, pero no fanáticas, y entre ellos era yo el único «convertido». Mrs. Paget, de la que hablaré pronto, declaraba pintorescamente que le apenaba «ver un cordero entre tantos cabritos». Pero la imagen no nos parecía responder a la realidad. De hecho, pactamos un compromiso tácito, que hoy todavía lo creo excelente. Mis jóvenes cempañeros no se burlaban nunca de mí como «miembro de la comunidad de los Santos», y, por mi parte, no les hacía nunca valer la necesidad de la Expiación. En realidad, empezaba a prescindir cada vez más de mi fe personal para no sacarla sino los domingos.

2008 Ministerio de Cultura

Se habrá observado, espero, que, en la singularísima compañía de adultos que me rodeaba, si muchos eran débiles y algunos estaban perturbados, no había uno, por lo que yo puedo entender, que fuese hipócrita. No soy de los que creen que la hipocresía es un vicio que brote en todos los terrenos. Evidentemente, en materia religiosa más que en ninguna otra, hay entre nuestros pensamientos y nuestros actos, una contradicción perpetua, inherente a nuestro orden social, y que tiene que conducirnos a «ese engaño mutuo» de que habla Pascal. Pero me he preguntado frecuentemente con asombro, mientras que admiraba el espléndido retrato de Tartufo, si tal monstruo ha existido, o por lo menos, si ha cruzado a menudo el teatro de la vida; si Molière lo ha observado o solamente inventado.

En cuanto a adoptar un sistema de afirmaciones religiosas sin creer nada en su de verdad, sencillamente por ventajas sensibles, confesándose a sí mismo lo descarado de la maquinación, he aquí un camino que puede haberse seguido, que lo ha sido sin duda, pero mucho menos frecuentemente que los cínicos gustan de dar a entender. Ahora bien; en el punto a que me ha hecho llegar mi relato, conocí a un individuo que fue señalado a la faz del mundo entero como hipócrita criminal y condenado en este concepto por la policía de su país. Mi mismo padre no pudo hacer otra cosa que suspirar y reconocer lo bien fundado de la acusación. Y a pesar de todo, todavía dudo.

A mitad de camino aproximadamente, entre nuestro pueblo y la ciudad, alzábase una confortable *villa,* habitada por un abogado retirado, tal vez un magistrado, a quien llamaré Dormant. A menudo entrábamos en su casa, situada casi a mitad de camino; y aunque pertenecía a la congregación de la ciudad, le ocurría con bastante frecuencia venir a nuestra capilla «para romper el pan». Dormant era un hombre robusto, de tinte rosado, de costumbres agradables. Tenía hermosos cabellos blancos, una voz muy dulce, maneras atractivas y simpáticas. Daba pruebas de una grandísima facilidad y de un celo

2008 Ministerio de Cultura

extremado para expresarse en la piadosa fraseología de nuestra secta. Mi padre no se había sentido nunca muy atraído hacia aquel hombre, el cual, en cambio, profesaba, y creo que la sentía, una irresistible admiración por mi padre. Dormant no tenía una posición desahogada, y el año anterior había convencido a un anciano y acaudalado caballero a que fuese a vivir con él. Cuando, en el transcurso del invierno, murió, sorprendió mucho el saber que había legado a Dormant la casi totalidad de su fortuna, que no dejaba de ser considerable.

El asombro fue grande, porque el caballero fallecido tenía un hijo, al que quería mucho, y el cual estaba por entonces en el extranjero, creo que en la América del Sur, en donde ejercía una profesión perfectamente honrosa, con la completa aprobación paterna. Mi padre, en cuestiones de dinero, conservó siempre una delicadeza y un sentido del honor que no hubieran sido más notables en un hombre irreligioso, y tengo gran placer en recordar que la primera vez que habló de aquella herencia fue para lamentar que Dormant hubiese permitido al anciano caballero disponer así de su fortuna. Porque, decía mi padre, suponiendo que Dormant conociese la intención del testador, hubiera acusado un sentimiento más justo de su responsabilidad disuadiéndole de que tomase tan impropia determinación. Esto sucedía muchotiempo antes de ponerse en tela de juicio la cuestión de legalidad. Dormant había entrado entonces en posesión de su fortuna, y empezaba a prodigar liberalidades importantes a las sociedades misionarias y a la congregacion a que pertenecía. Si no me engaño, entregó a nuestro fondo de construcción, y sin que se lo hubieran pedido, cierta suma que mi padre devolvió después. Pero pronto supimos que el hijo del difunto había vuelto de los antípodas y que se dedicaba a una investigación minuciosa. Antes de que nos hubiéramos podido dar cuenta del asunto, una novedad estalló como una bomba sobre nuestras cabezas. Dormant, acusado de haber obrado delictivamente, acababa de ser detenido y llevado a la cárcel de Exeter.

2008 Ministerio de Cultura

Propagóse entre nosotros una gran simpatía por el prisionero. Pero disminuyó cuando nos dimos cuenta de que el anciano se había convertido durante su estancia bajo el techo de Dormant, y que el hecho de que su hijo no era un creyente le había parecido suficiente razón para desheredarle. Todas las dudas desaparecieron cuando, apremiada la enfermera que había asistido al moribundo, y la cual formaba también parte de los «Santos», reveló que Dormant había obtenido la firma puesta al pie del testamento llevando sobre el papel la mano del testador, cuando ya éste se hallaba en la agonía.

Mi padre, acallando por un esfuerzo de la voluntad la repugnancia que experimentaba, visitó al encarcelado antes de que se le juzgara. A su vuelta, refirió que Dormant manifestaba una confianza perfecta, y que había expresado la seguridad de su alegría y su paz en el Señor. Mi padre lamentó no haber logrado hacerle conocer que por lo menos había cometido un error de juicio. Pero en la Audiencia, cuando los hechos quedaron establecidos, sin que, de otra parte, los negase él, la actitud del acusado fue más extraordinaria todavía. No se pudo decidirle a expresar el menor remordimiento, y ante la cólera manifiesta del juez mismo, afirmó que no había hecho más que su deber de cristiano, impidiendo que aquella fortuna hubiera caído en manos de un hombre sin religión, que la habría derrochado al servicio de la carne y del diablo. Severamente reprendido por el juez, terminó afirmando que, en aquel mismo instante, tenía la convicción de que el Señor estaba presente en la Audiencia, a su lado, y le murmuraba al oído: «Esto va bien, bueno y fiel servidor.» En tal estado de ánimo, y con el rostro iluminado, fue condenado a trabajos forzados.

Fue éste un penosísimo incidente, y es fácil comprender cuán cruelmente comprometió a nuestra comunidad y qué ocasión de blasfemar fue para nuestros adversarios. Nadie, en ninguna de las dos congregaciones, podía ni quería tomar la palabra para defender a Dormant, y nosotros teníamos que bajar la cabeza cuando encontrábamos a nuestros

2008 Ministerio de Cultura

enemigos. El golpe era más duro para la congregación de la que había sido uno de los más notables comulgantes, pero nos alcanzaba también, y a mi padre le afectó vivamente el caso. Durante muchos años no quiso nunca mencionar el nombre del personaje, y rechazaba toda discusión sobre el hecho mismo.

Sin embargo, yo no estuve nunca seguro, y no lo estoy aún, de que aquel desgraciado fuese un hipócrita. Hay fanáticos vulgares en tan gran número como los hay distinguidos, y no estoy en modo alguno convencido de que Dormant, poco culto y poco inteligente, no estimara muy sinceramente que el dinero valía más que se dedicara a la propaganda religiosa que a los placeres del mundo, placeres de los que no tenía sin duda sino muy vaga idea. Medité mucho sobre este acontecimiento, y, por primera vez, despertó en mi espíritu una duda en cuanto a la completa y saludable eficacia de nuestro estrecho sistema de moral, que podía hacer que la conciencia de un creyente tolerase semejantes actos, denunciados por mi mismo padre como desleales y deshonrosos.

Mi madrastra había traído con ella una colección de libros como no los habíamos visto hasta entonces, aunque fuesen conocidos de todo el mundo, menos de nosotros. Los poemas de Walter Scott eran las especiales galas de la colección, y mi padre, que tenía una animación desacostumbrada y un espíritu dispuesto momentáneamente a las concesiones, se puso nada menos que a leer aquellas obras, en alta voz, a mi madrastra, en las tibias veladas de la primavera. Fue una especie de representación de corte de amor, un tributo poético a la esposa, algo muy sentimental y muy gracioso. Ella se sentaba muy tranquila, ante su cesto de labor, y él, enfrente, hacía brotar la oleada de los versos. Prescindíase de mí en aquella escena completamente matrimonial, pero yo estaba presente, y la lectura producía en mí una impresión más viva que sobre los protagonistas de la escena.

Mi padre leía admirablemente los versos, con un sentimiento profundo de la medida y del ritmo, hasta demasiado pro-

2008 Ministerio de Cultura

fundo para el gusto de algunos, no para el mío, haciendo vibrar las rimas y resonar los nombres propios. Empezó —y era elegir acertadamente—por *La dama del lago*. Era un placer particular para mí oirle con su fuerte voz hacer justicia a «Duncrannon» y a «Cambus-Kenneth», y despertar los ecos con «Roderigh Vich Alphine dhu, ¡ho! ieroe!» Yo anhelaba casi de emoción, mientras que un estremecimiento corría a lo largo de mi espina dorsal, cuando llegábamos al siguiente pasaje:

Coir-Uriskin, tu antro de fantasmas,
Produce un eco siniestro y penetrante,
Y la garganta siniestra donde los álamos se agitan
En Beala-nam-bo.

Estos versos me parecían llegar a lo ideal de lo sublime poético. Mis pensamientos estaban todo el día aguzados por las aventuras de Fitzjames y de los ciudadanos de Ellen's Isle. Esto se convirtió en una obsesión y cuando, una vez, me preguntó alguien si recordaba el nombre de la ciudad habitada por el pastor de los cristianos bíblicos, contesté como en sueños: «Sí... Beala-nam-bo.»

Al verme fascinado por la poesía épica de Sir Walter Scott, hasta el punto de experimentar a veces una especie de delirio, mi madrastra preguntó a mi padre si no podría lanzarme a la lectura de las *Waverley Novels*. Pero él no quiso consentir, por la razón de que eran relatos que daban de la vida una pintura falsa y turbadora, y que distraerían mi atención de las cosas del cielo. Yo no entendí bien la distinción que establecía entre las poesías que permitía y las novelas que prohibía. Sin embargo, supongo que consideraba una obra en verso como más artificial, y, por consiguiente, menos susceptible que una obra en prosa, de provocar una impresión realista. Y hay algo chocante en el escrúpulo de conciencia que permite *The Lord of the Isles* y excluye *Rob Roy*.

Pero más rara todavía, y casi caprichosa, fue la repentina decisión de mi padre que, privándome de las novelas de Scott,

2008 Ministerio de Cultura

me concedió leer las obras de Dickens. Recuerdo que mi madrastra manifestó cierta sorpresa, y que mi padre le explicó que Dickens «expone la pasión del amor bajo un aspecto ridículo». No pareció ella ser de este parecer, que, ciertamente, rayaba en lo extrasutil; pero me procuró un *Pickwick*, cuya lectura me cautivó inmediatamente. Mis carcajadas, en ciertos pasajes, eran casi escandalosas, y me valieron regaños por lo que perturbaba a mi padre cuando, en un cuarto del piso superior, se dedicaba al estudio de la palabra de Dios. Hube de tardar varios meses en la lectura de *Pickwick*, porque acostumbraba correr a través de un capítulo, volverlo a leer, esta vez atentamente, y, por último, cerrar los ojos para evocar las figuras y la acción.

Supongo que ningún niño haya gustado mejor el encanto que me producía la lectura del delicioso libro. Sentíame en compañía de un caballero de tal gracia, que me echaba a reir aun antes de que empezara a hablar. En cuanto hacía él la observación de que «el cielo estaba sombrío y huraño, que el aire era húmedo y frío», prorrumpía yo en carcajadas. Mi aislamiento en el rincón retirado en que vivíamos, al margen de la vida, hacía tal vez que me excediera algo en mi entusiasmo, y es posible que haya sido el último de la generación que acogiera al Sr. Pickwick con un sentimiento sin reservas e irresistible. Es cierto que hay pocos niños hoy que parezcan ser tan sensibles como yo lo fuí, con otros miles antes que yo, al género de fascinación ejercida por tal obra.

Es curioso que, viviendo en una casa en la que se cultivaba asiduamente cierto arte delicado de pintar, no hubiese visto todavía verdaderas pinturas. Apenas si me eran familiares las reproducciones en grabado. Mi madrastra aportó con ella el aroma de las bellas artes; una especie de perfume estético envolvía todos sus movimientos. Había encontrado en su juventud artistas auténticos, había visto pintar a Crome y había recibido lecciones de dibujo de un maestro que no era otro que Cotman. Pintaba a la acuarela paisajes, con una ciencia deli-

2008 Ministerio de Cultura

cada de los medios, y en el gracioso convencionalismo de Norvich. Sus álbunes estaban llenos de lindas abadías que hubieran recordado al iniciado *Liber Studiorum* de Turner; de boscajes sobre los que el fantasma de Creswick había dulcemente suspirado.No era un arte que nos asombrara; pero, con su reserva distinguida, era la realidad. Nuestras anémonas de mar, nuestros pájaros de los trópicos, nuestros fragmentos de rocas esponjosas, ornadas de encajes y aristas de coral, cualesquiera que fueran la habilidad y la conciencia que acusasen, eran irreales desde el punto de vista del arte.

Así, y sin comprender su valor, empecé a adquirir algunos conocimientos de las fases elegantes que tuvo, en sus comienzos en Inglaterra, la pintura a la aguada. Recuerdo un singular pilón de mármol, lleno de agua hasta los bordes, con un cielo gris azulado encima, y sus álamos de un verde obscuro que, semejantes a escobas mojadas, amenazaban al horizonte. El mismo Cotman había retocado aquel cuadro, que me pareció bello y curioso en su marco obscuro y liso, cuando lo colgaron en una de las paredes de la sala.

Sin embargo, y aunque a mi madrastra le gustara hablar de los goces de la Royal-Academy, yo no había visto aún cuadros con personajes. Así, pues, en un estado de bastante excitación fuí a ver con mi padre «Cristo en el Templo», un cuadro de Holman Hunt, cuya exposición pública se anunció, por aquella época, en la ciudad vecina. Pagamos nuestros *schillings*, y, con otros, subimos a una habitación del piso superior, desprovista de todo lo que hubiera podido distraer la atención. Del techo caía una fuerte luz que iluminaba el cuadro. Lo contemplamos un momento en silencio; luego mi padre me señaló los diversos detalles de los ornamentos y vestiduras que distinguían al sumo sacerdote.

Recuerdo que algunos de los visitantes expresaban su asombro y su aversión por lo que llamaban la manera «prerrafaélica» del autor. Pero no era esto lo que nos llamaba la atención. Verdaderamente, la manera precisa, minuciosa y severa de

2008 Ministerio de Cultura

Hunt estaba en armonía, si es que se pudiera descubrirla, con los métodos que teníamos la costumbre de seguir cuando, pintando las mariposas y las plantas marinas, colocábamos colores perfectamente puros, los unos al lado de los otros, sin ninguna falta de sentido, a propósito del claroscuro. Aquel cuadro, amplio, luminoso, inteligible, me hizo una profunda impresión, no ya absolutamente como obra de arte, sino como brillante muestra de historia natural. Yo estaba satisfechísimo de haberle visto, como lo estaba de haber visto el cometa y la ballena que trajeron a nuestra puerta en un carro. Era una adición notable al capítulo de mis conocimientos. Las menudas satisfacciones concedidas a mi curiosidad no parecían haber alarmado en lo más mínimo a mi padre. Su vista era corta. Si yo parecía contento y obediente, si contestaba con agrado cuando se dirigía a mí, no se preocupaba por descubrir la causa de mi buen humor. Lo atribuía al feliz sentimiento de mi alegría en Cristo, a un reflejo del Sol de Gracia que irradiaba mi sér sin interposición de las nubes del pecado o de la duda. Los «Santos», en general, eran muy fáciles de comprender, porque todas sus emociones eran superficiales. ¿Estaban alegres? Ninguna carga pesaba sobre su conciencia. ¿Estaban deprimidos? Podía afirmarse con certeza que su conciencia les atormentaba. ¿Estaban indiferentes o fríos? Su fe disminuía seguramente y se hacían hostiles al servicio de Dios. Eran almas sencillas, de juego casi mecánico, y yo, aunque fuese mucho más joven, era más complejo y más fino que nuestros «Santos» de la clase campesina. Mi padre, cuya psicología no tenía nada de sutil, me aplicaba las mismas fórmulas que las que le daban el mejor resultado en nuestras reuniones; pero, en mi caso, los resultados no eran tan uniformemente felices.

La excitación de la vida escolar y el ensanche de un círculo de interés se unían para que el domingo fuese, por contraste, una ocasión de mucho aburrimiento. La ausencia de todo género de recreo en el día dominical, concluyó por ser una carga difícilmente soportable. He dicho que gozaba, durante la se-

2008 Ministerio de Cultura

mana, de una libertad relativamente considerable. Con tal de que me encontrase puntualmente en casa a las horas de las comidas, no exigían mi presencia durante los ocios de que disponía. Pero esta libertad que, durante los días de verano, llegaba a ser mayor que la de los «peces que se embriagan en el abismo», contrastaba penosamente con la sumisión inviolable del domingo.

Mi padre era muy opuesto a la expresión «día del sabbat», comúnmente empleada por los presbiterianos y otros más. Decía, con mucha razón, que era una moderna innovación incorrecta, puesto que siendo el sabbat el sábado, es decir, el sétimo día de la semana y no el primero, resultaba ser una fiesta judía y no una conmemoración cristiana. Y, sin embargo, la exageración con que mi padre quería que se observase el primer día de la semana, y que estuviese exclusivamente consagrado a actos de adoración públicos y privados, procedía mucho más de la ley judaica que de la ley cristiana. En efecto; no recuerdo que mi padre sacara nunca del Nuevo Testamento un argumento definitivo en apoyo de la extrema pasividad que exigía el día del Señor. Seguía la antigua costumbre puritana con la restricción, sin embargo, de que su observancia no íba desde el anochecer del sábado al anochecer del domingo, como hacían, según creo, los puritanos de antaño.

Existe ya una relajación tan universal en la observancia del día del Señor, que creo que no carece de interés conservar una descripción exacta del empleo que dábamos a nuestros domingos, hace cuarenta y cinco años. Bajábamos a desayunar a la hora habitual, y mi padre rezaba una breve oración antes de empezar. Terminado el desayuno, sonaba la campana, y aun antes de que quitasen la mesa, se celebraba un largo servicio de explicaciones bíblicas y de rezos, al que asistían las criadas. Si hacía buen tiempo, paseábamos una media hora por el jardín, sin hacer nada más. Luego, separadamente, cada cual en su cuarto, permaneciamos sentados, con las Biblias abiertas ante nosotros, y, al lado, algún comentario re-

2008 Ministerio de Cultura

ferente al texto de la lectura. Así preparábamos nuestras almas al servicio de la mañana. Poco antes de las once, marchábamos provistos de nuestras Biblias y nuestros libros de cánticos, y sufríamos, en la sala de nuestras reuniones, un servicio que duraba dos horas, y constituía el acontecimiento principal del domingo.

En seguida, volvíamos para almorzar. Esta comida, cosa bastante singular, era siempre caliente, con un gran trozo de carne, legumbres y pudines, lo que obligaba por lo menos a la cocinera a no cesar de trabajar. Luego mi padre y mi madrastra dormían una siesta, en habitaciones separadas, mientras que yo me iba al jardín unos momentos, sin aventurarme nunca al campo. A media tarde, mi madrastra y yo íbamos al pueblo, a la escuela dominical, en la que yo estaba encargado de instruir a un grupo de pequeñuelos. Volvíamos a la hora del té; en cuanto lo tomábamos, salíamos, armados de nuevo, como por la mañana, de Biblias y libros de cánticos, y asistíamos al servicio de la tarde, en el que mi padre improvisaba un sermón. A la hora en que me acostaba los otros días de la semana, teníamos que asistir a un tercer servicio, que se llamaba la reunión de rezos de los creyentes, y que, generalmente, duraba otros cuarenta minutos. Por fin, nos retirábamos arrastrándonos a casa, y a menudo estaba yo tan cansado, que mi cansancio me parecía un dolor físico. Así es que sin otra «adoración» me permitían meterme en la cama.

Lo que hacía a estos domingos, cuya observancia era de una absoluta uniformidad, tan particularmente tediosos, es que no me autorizaban a aportar a ellos el temperamento de una interrupción profana. Yo no podía ni abrir un libro de ciencia, ni hacer un dibujo, ni proceder al examen de una de nuestras muestras. No se me permitía salir a la carretera, sino para acompañar a mis padres a la sala de reuniones; no podía ni discutir de asuntos seculares durante las comidas, ni entrar en mi cuartito en que guardaba mis tesoros. Estaba vestido de negro todo el santo día, como si me hubiera sido preciso estar

2008 Ministerio de Cultura

dispuesto, en todo momento, a asistir a un entierro con el decoro requerido. A veces, al anochecer, me ocurría sentir que era casi imposible soportar la monotonía y el enojo de mi situación; pero, en aquel tiempo, era yo de humor acomodaticio y me inclinaba ante un orden de cosas que suponía ser el del Universo.

CAPITULO XI

A medida que se ensanchaba mi horizonte intelectual, mi padre seguía la dirección de las miradas de mi espíritu con cierta ansiedad, sin discernir, no obstante, lo que yo contemplaba. No hubiese podido traducir en palabras, y hoy todavía no podría precisar las visiones que retenían mi vaga y tímida atención. Mientras que el niño se desarrolla, los que le contemplan con ternura o impaciencia rara vez llegan a un análisis, ni siquiera aproximadamente correcto, de los movimientos de su inteligencia, por la razón, sobre todo, de que los fenómenos que se manifiestan se sustraen a toda definición que de ellos pudiera intentar un adulto. Es preciso ahora que mencione una singular fantasía de mi inteligencia, y que ha desempeñado un papel considerable en la emancipación de mi espíritu, o más bien en la formación de los hábitos de mi pensamiento. Pero ni mi padre ni mi madrastra pudieron comprender nada de esto, y, a decir verdad, tampoco comprendí gran cosa yo mismo.

Entre los libros que había traído mi nueva mamá, había varias ediciones de poetas, y era una rara mezcla. Estaban allí Campbell y Burns, y Keats y Byron. Hubiera podido esperarse que cada uno tuviera algo que decirme; pero mi sensibilidad era demasiado novicia, y no los entendía aún. Sus voces imperiosas me llamaron más adelante. Al lado de estos clásicos del romanticismo había un volumen pequeño y grueso, encuadernado en negro, y que contenía cuatro reimpresiones de obras del siglo XVIII, poemas sombríos y fúnebres, tan anticuados como los huesos en cruz y los querubines que

2008 Ministerio de Cultura

adornan las tumbas de un cementerio de aldea. Estas cuatro obras eran—y por este orden que no olvidaré nunca:—*El día del Juicio*, del Dr. Young; el *Sepulcro*, de Blair; *La muerte*, del obispo Beilby Porteus, y *La divinidad*, de Samuel Boyse. Estas lúgubres efusiones, todas en versos libres o en dísticos heroicos, representaban, bajo su forma más temible, la teología artística de mediados del siglo XVIII. Todo ello estaba como instruído por los sentimientos vengadores y las exhortaciones que pasaban por piedad elegante bajo el reinado de Jorge II.

El exclusivismo tiránico de nuestros domingos explica por qué se me ocurrió abrir ese volumen solemne. Por la tarde del día del Señor, como ya lo he explicado, yo no podía ni pasear, ni hablar, ni explorar nuestra biblioteca científica, ni entregarme a entusiastas empresas de pintura a la aguada. La teología de los Hermanos de Plymouth, única lectura que se me permitía, me causaba a la larga, y particularmente cuando la tarde era tibia, un ligero mareo, una especie de cefalalgia secreta. En uno de estos momentos, caí sobre esa lamentable colección de versos, y ante su carácter religioso, pregunté: «¿Puedo leer esto?» Tras una ojeada de asombro, rápidamente lanzada al contenido del libro, la respuesta fue: «¡Oh!, ciertamente, sí, si tienes valor para ello.» El césped empezaba desde el terrado sobre el que se abría la ventana de la sala. Veíanse dos olmos gigantescos que, en su origen, formaron parte del cercado de una pradera. No habían de tardar en desaparecer. Pero entonces, en medio de nuestro jardín ordenado y cultivado, alzábanse rudos, con algo de primitivo y autóctono. Hubiérase dicho dos antepasados campesinos en el seno de una familia elevada a la nobleza. Cada uno de éstos dos árboles se elevaban de un montículo escarpado, y una raíz de uno de ellos fue durante mucho tiempo mi pupitre favorecido. Allí me refugiaba con mis poetas de cementerio, y nadie explicará nunca el transporte con que seguí los desarrollos que les inspiraba su austera moralidad.

2008 Ministerio de Cultura

Que verdaderamente leyera seguidas las páginas de mi volumen encuadernado en negro, es cosa de la que no estoy bien seguro; pero fue para mí un compañero, cuya sociedad apreciaba, y aun en el pasaje peor, me era mil veces más simpático que el comentario de Jukes sobre el *Apocalipsis* o que una obra perfectamente atroz, y dotada de este título ambiguo: *La Javelina de Fineas*, que yacía sobre la mesa de la sala, disimulada en su insípida cubierta roja. Buceé, aquí y allí en el agua de mis poetas, y saqué cosas raras. De las profundidades del *Juicio final*, saqué un día esta oración de un alma despertada por la trompeta de la resurrección:

¡Padre de misericordia! ¿Porqué del silencio de la tierra
Te has despertado y me has maldecido hasta hacerme nacer?
¿Porqué haberme arrancado el reposo, haberme arrebatado a la [noche?
Y haberme hecho el dón ingrato de la luz?
¿Por qué haber dado al sér un reverso de tu efigie,
Y animado de miseria un puñado de barro?

Leía yo estas líneas estremecido de emoción, con un sentimiento que no entraba, me figuro, en la intención del devoto rector de Welwyn. En el mismo poema, la descripción de la manera con que

...Ahora los osarios suenan, los miembros esparcidos, y todos
Los diversos huesos, dóciles al llamamiento,
Con movimiento espontáneo avanzan la nuca, para buscar, tal vez,
La cabeza lejana, y las piernas lejanas los pies.

lo que, sin embargo, rechazaba yo, por no estar totalmente corroborado por el testimonio de las Escrituras. Tengo idea de que me gustaban la retórica de los versos de Young y su ritmo enérgico. Rechacé de primera intención a Beilby Porteus como impenetrable. En cuanto a la *Divinidad*, no conociendo bien entonces la vida extravagante e irrazonable de su autor, hallaba en ella una especie de serio placer penitencial. Pero el *Sepulcro*, de Blair, hacía realmente mis delicias, y me aterro-

2008 Ministerio de Cultura

rizaba buenamente a mí mismo con sus melodiosas y lúgubres imágenes.

Por aquella época, una gran corriente de hospitalidad llevó al pueblo alrededor de las mesas de té. Ahora mis amigos y los suyos eran habitualmente invitados por sus padres respectivos, y por más de alguna amable soltera, a tímidas diversiones en donde cantaban los que tenían deseos de cantar, y en donde todos, tras un magnífico té, jugaban a la aduana y a las prendas. Mi padre agitaba constantemente en su espíritu la cuestión de saber si debía o no debía yo aceptar aquellas brillantes invitaciones. Ante él flotaba el sentimiento doloroso del peligro que había en someter el alma a placeres de sabor «mundano». Estos, aunque evidentemente inocentes por sí mismos, podían despertar el apetito de distracciones más subversivas.

Un día, los Brown, una familia bautista que tenía un gran comercio de mercería en la ciudad cercana, me rogaron que les diera el gusto de ir a su casa, a «un té seguido de juegos», y llevaron la amabilidad hasta ofrecer el enviar el vehículo local, que se llamaba «la mosca», para que me llevara y me trajese. Recuerdo que en esta ocasión se angustió tan dolorosamente la conciencia de mi padre, que quiso que subiera con él al gabinete de Miss Marks, que ya no estaba en casa, para poder «plantear el asunto ante el Señor». Así lo hicimos, arrodillados juntos, de espaldas a la ventana y nuestras frentes apoyadas sobre el pelote de crin de caballo del sofá, que parecía un féretro. Mi padre rezaba en alta voz, con mucho fervor, pidiendo que se me revelase, por la voz del Señor, si era su voluntad que fuese o no casa de los Brown. La actitud de mi padre no me parecía nada leal, porque no tenía escrúpulo alguno en recordar a la Divinidad las varias objeciones que se pueden oponer a una vida de disipación, y los reptiles que se ocultan bajo la hierba de las partidas de placer vesperales. Hubiérase requerido, me parece, de una lealtad más escrupulosa, que no hiciera alusión alguna que diera a entender la clase de respuesta que deseaba y esperaba.

2008 Ministerio de Cultura

Se dirá, con razón, que mi vida se componía de cosas verdaderamente insignificantes, puesto que me es preciso confesar que un incidente tal como la invitación de los Brown constituye uno de los jalones de aquélla. Mientras que estaba arrodillado, sintiéndome pequeñísimo al lado de la enorme masa de mi padre, corrió a través de mis venas, como una embriaguez, la determinación de rebelarme. Nunca antes, durante los años que fueron los de mi vocación, sentí que mi resistencia tomara precisamente esa forma definida. Nos levantamos pronto del sofá, con mi frente y las manos irritadas por el contacto de la crin, y nos miramos a la luz sombría.

Mi padre, perfectamente confiado en el resultado de lo que había sido en realidad una especie de encantamiento, me preguntó con voz fuerte, en la que apuntaba una inflexión mimosa: «¿Y qué? ¿Cuál es la respuesta que se digna dar el Señor?» Yo no despegué los labios. Entonces mi padre, en tono más cortante, añadió: «Le hemos pedido que te guíe hacia el verdadero conocimiento de su voluntad, hemos deseado que te haga conocer si está o no conforme con su deseo el que aceptes la invitación de los Brown.» Posó en mí una mirada radiante, por no tener la menor duda sobre el sentido de mi respuesta. Y ya, me figuro, que proyectaba algún recreo para compensar la privación que me iba a ser impuesta, cuando salió mi respuesta con las notas agudas y silbantes de la desesperación, fué: «El Señor dice que puedo ir a casa de los Brown.» Mi padre, mudo y aterrado, me contempló. Estaba cogido en sus propias redes, y, aunque estuviera seguro de que el Señor no me había dicho semejante cosa, no tenía más remedio, para salir del lazo, que batirse en retirada. Sin embargo, cometió un error de táctica al marcharse dando un portazo.

Fue en esta partida de los Brown, a la que, a pesar de la amarga desgracia en que había caído, fuí en el día señalado, en la que mis poetas me hicieron una mala jugada. Propusieron que «nuestros amiguitos» ofreciesen a las personas mayores el regalo de lindos trozos que supieran de memoria. En

2008 Ministerio de Cultura

consecuencia, dos niños recitaron respectivamente *Casabianca* y *We are Seven*. A fuerza de animarles, otros niños recitaron cánticos, «algunos algo largos», como dijo Calverley, pero todos muy cándidos e inocentemente evangélicos. La hermana del señor Brown, que dirigía la fiesta, solterona impetuosa, peinada con tirabuzones, me preguntó entonces si no quería darles el gusto de «decirles algunas armoniosas estrofas». Nadie más dispuesto que yo para hacerlo. Sin un momento de vacilación me adelanté y, con voz fuerte, empecé uno de mis trozos favoritos, un pasaje del *Sepulcro*, de Blair.

Si la muerte no fuese nada, y la nada estuviese después de la muerte;
Si cuando los hombres mueren, cesaran en seguida de ser,
Volviendo a las entrañas estériles de la Nada
De la que salieron antes, entonces sería posible...

—Gracias, hijo mío; esto va muy bien—interrumpió la señorita de los bucles.

—Pero si no es más que el principio—exclamé.

—Sí, hijo mío, pero basta; perfectamente. No te pedimos que recites más.

Con esto, todo desconcertado, me retiré a un rincón. Ni los Brown, ni sus invitados, supieron nunca el resultado de las premisas de los versos empezados a recitar.

El afán creciente que manifestaba por la compañía de mis amigos predilectos y por las gratas distracciones que estaban a mi alcance, inquietaba grandemente a mi padre. La imaginación iba hacia adelante con la velocidad de una locomotora, y me veía convertido en el alma condenada de algún garito o pavoneándome arrogantemente en Mabille. No tenía ninguna confianza en la acción de las fuerzas moderadoras, y gustaba de repetir que la pendiente del abismo es cómoda. Si mostraba yo deseos de ir a la playa a tomar un baño en compañía de mis amigos, y prefería este ejercicio al estudio de la palabra de Dios, era señal de una espantosa relajación, cuya pendiente se acentuaba cada vez más hasta sumergirse en la perdición.

2008 Ministerio de Cultura

Mi padre era un tímido, amante de la soledad. Huía todo lo posible de las compañías, excepto en su calidad de profesor y maestro. Mi madrastra y yo, que no teníamos el recurso de enseñar ni de regentar, suspirábamos tras relaciones más agradables. En lo que me concierne, en aquellos momentos mi padre concibió un plan, del que esperaba mucho y que no resultó gran cosa. Recurrió a Jorge para que éste proveyese a la necesidad de compañerismo y simpatía juvenil que mi temperamento parecía exigir.

Si no he mencionado a Jorge hasta ahora, es porque se trata de un nuevo conocimiento. A nuestra llegada al país, nuestra simpatía se despertó por el accidente ocurrido a un niñito al que, el atropello de un caballo, le rompió una cadera. Alguien, que supongo que fue María Gracia, puesto que rara vez se decidía mi padre a hacer una visita por sí mismo, fué a ver al niño a la enfermería, y descubrió que tenía exactamente la misma edad que yo. Esta coincidencia y el hecho de que era de carácter grave y meditabundo, nos aproximó más todavía a Jorge, que se convirtió por un sermón de mi padre. Asistió a un bautismo público, y le convenció tanto la ceremonia, que deseó ardientemente ser también bautizado. Y en efecto; se bautizó a los pocos meses, lo que me contrarió algo, puesto que ya no fuí el único niño prodigio que participase de la comunión. Cuando cumplimos ambos los trece años, Jorge vino a trabajar a nuestra casa y ejecutó algunos menudos trabajos bajo la dirección del jardinero. Mi padre, al verle dócil, obediente y atento, le mimaba mucho y le enseñaba un poco de Botánica. Llamaba a Jorge mi hermano de leche espiritual, y preveía, a lo que creo, que haría como yo su carrera en el santo ministerio.

Nuestro jardín sufría entonces una invasión de limazos que echaban a perder todas las flores. Para luchar contra tal plaga, trajimos un pato y una pata, a los que pusimos los nombres de Filemón y Baucis. Todas las noches poníamos hojas de lechuga, impregnadas de hez de cerveza, alrededor de los macizos,

2008 Ministerio de Cultura

a manera de otros tantos lazos, y al amanecer, las hojas estaban llenas de limazos ebrios. Una de las primeras obligaciones matinales de Jorge, era sacar de su jaula a Filemón y Baucis, para dirigirlos, provisto de su palito, hacia el festín que los esperaba y guiarlos de hoja de lechuga en hoja de lechuga. Mi padre acostumbraba a asistir a este espectáculo desde una ventana del piso superior, y en sus momentos de buen humor, se complacía en parodiar así al poeta Gray:

¡Qué alegremente conduce Jorge su tiro a los campos!

He aquí todo o casi todo el recuerdo que he conservado de las ocupaciones de Jorge, el cual no merecía nunca censura alguna.

El plan de mi padre era hacer que trabase íntima amistad con Jorge, muchacho de mi edad, cuya fe era la mía y cuyo porvenir era parecido al mío. Mi madrastra, esclava aún de las conveniencias sociales, estaba profundamente turbada por semejante perspectiva, y hablaba de la diferencia de clases. Mi padre contestaba que tal intimidad me mantendría en la humildad, y que de un buen muchacho como era Jorge, no podría aprender más que buenas cosas. «Le harás que no se limpie los pies al entrar en casa», gemía mi madrastra, y mi padre suspiraba al pensar en lo estrecho que es en la mujer el horizonte del cielo espiritual.

Al ceder a este capricho, si así pudo decirlo, supongo que mi padre tenía presente el hermoso ejemplo republicano de *Sandford* y *Merton,* libro que admiraba mucho en varias de sus partes. En consecuencia, nos enviaban a Jorge y a mí a pasear juntos, y, cuando salíamos, mi padre, con expresión de gran benevolencia, nos sugería algún pasaje de la Escritura, «algún aspecto del plan misericordioso del Señor, en la creación, sobre el que sería provechoso meditar en común». Jorge y yo no proseguíamos nunca durante más de dos minutos la discusión del texto con el que mi padre nos daba la señal de marcha; luego, nos callábamos o consagrábamos nuestra atención

2008 Ministerio de Cultura

a las escenas que se ofrecían a nuestros ojos, y hablábamos de asuntos rústicos.

Como ocurre naturalmente en los niños pobres, Jorge era precoz en lo que yo era pueril, y poco desarrollado en lo que yo estaba adelantado. A nuestros espíritus les costaba trabajo hallar un punto de contacto. En respuesta a mis interrogaciones, Jorge me daba, sin embargo, noticias interesantes sobre las cosas del campo, y yo le quería, aunque sintiese lo insípido de su compañía. Algunas veces, al ir a mi lado, me llevaba los libros hasta la escuela más importante y más lejana, de la que ahora era yo alumno; pero me asaltaba el temor de que nos viesen mis elegantes compañeros, y creyeran que tenía necesidad de que «me llevasen» al colegio. Explicarles que la compañía de aquel campesino vigoroso y más bien obtuso entraba en el plan de mi disciplina espiritual, era cosa superior a mis fuerzas.

Poco después fue cuando mi madrastra hizo su único y vano esfuerzo para romper el marasmo de nuestra existencia. La energía de mi padre parecía declinar, hacerse menos consistente, tomar rumbos intempestivos. Sus singularidades de carácter, su mujer lo sentía instintivamente, le abrumaban más. Casi no se movía ya de su microscopio sino para ir a la capilla, y no era visible más que para un número restringido de visitantes. Mi madrastra, complacida por la posición eminente que le proporcionaran a mi padre sus trabajos literarios, dábase cuenta de que tal celebridad se desvanecería; que, sustrayéndose a las miradas con semejante persistencia, mi padre quedaría pronto olvidado. No sé cómo tuvo ella suficiente valor para aquel violento esfuerzo, pero me acuerdo de que ella me puso al corriente de sus intenciones. Teníamos que unirnos para obligar a mi padre a organizar y afrontar el mundo. ¡Ah! igualmente hubieramos podido tratar de convencer a la cumbre de Yes Tor para que se transformase en volcán. A todos los argumentos de mi madrastra, mi padre, con la desconcertante sonrisa que le era peculiar, contestaba: «Estimo que

2008 Ministerio de Cultura

el oprobio de Cristo es una riqueza más preciosa que los tesoros de Egipto»; y, por indirecta que fuese esta respuesta, no era menos decisiva. Mi madre hubiese querido que diera conferencias, que fuese a Londres, que mandara comunicaciones a las sesiones de la Royal Society, que entrase en discusión con sabios extranjeros, que organizara cursos de zoología práctica en las estaciones balnearias. Lleno de admiración, contenía yo el aliento, mientras que ella exponía sus proyectos tan atrevidos, tan brillantes, tan infaliblemente destinados a cubrir de gloria a nuestro gran hombre. Escuchaba él a mi madre con sonrisa ambigua, inclinaba la cabeza y reanudaba la lectura de su Biblia.

Ahora se halla tan universalmente esparcido el arte de la ilustración, que es difícil comprender la oscuridad en que estaba sumido, hace cincuenta años, un pueblecillo perdido de Inglaterra. Nosotros, los habitantes de esos lugares retirados, no teníamos medio alguno de figurarnos la apariencia exterior de las personas, de las escenas y de las cosas que nos eran conocidas. Aunque nuestro hogar fuese tal vez el más culto de la parroquia, no me fue dado hasta la edad de trece años ver la reproducción de una obra de escultura. Mi madre recibió por entonces ciertos libros que procedían de su primer hogar, y entre ellos, un libro fastuoso, algún regalo sin duda, que contenía un corto número de grabados en acero representando estatuas.

Estas me atrajeron mucho, y era que, por primera vez, posaba mis miradas en Apolo, el del soberbio gesto; en Venus, de movimiento semejante al de las ondas; en Diana y en Júpiter, el de la opulenta barba. El texto daba muy pocas noticias, y estas pocas me eran ininteligibles. Leíase allí, sin embargo, que aquellas estatuas eran las de los «antiguos dioses griegos». Pedí a mi padre que me diese algunos datos sobre aquéllos. Su respuesta fue clara y desconcertante. ¡Con qué precisión me acuerdo del lugar y la hora! Era por la mañana temprano, y me encontraba de pie al lado de la ventana de nuestro brillan-

2008 Ministerio de Cultura

te comedor. Mi padre declaró que los supuestos dioses de los griegos eran las sombras proyectadas por los vicios de los paganos. «Ahora bien; por razones análogas hizo Dios que lloviera azufre y fuego sobre las Ciudades del Llano, y es preferible, para un cristiano, ignorar todo lo concerniente a las leyendas de esos dioses, de esos demonios más bien.» Mientras que me hablaba así, brillaba en su rostro el furor puritano. Aún le veo, en mis recuerdos, presa de su violenta emoción. Hubiera podido creerse que, horrorizado, habíase él mismo escapado de algún hipódromo helénico.

Por esta época, el prestigio de mi padre se había considerablemente aminorado en mi espíritu, y, aunque le conservara mi amor y mi admiración, había dejado, desde hacía mucho tiempo, de tenerle por infalible. No acepté su condenación de los dioses griegos, aunque en apariencia la admitiese. Secretamente, volví a examinar los grabados que reproducían las estatuas, y me decía que eran demasiado bellas para ser tan execrables como lo quería mi padre. La peligrosa y pagana idea de la belleza que palía el mal, germinaba en mi espíritu, sin ninguna sugestión de afuera, y, por esta sola reflexión, me encontré más alejado todavía de la fe en que había sido instruído. Puse todo mi celo en reunir lo que me fuera posible recoger, aquí y allí, sobre los dioses griegos y sus estatuas. No era gran cosa, era hasta ridículamente poco y falso, pero era un germen. Y en esta tendencia estética, me vi arrastrado a lo que fue verdaderamente un círculo de incidentes bastante extraordinarios.

Entre los «Santos» de nuestro pueblo, había un zapatero y su mujer, que tenían una hija, Susana Flood, joven poco equilibrada, muy impresionable, que poco antes, al paso de unos misioneros ambulantes, se había convertido de la manera más ruidosa, con sollozos, suspiros convulsivos y gorgoteos. Cuando pasó esta crisis, acompañó a sus padres a nuestras reuniones, y fue admitida bastante apaciblemente a romper el pan. Pero, por la época a que hemos llegado, Susana Flood marchó

2008 Ministerio de Cultura

a Londres para visitar a un tío y a una tía no convertidos. Se susurró al principio entre nosotros, se afirmó después abiertamente, que los tíos llevaron a su sobrina al Crystal Palace, y que el pudor de Susana se ofendió tanto al atravesar la galería de escultura, que a sombrillazos empezó a romper las desnudeces de yeso, antes de que sus acompañantes, asustados, hubieran logrado contenerla. En realidad, había sufrido una verdadera crisis de locura furiosa en medio de las estatuas, y, con profundo pesar de sus tíos, personas dignísimas, fue detenida y conducida ante un magistrado, el cual la envió a sus parientes de Londres, notificándoles que lo mejor era que se volviese a su casa del Devonshire, y que se la «vigilase». No por eso fue menos triunfal la vuelta de Susana entre nosotros. No tenía ella el menor sentimiento de haber obrado insensatamente o de una manera inconveniente, y se mostraba dispuesta a contar a todo el mundo, en términos vagos y velados, cómo ella había podido rendir testimonio al Señor «en el templo mismo de Belial», porque así, con una metáfora poética, designó al Crystal Palace. Sufría, evidentemente, un histerismo violento; pero nosotros no admitíamos tales explicaciones fisiológicas, y el caso de Susana Flood despertó muchas simpatías.

Los mayores lo discutieron en una reunión que celebraron con este motivo en nuestra sala. Yo hallé medio de asistir a ella sin que me advirtieran. Mi padre reconocía la pureza del celo de Susana Flood; pero discutía lo discreto de tal celo. Hizo observar que las estatuas no eran propiedad de Susana Flood, sino del Crystal Palace. Ninguno de los otros miembros de nuestra comunidad tenía, a lo que creo, la menor idea de los objetos que Susana había hecho pedazos, y, sin reserva alguna, sostenían que, en su opinión, la conducta de la joven había sido admirable. En cuanto a mí, mediante una paciente investigación, llegué a enterarme de lo bastante para saber que los objetos a que había atentado la sacrílega sombrilla representaban los cuerpos de mis misteriosos amigos los dio-

2008 Ministerio de Cultura

ses griegos, y si los demás aplaudían a la iconoclasta Susana, yo, por lo menos, era apasionadamente del bando contrario.

Pero comprendía que nadie a mi alrededor hubiera simpatizado conmigo. Aquel día no pude sufrir hasta el final de la reunión de la sala, y, con mi libro de poetas fúnebres en la mano, me marché al jardín. En medio de un macizo de laureles, se había acondicionado un espacio en el que había unos helechos alrededor de un asiento rústico. Ningún verdadero sendero conducía al asilo aquél. Metíase uno bajo los laureles, a través de las ramas, flexibles como serpientes, para salir a un aislamiento absoluto.

En aquel retiro me refugié entonces para meditar sobre la huraña piedad de aquella vándala que se llamaba Susana Flood. Era yo tan ignorante, que imaginaba que las estatuas que había destruído eran los originales en mármol, y únicos. No sabía nada de las reproducciones en yeso, y creía que el daño, en realidad nulo tal vez, tenía un carácter irreparable. Me deje caer en el banco, mientras que las grandes murallas de laureles cuchicheaban en torno mío, y me eché a llorar. Había ciertamente algo raro y conmovedor en el espectáculo de aquel joven hermano de Plymouth que, en su banco, en aquel año de gracia, tantos siglos después de la Redención, lloraba amargamente los ultrajes sufridos por Hermes y Afrodita. En seguida abrí mi libro, a guisa de consuelo, y leí una buena tirada de los versos pomposos de la *Divinidad*. En medio de aquel ejercicio, influenciado por la dulzura del aire tibio y perfumado, no tardé en dormirme.

Entre los que aplaudían el celo de la sombrilla de Susana Flood, los Paget figuraban en primer término. El Sr. Paget, pastor bautista retirado, y su mujer, recientemente acabados de instalar en nuestro pueblo, procedentes de Exmouth, se habían unido a nosotros para romper el pan. El Sr. Paget era un anciano corpulento, cuya pálida cara redonda, completamente afeitada, estaba coronada por una abundante cosecha

2008 Ministerio de Cultura

de pelos blancos dispersos. Los gruesos labios se movían continuamente, hablase o no. Se parecía, como he pensado después, a los retratos de S. T. Coleridge en su vejez; pero a retratos de los que había desaparecido toda inteligencia. Vivía entre las angustias de una sombría desesperación religiosa. Si había abandonado la cura de almas, es porque se había forjado la convicción de haber cometido el pecado contra el Espíritu Santo. Su mujer, más joven que él, era pequeñita, muy peripuesta, muy activa, con negros ojos, semejantes a puntas de alfileres, bajo una frente extremadamente alta y estrecha entre bucles relucientes. Él se mostraba muy tirante con ella, y se murmuraba que «aquella buena señora de Paget había pasado a menudo por las aguas de la aflicción». Eran muy pobres, pero de una dignidad rígida, y ella cuidaba de ocultar, cuanto podía, las manías de su pobre loco de marido.

En nuestro círculo no se admitió jamás un solo instante que el Sr. Paget pudiera estar loco. Se contaba que había pecado gravemente, y que llevaba el peso de la cólera del Señor. Hacíanse abundantes preces para que pudiese volver a encontrar el sendero de la luz, y a fin de que la Faz Riente saliera, para él, de detrás de la Providencia Amenazadora. Cuando el pobre hombre sufrió un ataque de epilepsia en la Hig Street, no se le llevó al hospital, sino que todos nos dijimos unos a otros, que Satanás, la serpiente tortuosa, se había desencadenado por un tiempo. El Sr. Paget gustaba de hablar sobre todo, tanto en particular como en público, de su terrible condición espiritual, y cuando llegaba al Imperdonable pecado de que se había hecho culpable, brotaban sus palabras con una especie de alegría palpitante, parecida a la que experimentan ciertas gentes, víctimas de una enfermedad muy poco corriente.

Podría creerse que la situación ocupada, en una comunidad cualquiera, por personas tan excéntricas como Paget, y afligidas como él, tenía que ser muy precaria. No sucedía así entre nosotros; muy por el contrario, el puesto que los Paget ocupa-

2008 Ministerio de Cultura

ron fue, desde el principio, eminente. El Sr. Paget, a pesar de su bancarrota espiritual, estaba muy deseoso de secundar a mi padre en su ministerio, y, a menudo, le pedía que le permitiera llevar el rezo en nuestras reuniones y dirigir algunas palabras al auditorio. En este último caso, tomaba el tono de un veterano herido que, aunque caído en el sangriento campo de batalla, podía aún alentar a jóvenes guerreros a lanzarse a la victoria. Todos tenían el mayor deseo de conocer la naturaleza exacta de aquel pecado contra el Espíritu Santo, que había arrebatado al Sr. Paget toda esperanza para el tiempo y para la eternidad. Se susurraba que mi mismo padre no estaba exactamente informado.

Gracias a esta ocultación misteriosa, el Sr. Paget se nos aparecía con la aureola de un personaje novelesco. Le mirábamos, así como en Verona las mujeres miraban a Dante murmurando:

Miradle, cómo el humo del infierno
Ha rizado sus cabellos y enrojecido sus mejillas.»

La persona del Sr. Paget carecía algo, cierto es, de la dignidad de la del Dante. Y el Sr. Paget tenía el capricho de subir y bajar la High Street en pleno día con dos de esas tiras festoneadas, una delante y otra atrás, que se designaban entonces como «adorno de chimeneas». Las confeccionaba para la venta, y había adoptado aquel singular procedimiento de pasear su mercancía a manera de publicidad.

La señora de Paget había llevado las riendas del gobierno en la parroquia de donde les había excluído el famoso pecado del Sr. Paget, y todavía mostraba tendencias a agarrarse al cetro de la autoridad. Era la única persona que no temiese el enojo de mi padre. Fijaba en él sus ojos de color viperino, y le decía con firmeza: «No creo que sea esa la verdadera interpretación, hermano G...», o bien: «Vayamos, pues, a los colosianos y veamos en qué términos se expresa en este asunto el Espíritu Santo.» Fascinaba a mi padre, que no estaba acostum-

2008 Ministerio de Cultura

brado a tales interrupciones, y casi se convirtió en terror suyo, cuando ella no se dejaba ablandar por una lisonja como ésta: «Verdaderamente, hermana mía, su familiaridad con los medios de gracia es prodigiosa.»

Abusaba ella de su poder tomándose grandes libertades, cuya audacia llegaba hasta llamar la atención de mi padre sobre el hecho de que mi pobre madrastra daba pruebas de «una afición pecaminosa a componerse». La acusación era completamente falsa: mi madrastra vestía siempre sencillamente, con arreglo a la moda severa de los cuáqueros. No llevaba más que una joya, y era un grueso broche de cornalina, montado en oro mate adornado de flores.

La venenosa Paget llamó la atención de mi padre sobre aquel objeto que «podía inducir en tentación a los pequeños del rebaño». Mi padre, prevenido así formalmente, creyó de su deber hablar a mi madre.—«¿No piensas, amor mío, que deberías, puesto que estás llamada a dár ejemplo, renunciar a llevar ese broche fastuoso?—Preciso es, sin embargo, sujetar el cuello con algo, me parece.—Sin duda, ¿pero cómo hace la hermana Paget para sujetar el suyo?—La hermana Paget—replicó mi madre, picada al fin,—se lo sujeta con un alfiler, y yo me moriría antes que recurrir a tal medio.»

Tampoco yo me escapé a las observaciones de aquella celosa reformadora. Le señora Paget tuvo la bondad de demostrarme un vivo interés. No estaba satisfecha de la manera con que yo estaba educado; su presencia parecía estar difundida por todo el pueblo, y yo no podía entrar ni salir sin ver su austero gorro y sus labios contraídos. Le faltaba tiempo para contar a mi padre que me había visto reír y hablar «con un enjambre de muchachos no convertidos», que no eran otros que los mismos muchachos con los que tenía permiso de bañarme y pasear en bote. Ella apremiaba a mi padre para que sellara mi santa vocación con algo definitivo, cuyo efecto sería consagrarme completamente al servicio del Señor. Estimaba que continuar yendo al colegio carecía de utilidad, y no

2008 Ministerio de Cultura

podía sino desarrollar la soberbia de la inteligencia. El señor Paget, hacía ella observar, se había ocupado muy poco en su juventud, de la ciencia del mundo, y, sin embargo, ¡cuán bendecido fue en su actividad por la conversión de las almas, hasta el día en que incurrió en la cólera del Espíritu Santo!

No sé exactamente lo que quería que mi padre hiciese de mí; quizá ni ella misma lo sabía. Ella iba mezclándose en todo, ignorante y fanática, y gustaba de persuadirse que ejercía una influencia. Pero lo escabroso, lo inexplicable, era que mi padre que, con todas sus limitaciones, era un espíritu distinguido y noble, pudiese escucharla un solo instante, y, lo que es más prodigioso todavía, permitir que aquella antipática comadre le perturbara en sus proyectos y retrasase sus designios. Pienso que hay que buscar la explicación de este hecho en la posición, perfectamente lógica, en que la señora Paget se parapetó. Mi padre tenía, en fin, que habérselas, no ya con un discípulo, sino con una persona diestra en la misma concepción religiosa de él mismo. Sobre todos los puntos se presentaba provista de argumentos, cuyo origen sabía mi padre y cuya validez reconocía. Temblaba ante la señora Paget como un hombre en estado de sueño puede temblar ante la parodia de su yo interior, y no podía censurarla sin prestarse él mismo, por algún particular, a la crítica.

Pero los instintos de mi madrastra eran más primitivos, y sus acciones menos alambicadas que las de mi padre. O liaba a la señora Paget, en el grado que una creyente sincera puede llegar a sentir odio por una hermana en el Señor. Mi madrastra se había consagrado tranquilamente a mi educación con arreglo al método que mejor estimaba, y no tenía la intención de dejarse entorpecer por la mujer de un bautista atacado de demencia. Por aquella época era yo una mezcla de candor y de suficiencia, de ciencia singular y de crasa ignorancia. Ciertas partes de mi intelecto se habían desarrollado con rapidez enojosa, mientras que las otras se habían detenido o no habían nunca tomado impulso. Yo era semejante a una planta sobre

2008 Ministerio de Cultura

la que hubieran puesto un tiesto con el resultado de que el centro de la planta se hubiera ahogado y paralizado, mientras que los brotes se hubiesen esparcido por todos lados hacia la luz. Mi mismo padre lo advertía, y, de manera intermitente, tendía a ordenar mis pensamientos. Pero se contentaba con enderezar los brotes sin quitar el tiesto, que se obstinaba en aplastarlos.

Mi madrastra fue la que decidió que ya tenía yo la suficiente edad para entrar en un colegio. Enterado de que una venerable pareja de hermanos de Plymouth había fundado, en una población marítima cercana, «una academia para jóvenes»—en cuyo prospecto se decía expresamente que el conocimiento y el amor del Señor ocupaban la atención del director y de sus adjuntos más que toda otra consideración de enseñanza profana,—mi padre juzgó que podía confiarme a los cuidados de los dos esposos. Estipuló, sin embargo, la condición de que vendría siempre a casa desde el sábado hasta el lunes; no, decía él, para encontrar en ella carnales placeres, sino para que mi comunión con los Santos de nuestro pueblo no sufriese interrupción los domingos. Pronto, triste y apesadumbrado, marché a aquella academia, y la separación entre mi alma y la de mi padre se hizo algo mayor.

EDMUNDO GOSSE

(Continuará.)

2008 Ministerio de Cultura

EL CLONDIC

Y LA VIDA DE LOS BUSCADORES DE ORO

XV

El año 1900.

La primavera llegó rápidamente. Empezamos a recibir cartas, y hasta, de tiempo en tiempo, un periódico. El telégrafo funcionaba mejor, y varias veces pudimos leer en un diario de Dawson una noticia de Londres del día anterior. Durante el invierno no dejé pasar nunca más de tres o cuatro días sin ir a mi mina, para ver si mis dos pirámides de barro seguían creciendo. La distancia desde Dawson no era más que treinta millas, que se franqueaba fácilmente en tres horas, sobre la pista de hielo.

Los primeros días de Abril parecieron señalar el principio de una nueva era. La temperatura era todavía baja. Hasta volvió a nevar, lo que indicaba que el termómetro debía de marcar por lo menos cinco o diez grados por bajo del punto de congelación; pero, después del invierno que acabábamos de pasar, aquello nos parecía tibio. Dejábanse las pieles a los que tenían ganas de sudar. Todos los mineros, obreros o patronos, marchaban a los ríos, fabricábanse lavadoras, construíanse presas, provocábanse torrentes. El sol permanecía vi-

2008 Ministerio de Cultura

sible durante diez y seis horas; nos levantábamos con él; nos acostábamos después de puesto, porque durante esos días tibios de Abril, un hombre puede hacer doble trabajo que en el tiempo frío y en la penumbra de los meses de invierno.

Dejé Dawson, la ciudad majestuosa, con sus distracciones variadas y sus mil tentaciones, y me dirigí a mi casita de la colina Chechaka el 10 de Abril, en donde permanecí sin volver a Dawson, ni siquiera por un par de horas, hasta el 1.º de Junio.

A la semana de mi llegada, el agua tan esperada empezó a correr y a filtrarse entre las grietas del hielo, bajo los árboles y los matorrales cubiertos de nieve, en lindos arroyuelos que se reunieron para formar un riachuelo que corrió bajo la capa de hielo, todavía espesa, pero cuyo espesor disminuía de día en día, del Bonanza.

Dave Jones, mi contramaestre, un minero perfecto que procedía del país de Gales, era de una actividad y de un vigor asombrosos. En todo el invierno no había estado en Dawson más que una vez, para visitar el bazar. Aunque ya no tenía nada de joven, era tan vigoroso como un atléta antiguo. Parecíame que aquel hombre no dormía nunca. A toda hora del día o de la noche, bajaba o subía la colina, cuya pendiente era, sin embargo, lo bastante rápida para que se tuvieran ganas de descansar un poco a la mitad.

De día en día, de hora en hora, el volumen de agua que corría por el lecho del Bonanza aumentaba, y nosotros le acechábamos ávidamente, con impaciente mirada. Aunque todavía hubiera nieve en las colinas y hielo en los valles, trabajábamos en mangas de camisa. Nuestra sangre estaba pura; el invierno del Clondic la había clarificado, y saltaba por nuestras venas bajo la luz reconfortante del sol. Nos sentíamos ebrios de la alegría que procura una vida sana y activa. Los pájaros empezaban a presentarse. No habíamos visto uno solo en todo el invierno, a excepción de aquellos cuervos monstruosos y fantásticos que, siempre rodeados de un velo de bruma

2008 Ministerio de Cultura

densa, recordaban una monodía del *For Ever*, de Edgardo Poe. Pero ahora llegaban lindos pájaros de la primavera: tordos, pitirrojos, que cantaban y gorjeaban en los árboles y saltaban atrevidamente por mis ventanas abiertas, hasta en medio de mi comedor. Las crestas de las colinas, de las que el sol había quitado el blanco encaje, estaban ahora cubiertas de helechos y de matas. Los árboles, despojados de su blanca vestidura invernal, parecían erguirse con mayor majestad que antes, y absorber en sus fibras entumecidas los tibios rayos del sol. Los mineros se repartían por el país como mosquitos. Dormían siempre en las pendientes de las colinas, bajo sus tiendas, alrededor de las cuales desaparecían rápidamente los restos de nieve, y desertaban de las cabañas insalubres, en que habían vivido todo el invierno, amontonados los unos sobre los otros, como emigrantes en el entrepuente de un barco.

Yo dejaba siempre mi puerta entornada cuando dormía, a fin de que se me pudiera llamar fácilmente, si era necesario. Temprano, muy temprano, entró Dove una mañana en mi cuarto.

—¿Qué ocurre, Dove?—exclamé.

—Levántese y mire.

Abrí la puerta y me lancé afuera, descalzo y en pyjama.

—¿Qué tal? ¿Qué le parece a usted?—repetía el buen hombre, mostrándome triunfalmente el río, cuyas aguas corrían, arrastrando hielo, nieve y masas de barro, que giraban en medio de la corriente agitada.—El agua llega en masa y de golpe. Siempre sucede lo mismo. Pero estamos preparados, y dentro de dos horas podremos empezar a lavar el barro, y le apuesto a usted una gruesa pepita a que no paramos en todo el verano.

Me vestí apresuradamente y bajé corriendo la colina. Los ochenta hombres que empleaba entonces estaban allí todos ante mí, excitándose los unos a los otros y aplaudiendo casi, lo que, sin embargo, no les impedía trabajar, y trabajar bien.

En una semana, cinco mil hombres fueron contratados en

2008 Ministerio de Cultura

Eldorado y el Bonanza para lavar el barro extraído durante el invierno.

Trabajábamos veintidós horas al día, no reservando más que dos horas para buscar un poco de reposo. Eran rudas jornadas de trabajo; pero la estación era corta y los hombres estaban llenos de buena voluntad. Además, yo les pagaba aparte el trabajo suplementario y los apremiaba sin cesar. Quería, antes del final del verano, haber abierto un buen agujero en la colina Cheechaka, porque pensaba ir a Europa el invierno siguiente. La estación de verano fue muy agradable. Llovía con frecuencia, lo que era para nosotros un gran bien, porque así se mantenía el agua en el país, y nunca hay demasiada agua en una explotación minera. La lluvia caía como en los trópicos, continua y apretada, durante horas; luego cesaba de pronto y lucía un sol esplendente. Nadie pensaba en cobijarse, sin embargo, y los chubascos no interrumpían el trabajo. Los mineros no parecía que prestasen atención al agua; la temperatura era deliciosa; jamás se levantaba el menor soplo de viento. Supongo que habrá paraguas en el Clondic, pero no recuerdo haber visto nunca uno; en todo caso, no se usaban en los campamentos mineros.

A principios del mes de Mayo, el hielo desapareció por completo y las aguas que corrían ante Dawson recobraron su limpidez. La inmensa capa de nieve que había detenido en una longitud de mil ochocientas millas el curso del Yukon, se había roto y se iba en trozos dispersos hacia el mar de Bering. Era el gran día del año. Apostábanse miles de dólars sobre la fecha, la hora y el momento preciso en que el hielo empezaría a desaparecer.

Es un fenómeno bastante raro: hoy no veis más que hielo; mañana no veréis más que agua. La Naturaleza, en ciertas épocas, opera sus transformaciones con la rapidez de una revolución. Entonces llegaron los barcos, los pasajeros, las cartas, los amigos y un gran número de nuevos buscadores de oro, regimientos de ellos. El Norte estaba literalmente invadido. To-

2008 Ministerio de Cultura

dos aquellos hombres se esparcían como una lluvia por los ríos. Solamente que en vez de marchar penosamente por el barro con cien libras de mercancías a cuestas, iban ligeramente por los buenos caminos del gobierno con buenos trajes y muy contentos.

Nosotros, los veteranos, mirábamos a los bisoños bien vestidos y bien cuidados, con cierta emoción mezclada de temor y de respeto. Nos alegrábamos de verlos, pero mucho más nos alegrábamos de haber venido antes que ellos. Habíamos tomado nuestras posiciones, mientras que ellos tendrían que buscar las suyas y conservarlas.

Durante el mes de Junio, se realizó el robo que contaré más adelante. Después de la marcha... precipitada de mi cocinero Luis, que se me llevó cuanto podía llevarse, tomé como cocinera a Mrs. Cole, la madre de Swift Water Bull, que se había casado una tras otra con dos o tres hermanas del Clondic, haciendo seguir cada ceremonia nupcial de un buen divorcio. Había adquirido una reputación de «rápido», que se extendía más allá de los límites del territorio del Noroeste. No era un mal muchacho, sin embargo; y si se comió dos o tres fortunas en el mismo número de años, a nadie le importaba más que a él. Cada cual es filósofo a su manera. Mrs. Cole no era una mala cocinera, y, cualidad tan interesante a mis ojos, apenas salía de casa y no iba nunca a las Horcas, lo que había sido la principal causa de la mala conducta de su antecesor.

En todo el verano no parecí por Dawson. Teníamos comunicaciones telefónicas y un buen camino; de suerte que nuestras provisiones y todos los objetos que se pueden necesitar en una mina, podían encargarse a Dawson y recibirlos en el mismo día. Era una verdadera satisfacción después de las terribles dificultades del año anterior. Yo estaba entonces a la intemperie todo el día y toda la noche, sin americana, sin chaleco, casi siempre sin sombrero, bajando y subiendo la colina a la carrera. Entraba en los túneles y en las galerías laterales; salía más a menudo arrastrándome sobre las rodillas y las ma-

2008 Ministerio de Cultura

nos que de pie; subía hasta lo alto de la colina, descargando leña y partiendo los árboles cortados que nos traían para servir de combustible a las calderas. Aprendí el oficio de herrero, y no tardé en saber afilar un pico como el mejor. Aprendí el oficio de carpintero, y más de una vez fui yo quien reparé el carro de madera. Aprendí el oficio de leñador, y serré los troncos de los árboles, cortándolos en trozos iguales, y rodándolos por una distancia de seiscientos pies hasta el interior de la colina. Allí, ayudaba a ponerlos contra las paredes de barro que se desmoronaban, sobre todo, la pared superior que se deshelaba y que varias veces rompió los puntales y llenó los subterráneos. A mi llegada, yo no sabía hacer nada de esto; lo aprendí poco a poco; tan cierto es, que todo lo que pueda hacer un hombre, lo puede otro también, a veces, hasta sin el aprendizaje necesario. Y además, el aire del Clondic contiene, a lo que creo, champaña combinado con oxígeno, que os da un vigor extraordinario.

El 14 de Agosto de 1900, lord y lady Minto vinieron a Dawson por la vía de Skagway y de White-Horse, es decir, que el gobernador general del Canadá y su esposa visitaron el Clondic. En cuanto se conoció la noticia, se formaron comisiones y se hicieron suscriciones. Habíanse limpiado las calles y levantado arcos de triunfo; por último, se concedió a todos tres días de permiso. Sus Excelencias llegaron en un buque empavesado, y, cuando desembarcaron, fueron escoltados por una entusiasta muchedumbre hasta los cuarteles, en donde el mayor Wood, oficial comandante de la plaza, había preparado para recibirlos su residencia oficial; naturalmente, la mejor morada de Dawson.

Los mineros habían construído dos arcos de triunfo en Tront-Street y los adornaron con helechos, flores y banderas inglesas y americanas enlazadas. Recuérdese que los dos tercios de los habitantes eran americanos y que éstos habían contribuído a los gastos en proporción de su número. El cortejo pasó bajo los arcos de triunfo, y no dudamos de que Sus Ex-

2008 Ministerio de Cultura

celencias y sus acompañantes debieron de mostrarse muy asombrados al encontrar en aquel país ártico tal abundancia de adornos de follaje.

Dos o tres días antes de su llegada, Fred Wade, el canadiense más hábil que haya estado nunca en el Clondic, se me acercó en el club para decirme:

—Se había formado una comisión, con Alex Maldonald como presidente, con objeto de reunir algunas pepitas y unas cuantas onzas de polvo de oro, para ofrecérselas a lady Minto como recuerdo de su visita al Clondic. Alex no se ha ocupado de nada, y nada ha hecho la comisión tampoco. Creo que todo va a fallar. ¿No podría usted encargarse del asunto y ver si se podía hacer algo?

—¿Pero se ha olvidado usted de que soy americano?—repliqué a Wade.

—¡Oh! no se preocupe por eso. Somos todos caballeros, y se trata de una mujer. No le digo más.

—¿Me pide usted seriamente que me encargue del asunto?—continué.

—Sí—me dijo;—nos prestaría usted un servicio a los miembros de la comisión. Estoy persuadido de que, si quiere usted intervenir, todo saldrá bien.

—¿Cuánto habrá que darle?

—Creo que unos mil dólars constituirían un bonito recuerdo.

—Pero ¿qué opinará lady Minto?—insistí.—En América, en tal caso, podría muy bien ser rechazado semejante regalo... Oiga—le dije al fin;—cuando llegue lord Minto, le veré, le hablaré; y si comprendo que la cosa puede serle agradable, me ocuparé del asunto y lo arreglaré lo mejor posible.

Wade me dió las gracias, y la cosa quedó así decidida.

Max Macdonald era uno de los primeros exploradores que llegaran al Clondic; era un verdadero gigante, ciertamente el más vigoroso de los habitantes de Nueva Escocia. Ya taciturno por natural temperamento, habíase hecho más todavía con los

2008 Ministerio de Cultura

años pasados solo en las soledades de los bosques primitivos de Alaska. Poseía varias minas, que todo el mundo creía buenas, y era considerado como el hombre más rico, y con mucho, de todo el Clondic. Aunque engañado por muchos, era querido por todos; pero necesitaba que lo estimulasen, porque carecía de espíritu de iniciativa, y bien comprendí que no se haría nada si se le dejaba solo.

Aquella noche hubo recepción en casa del gobernador general, al cual tuve la honra de ser presentado. Aproveché la ocasión para hablarle de la idea que teníamos y preguntarle si sería susceptible de agradar a lady Minto. Respondió en el acto que no lo dudaba. Así, pues, a la mañana siguiente me puse en busca de Alex, le conté el caso y le invité a que montara a caballo y me acompañara a los campamentos mineros, lo que hizo muy gustoso. Marchamos, pues, en seguida, y remontamos a galope el Bonanza hasta Eldorado. Allí explicamos lo que íbamos a pedir. Nadie se negó. Todos los mineros, ingleses, suecos y americanos, nos preguntaban: «¿Cuánto quieren que demos?» Más de uno vació sobre la mesa un saco de pepitas y un saco de polvo de oro, y nos dijo que nos sirviéramos nosotros mismos. Me conmovía la generosidad tan franca y tan espontánea de aquellos solitarios mineros del Norte, aquella cortesía con una mujer que había venido de tan lejos para visitarlos en las miserables cabañas que les servían de viviendas. Era un espectáculo encantador y confortante.

Cerca de mis propias minas, en Cheechaka-Hill, había una concesión explotada por dos australianos, a los que conocía bien. Subí corriendo la colina para ir a su cabaña, mientras que Alex, por su parte, iba a visitar a unos amigos que trabajaban al pie de la colina. Los australianos estaban a punto de cenar. Expliqué a Mac Leod el objeto de mi visita.

—¿Cuánto piensa usted que hay que dar?—preguntó.

—Creo que bastaría con una onza que trajeran los hombres—contesté.

2008 Ministerio de Cultura

Se dirigió al lío de ropa, que le servía de almohada, y sacó un saco allí escondido, que tan seguro hubiera estado sobre la mesa. Pesó una onza de oro en sus balancitas. El saco estaba bien repleto, y la onza de oro en uno de los platillos de la balanza parecía mezquina. Mac Leod hizo un gesto y se volvió hacia su compañero:

—Bramond, debe ser una onza por cada uno de nosotros, ¿no te parece?

—Naturalmente—contestó Bramond.

Y Mac Leod pesó otra onza de oro, cuidadosamente, minuciosamente, casi grano a grano, y sin un grano de más ni un grano de menos. Yo quise protestar, pero él me contestó en tono rudo:

—Vaya, tome esas dos onzas y váyase.

Pero bajo su rudeza ocultaba sentimientos de cortesía profunda y verdadera de hombre y de australiano por una dama, y una dama principal, que vivía, no obstante, separada por la mitad del mundo de las mujeres de su país.

Hubiéramos podido recoger dos o tres veces más oro del que teníamos; pero elegimos solamente las pepitas más bellas de las que nos ofrecían, y no tomamos sino el más bello polvo de oro.

Antes de salir de Dawson dibujé un modelo de caja de oro que di a un joyero. Representaba en pequeño uno de los cubos que los mineros empleaban durante los primeros tiempos del Clondic, y que servían aún en varios lugares para sacar el barro de los pozos. Este cubo era oblongo, con paredes inclinadas que se estrechaban hacia el fondo como un tronco de cono. En uno de los lados, repujado, estaba representado un minero con el pico en la mano; en otro, veíase el cubito de oro y la cabria que sirve para izarlo cuando está lleno, tal como se puede verlo en las minas; el tercer lado representaba Dawson con el Yukon de majestuosa corriente hacia los mares del Norte; en fin, en el último lado se le habían grabado algunas palabras conmemorativas de la visita de Lady Minto al Clondic.

2008 Ministerio de Cultura

Alex se volvió a Dawson por la tarde, pero yo me quedé en mi casa y marché a caballo al día siguiente por la mañana. Al llegar a Dawson, encontré al coronel Donald Mac Gregor. Este caballero era un sujeto de edad, que tenía el dón de hacer que los demás estuviesen siempre en falta y hasta fueran culpables a fuerza de ser bueno con ellos. Fred Wade acostumbraba a decir que el coronel había nacido para hacer desgraciada y miserable la vida de los otros. Pero Wade debía estar prevenido contra él.

El coronel estaba casi siempre en las esquinas de las calles de Dawson, distribuyendo a los transeúntes folletos contra el Gobierno, y golpeando con el bastón en las aceras. Formaba parte de una de las numerosas comisiones, y se creía en el deber de apoderarse de las pepitas y ofrecerlas él, después de habernos tomado nosotros el trabajo de recogerlas. En consecuencia, se había apostado ante los cuarteles, había visto a lord Minto y había obtenido de él que sería presentado a lady Minto, al día siguiente, a las cinco, para entregarle una soberbia colección de pepitas de oro ofrecidas por los mineros. Mientras tanto, la señora del mayor Wood me había dado instrucciones concernientes a la misma ceremonia para las tres del día siguiente. Lord Minto, pensando naturalmente que había dos regalos distintos, ofrecidos el uno por mí, el otro por el coronel, había arreglado las horas en consecuencia. Como digo antes, encontré a Mac Gregor en la calle. Me abordó al punto:

—Celebro mucho que haya usted recogido tantas pepitas de oro. He tomado disposiciones para ofrecérselas mañana a lady Minto.

—¡Ah! ¿de veras? ¿Que ha tomado usted disposiciones? ¿Pero me hace usted el favor de decir qué tiene que ver en el asunto?

—¡Cómo! Soy presidente de la comisión número 1, y nosotros nos encargamos de todo.

—Pero yo no soy de sus comisiones ni tengo que ver nada

2008 Ministerio de Cultura

con sus comisiones. Me he encargado del asunto, a ruegos del señor Fred Wade.

Sabía yo que este nombre no era para calmar la cólera del coronel.

—¡Pues bien!—exclamó.—Alex Macdonald es presidente de la comisión de los mineros, y ha ido con usted a los campamentos.

—Es verdad—repliqué.—Me ha acompañado, en efecto; pero no ha hecho nada, y nadie hubiera hecho nunca nada si no me hubiera yo encargado, a petición del Sr. Wade. Además, las pepitas y el polvo están en mis manos, mi querido coronel.

Con paso majestuoso se fué él en busca de Alex, mientras que yo iba a comer.

Al día siguiente llovía a cántaros. El joyero había terminado el cubito de oro. Era un lindo trabajo que hacía un efecto encantador. Fuí al Banco y llené el cubito hasta los bordes con las más bellas pepitas del Clondic; luego las espolvoreé con un polvo de oro chispeante que colmó los intersticios de brillantes hojitas, y así la caja parecía un tesoro del paraíso. La envolví en un pedazo de terciopelo blanco, y, acompañado de Alex, a quien había yo arrancado al coronel, y de otro minero, nos dirigimos al cuartel. Creía yo que, abandonando las orillas del río y dando un rodeo bajo la lluvia por las calles traseras, despistaría al coronel.

Pero mis mañas de americano indio fracasaron ante su astucia de escocés. Nos esperaba erguido, con el bastón en la mano, en la mitad del camino, exponiendo al aguacero una frente llena de dignidad. Sin embargo, sobre Alex cayeron sus miradas preñadas de censuras, y el pobre Alex tenía el aspecto de un gran culpable. Me apresuré y pasé ante él sin detenerme. Como yo llevaba el saquito, no le quedaba otro recurso que seguirme.

A los pocos instantes dieron las tres, y fuimos todos introducidos, un poco embarrados, en la sala de recepción, en don-

2008 Ministerio de Cultura

de ya se encontraban Sus Excelencias con todo su séquito. Pensaba que era Alex, en su calidad de minero, más antiguo, y de minero más rico del Clondic, al que correspondía el honor de presentar la preciosa caja; se la puse, pues, en las manos, después de despojada de su blanca vestidura.

El pobre Alex, aunque prevenido, estaba todo azorado. Alzando en su manaza el cubito, lo empujó, más bien que lo presentó, hacia Lady Minto, diciendo con voz confusa y de tal manera que era imposible entenderlo:

—Tómele, tómele, Mrs. Minto... No es más que una bagatela, ciertamente... No es más que una bagatela... Pero tómele, tómele.

Ella lo tomó, lo tuvo entre sus dos bellas manos, y nos miró a unos tras otros, con algo de perplejidad en sus miradas, a lo que parecía. Yo no sabía si era cosa de reír o de llorar. Sin embargo, comprendiendo que todo el asunto iba a degenerar en un asunto burlesco, dirigí yo mismo algunas palabras a lady Minto, presentándome como delegado de los mineros para darle las gracias por su visita. Le dije que habíamos dejado en nuestras tierras amigos y esposas que nos esperaban rogando por nosotros; que su venida nos recordaba el hogar ausente; que su presencia en el Clondic era la mejor prueba de que el país no era tan terrible de visitar, y que nosotros, los habitantes, no éramos tan bárbaros como parecía creerlo el resto del mundo. Le rogué que conservase como recuerdo aquella cajita de oro, homenaje de los mineros del Clondic, que había recorrido miles de millas para verlos; le conté con qué apresuramiento, con qué alegría habían sido dados para ella los granos de oro. Terminé diciendo que en otra parte, sin duda, su llegada hubiera sido festejada con más esplendor y mayores preparativos; pero que, ciertamente, en ninguna otra, lord Minto y ella, hubieran sido recibidos con alegría más sincera que la de los habitantes del Clondic; y muy especialmente, añadí, si me era permitido hablar así, de los americanos.

2008 Ministerio de Cultura

Cuando concluí, dió ella las gracias a la comisión en unas cuantas palabras amabilísimas.

Mientras tanto, el coronel, que había entrado con nosotros, permanecía en pie dominando y devorando con sus ojos toda aquella escena. Tenía más de seis pies de estatura; pero aquel día me pareció tener por lo menos diez y seis. Afortunadamente, el volcán no hizo erupción, y dejamos a lady Minto sin desastre ni catástrofe.

¿Qué iba a pasar en la presentación de las cinco, y en donde estaban las nuevas pepitas que ofrecer? El coronel, agobiado de tristes pensamientos, andaba a zancadas por el patio del cuartel, sin hacer más caso de la lluvia persistente que de las explicaciones que trataba de darle el bueno de Alex. Pero yo había tenido una breve explicación con el gobernador general cuando nos estrechó las manos en el terrado, y se rió de buena gana al comprender la situación.

—Entonces—preguntó con una sonrisa,—¿son esas todas las pepitas que recibirá lady Minto?

—Me lo temo—contesté.

—Espero que no sufrirá una gran decepción—replicó riendo bajo.—Voy a enviar un ordenanza al coronel para decirle que he comprendido que había un error, y que sé que la ceremonia de las cinco no ha de celebrarse.

Así se hizo. El rostro ansioso del coronel se tranquilizó, mientras que Alex parecía descargado de un gran peso. Sin embargo, el coronel no se dignó notar mi presencia cuando nos separamos en la primera esquina, y tengo el sentimiento de verme obligado a escribir aquí que temo mucho que su cólera no se haya disipado todavía.

Al día siguiente, lord Minto y todo su séquito fueron a visitar el Bonanza, en carruajes. La multitud de los habitantes de Dawson, entre los que se encontraban varios miembros de la comisión, y, entre otros, el coronel Mac Gregor, los acompañaba. Comieron en una de las minas más importantes, y visitaron los subterráneos y las galerías interiores. Los pro-

2008 Ministerio de Cultura

cedimientos empleados en las minas del Clondic para la extracción del oro, y especialmente nuestra manera de deshelar el suelo, eran enteramente nuevos para el gobernador general, y parecieron interesarle vivamente. Examinó, con la mayor detención, las puntas huecas por donde pasaba el vapor, cuyo uso se había hecho general, y que habían reemplazado por completo al método tosco y primitivo de las hogueras. Desde otro punto de vista, habíamos realizado también grandes progresos, y nuestros nuevos procedimientos eran infinitamente superiores a los antiguos.

La jornada del día siguiente transcurrió en recorrer en coche las calles de Dawson. El gobernador general recibió las quejas de los mineros y de los habitantes, que pedían la modificación de ciertas leyes. El gobernador no poseía ningún poder ejecutivo; pero el hecho de haber estado en Dawson daría un gran valor a las observaciones y a las ideas que emitiese en el gabinete de Ottawa, si es que quería tomarse la molestia de tener ideas y hacer observaciones. Era un hombre frío, circunspecto, que tenía mucho tacto y mucho mundo. Parecíame que había de cumplir su mandato, a menudo difícil o delicado, con mucha rectitud y buen sentido. Los mineros, unos individualmente, otros por la voz de una comisión, expusieron sus quejas contra el gobierno de Su Excelencia, que recibió a cuantos se presentaron, y tomó notas detalladas cada vez que no le presentaban una demanda escrita.

Una comunidad de individuos no está nunca completamente satisfecha del sistema de leyes por el que es gobernada, sobre todo, cuando no ha sido consultada y no ha podido tomar parte alguna en la confección de esas leyes.

El gabinete de Ottawa habia promulgado cierto número de leyes para el gobierno del territorio del Yukon; pero en el momento de ser votadas, es probable que no se tuviera en Ottawa una idea muy clara de la situación de los asuntos en el Clondic. Algunas de esas leyes eran evidentemente buenas; pero las había, sobre todo, malas, y hasta odiosas. En efecto;

2008 Ministerio de Cultura

la ley sobre los derechos de regalía, por ejemplo, era de una injusticia ostensible. Exigíase directamente de los mineros un impuesto del 10 por 100 sobre la producción bruta de las minas. En ciertos casos, este impuesto equivalía casi a una confiscación, y los mineros se quejaban a coro de esta pesadísima carga.

Los comerciantes y los tenderos que habitaban en Dawson—los urbanos, como los llamábamos—vendían sus géneros, tratando, por supuesto, de realizar los mayores beneficios posibles, y eran pagados en polvo de oro, sin que se les descontase nada de la suma de los ingresos; mientras que el minero que sacaba cien mil dólars de su mina, y que le costaba ya unos nueve mil dólars, tenía que pagar aún mil dólars de derechos de regalía, lo que no le dejaba nada. Había en esto una injusticia manifiesta. Siendo el oro el único producto de exportación del país, el impuesto hubiera debido ser uniforme y estar repartido entre todos los que detentaban y exportaban el oro, en vez de afectar únicamente a los productores directos. Después se ha remediado todo esto, y ahora no hay más que un impuesto moderado que pesa sobre la explotación del oro. De otra parte, el sistema de establecer alquileres y jalonar las minas era provisional, y no se había empleado más que a título de ensayo. Cierto es que el Clondic presentaba nuevos problemas, y suscitaba cuestiones hasta entonces ignoradas, a causa del carácter particular del suelo, siempre helado. El gobierno hubiera hecho muy bien en nombrar una comisión y en mandar una persona experimentada a los lugares en cuanto surgieron las primeras cuestiones delicadas, para presentar un informe sobre las mejoras que se debían intentar y sobre las modificaciones que había de aportarse.

Sin embargo, Lord Minto prometió hacerse intérprete de todas las reivindicaciones de los mineros cerca de Sir Wilfred Laurier, y al poco tiempo de su marcha se supieron oficialmente en el Clondic las modificaciones y nuevos reglamentos que habían sido votados; debíase esto, sin ninguna duda

2008 Ministerio de Cultura

posible, a la benévola intervención de Lord Minto, y a él atribuían todos los habitantes del distrito tan afortunado cambio.

Lord Minto y su acompañamiento marcharon por la tarde, a las siete, en la *Sybil*, y, después de aquellos tres días de gratas vacaciones, cada cual volvió a sus ocupaciones o a sus placeres habituales, el juego, la bebida o los trabajos mineros.

A mediados del mes de Setiembre, tuvimos que interrumpir el lavado del barro una semana antes que en igual mes del año anterior. Helaba ahora todas las mañanas, y yo había agotado la parte de terreno que me había impuesto como tarea para el año. Dejé todos mis asuntos en las seguras manos de mi contramaestre, y bajé a Dawson, pensando que bien me había ganado el tomarme un invierno de vacaciones. La ciudad estaba llena de una multitud de mineros que venían de los ríos y se marchaban, como yo, afuera.

El 3 de Octubre de 1900, a medio día, el vapor *Canadián* zarpó de Dawson para White-Horse, con ciento cincuenta pasajeros, entre los que me encontraba yo. Llevaba treinta y seis meses de destierro, desde mi llegada al Clondic, lejos del mundo, y había pasado dos inviernos en aquellas tierras árticas. Durante todo este período, en que pasé por tantas vicisitudes desde el punto de vista de la comodidad, del alimento, etcétera, no estuve enfermo un solo día, ni siquiera una hora. A la verdad, me sentía más activo y más vigoroso que antes, con el espíritu más despierto también. Hacíame el efecto de uno de aquellos *conquistadores* (1) que, salidos del Perú, navegaban con rumbo a España para volver a sus hogares. Las otras personas que se encontraban conmigo a bordo estaban poco más o menos en las mismas disposiciones de espíritu; así es que formábamos una alegre compañía. Vivían algunos en las soledades del Norte desde 1897, y renuncio a describir la alegría que experimentaban al sentirse bogar hacia la civili-

(1) En castellano esta palabra, en el original.

2008 Ministerio de Cultura

zación. La felicidad, sin embargo, no era turbulenta, y no se manifestaba de manera ruidosa. Aquellos veteranos exploradores habían contraído en el Clondic la costumbre de permanecer silenciosos ante la buena o la mala suerte. Pero podía verse en sus rostros una perpetua sonrisa; en las bronceadas caras, brillaban los ojos claros; abordábanse unos a otros, se hablaban sin conocerse, se charlaba de cualquier asunto, y se estaba muy lejos de pensar en el menor motivo de querella. No había transcurrido el día, cuando ya no formábamos más que una feliz familia; sin embargo, de una manera o de otra, siempre parábamos en hablar de los triunfos o fracasos ocurridos en el Clondic. Por paradójico que esto pueda parecer, nuestra alegría de partir no estaba exenta de cierto pesar. Nuestra estancia en el Clondic había sido un destierro; pero un destierro que nosotros solos nos habíamos impuesto, y estoy seguro de que pocos de los pasajeros lamentaban aquel episodio de su vida.

Entre las mujeres, había una de Melbourne, que había llegado al Clondic con su hermano tres años antes que yo. Habían tenido sucesivamente una fonda en Dawson, una *roadhouse* en el Sulfur, una serrería en el Clondic, un almacén de conservas en el Dominio, y por último, encontraron una buena mina. Volvía ella a su casa, donde la esperaban sus ancianos padres, con una fortuna bastante redonda. Sus sonrosadas mejillas irradiaban salud y felicidad. Alegró la comida contándonos su historia, lo que nos interesó a todos en alto grado, porque la mayoría de sus oyentes conocía también los largos ensayos y las tentativas de todo género que es preciso hacer antes de triunfar.

Por la tarde, al visitar el barco con el capitán, al entrar en la sala de juego, observé un gran número de cajas de unos tres pies de largo por un pie de alto, todas atadas con cadenas de hierro. Habíanlas amontonado allí, cubiertas con viejos sacos de harina, trapos, calzado y cajas de conservas vacías.

—¿Por qué están estas cajas aquí—pregunté al capitán,—

2008 Ministerio de Cultura

y por qué no las hace usted bajar a la cala con el resto de la carga?

Me miró con aire de amistosa burla:

—No va usted a hacerme creer que ignora lo que son esas cajas, usted que acaba de pasar tres años en el Clondic—dijo él en respuesta a mi pregunta.

—Pues lo ignoro—repliqué.—Ya ve usted, me he pasado todo el tiempo en las minas, y no sé nada de lo que ustedes hacen en Dawson o en el río.

—Entonces—dijo él—le diré lo que es; es muy sencillo: cada una de esas cajas está forrada de zinc, y contiene trescientas libras de polvo de oro. No tenemos ni arca ni cuarto de seguridad a bordo, y tenemos que ponerlas en ese rincón.

Las conté, había veintinueve, más cuatro toneladas de polvo de oro, y todo aquello permanecía allí, sin un guardián. Cierto es que hubiera sido difícil escaparse por el río con una caja que contenía trescientas libras de polvo de oro. Sin embargo, la sencillez e ingenuidad primitiva de todo aquello eran deliciosas. ¡Felices tiempos!

El río se ensanchaba poco a poco, el agua se hacía más clara y la corriente menos rápida, a medida que avanzábamos hacia el Sur. Las colinas nos rodeaban por ambos lados; pero evidentemente, era un terreno volcánico completamente distinto de los terrenos de aluviones del Norte de Dawsson, siempre frondosos. A trechos, en las márgenes altas, las aguas habían abierto una barranca que descendía hasta el lecho del río, y que parecía un pastel de frutas, a causa de las diferentes capas que depósitos sucesivos de asfalto, de carbón, de cantos y de arcilla habían formado con el tiempo. La Naturaleza parecía haber consignado en aquel terreno del Norte sus trabajos e investigaciones de laboratorio.

Después de haber navegado a todo vapor por el lago la Barge, en donde nacen las primeras aguas del Yukon, atravesamos el río Fifty-Mile, en White-Horse. El Fifty-Mile es ciertamente el río más claro que nunca haya visto yo. Tiene

2008 Ministerio de Cultura

unas cien yardas de ancho y unos diez pies de profundidad. El fondo está lleno de gruesos cantos. Las *sombras*, las rocas, las piedras y hasta los pececillos que huían en el fondo a nuestra llegada, eran visibles tan claramente como si hubiésemos mirado en un caleidóscopo. Nuestro barco, el *Canadián,* no calaba más que cuatro pies. Con gran espanto nuestro, el capitán Scammel se divertía en dirigir el barco, lo más tranquilamente del mundo, en derechura a una inmensa roca que parecía estar a flor de agua.

A los cuatro días de salir de Dawson, llegábamos a White-Horse. Este lugar ha sido así bautizado, porque se encuentra precisamente debajo de las cataratas del río corto que va de los lagos a Fifty-Mile y al lago la Barge. Los indios dieron a esas caídas el nombre pintoresco de White-Horse (caballo blanco), que en realidad se le halla bien aplicado, cuando se ven las ondas de blanca espuma saltar y lanzarse por encima de las agudas rocas entre las que estaban antes encerradas. Pero no había caballo blanco ni caballo negro capaz de impedir que los habitantes del Clondic corrieran a libertarse. Unos cuantos subieron hasta lo alto de las rocas para ver las cascadas, y cuando bajaron, el tren estaba dispuesto a salir.

¡Un tren! ¡piénsenlo! ¡un tren que iba a conducirnos al mar! ¡Nos habíamos olvidado, desde hacía tanto tiempo, de la forma de una locomotora! Delirábamos de alegría. Las curvas rápidas, los abismos majestuosos, las rocas ingentes, no bastaron para devolvernos nuestras facultades, ni el espectáculo de Danger-Pass (el paso peligroso), en que los coches iban suspendidos a millares de pies de altura sobre torrentes llenos de nieve. Por fin, mientras que el tren bajaba a toda velocidad la pendiente al salir de la garganta, divisamos la mar inmensa y tranquila, en la que la vía parecía que iba a ir a perderse y que se extendía hasta lo infinito.

Las ciento doce millas de vía férrea, que acababan de terminarse aquel año, eran recorridas en cien horas; y en verano, es uno de los viajes más bonitos que se pueden hacer. La crea-

2008 Ministerio de Cultura

ción de este ferrocarril ha puesto término a las terribles dificultades que los viajeros tenían que vencer para franquear la entrada del Yukon. Entre Skag-Way y White-Horse, extiéndese una cadena de montañas escarpadas, en medio de las cuales se precipitan las cataratas que hicieran dar a Chilkoot el nombre de «paso del Miedo», y que se tragaron tantas vidas humanas. Pero todo esto ha terminado hoy, y se puede ir de Vancouver a Dawson tan fácilmente y tan rápidamente, como de Vancouver a Otawa.

Después de haber pasado un día en Skagevay, puerto de pesca importante, nos embarcamos en el vapor *Guzen* para Scattle, vía Vancouver. Tardamos tres días en llegar a Scattle. Es un viaje delicioso. El barco pasa por medio de numerosas islas que recuerdan el mar interior del Japón; pero estas islas de Alaska están cubiertas de hielos y llenas de neveras de azules venas, que parecen vivir eternamente. Pasamos ante un gran número de fábricas de conservas de salmón, establecidas en las islas, y abrían y metían en cajas los pescados a miles, aunque la estación tocaba a su fin.

En Scattle tomé un tren que me llevó directamente a San Francisco. A las cuarenta y ocho horas estaba en mi casa. Hacía once días de mi salida de Dawson, y cerca de dos años y medio que marché a las lejanas soledades del Norte.

XVI

El robo.

El 4 de Julio de 1900, había ido yo a Dawson para asuntos, cosa que no ignoraba mi cocinero, Luis Jacobo. Habíale tomado dos meses antes, a razón de ciento cincuenta dólars al mes, sabiendo que era el primer cocinero del Clondic.

En la casita construída en la colina, yo vivía sólo con mi secretario. El servicio de Luis no era, pues, demasiado penoso. Era un verdadero descendiente de Vatel, y, aunque se en-

2008 Ministerio de Cultura

contrara a menudo con pocos recursos y careciese hasta de lo necesario, sabía hacer algo con nada y nos cocinaba frioleras muy apetitosas. Fiel, cortés, listo, permanecía, sin embargo, taciturno, se mantenía aparte. Yo le quería, a pesar de todo, y más de una vez, gracias a él, me dije que hasta en el Clondic se gustaban placeres gastronómicos que podrían no desdeñarse en otras partes. Luis nos servía salmón fresco pescado en el río; sombras de los lagos, conejos, ptarmigan, alce, oso, perdices, sin perjuicio de carnes de vaca y carnero, que nos llegaban de fuera.

En la noche del 30 de Junio, dije a Jorge, mi secretario, que bajase la colina un poco antes de media noche y permaneciese abajo hasta la una. Nuestro vigilante nocturno estaba ausente, y quería yo que las máquinas de lavar estuvieran siempre custodiadas, especialmente entre doce y una, momento en que se paraba el agua, mientras que los mineros tomaban su refacción de la noche. Mientras tanto, envuelto en mi pyjama, me tumbé en la cama. La noche estaba tibia y clara, por lo que dejé entornada la puerta del despacho que me servía de alcoba.

A las diez y media, el sol había desaparecido en el horizonte; el cielo estaba iluminado con toda la gama de los colores que resplandecían con magnificencia, como una erupción volcánica. En ninguna parte he visto puestas de sol más bellas ni crepúsculos más impresionables que en esos países árticos. El cielo permaneció iluminado con mil fuegos hasta cerca de media noche; solamente entonces, lentamente, poco a poco, la noche los invadió y los echó.

A la una y media de la mañana, estaba Jorge de vuelta. Un ligero resplandor, que teñía sutilmente la atmósfera, indicaba que el sol iba a mostrarse pronto. Jorge encontró a Luis en la cocina, completamente vestido y leyendo.

—¿Qué hace usted tan tarde?—le preguntó.

—Estoy indispuesto—contestó Luis,—y he tomado una medicina.

2008 Ministerio de Cultura

—Veo—continuó Jorge—que se ha puesto usted unos zapatos amarillos completamente de moda. ¿Los ha comprado usted en Dawson? ¿Cuánto le han costado?

—Veinte dólars—contestó Luis, al que parecía molestar el tono un poco inquisitorial de Jorge.

—Bueno, voy a acostarme—dijo éste.

—No haga usted caso—manifestó Luis—si me oye usted moverme, porque no puedo dormir.

Jorge se fué a su cama, que estaba contigua a la mía. Los dos cuartos estaban separados por un delgado tabique que no llegaba hasta el techo, y en el que había una puerta cerrada por una simple cortina. Un poco más lejos, en el mismo plano, y separada del cuarto de Jorge, que nos servía de comedor, de la misma manera que éste se hallaba separado de mi cuarto, estaba la cocina. En suma: la casita, que ocupaba un espacio de diez y seis pies por treinta, estaba dividida en tres cuartos por dos tabiques provistos cada uno de un portier.

Todas las mañanas, a las ocho y media, Luis me traía una taza de café puro, y vaciaba en mi bañera dos baldes de agua fría para mi baño diario. Pero aquella mañana no entró Luis, y el reloj, que tenía junto a la cama al alcance de mi mano, me indicó que eran las nueve. Llamé, pero en vano. Me levanté, pues, y fuí a la cocina, atravesando el cuarto de Jorge. No estaba Luis y no había fuego en la estufa. Desperté a Jorge, que dormía un profundo sueño, y le dije:

—¿Qué ha sido de Luis?

—No sé—me contestó.—¡Ah! espere; sí me acuerdo ahora; no se había acostado aún cuando volví yo anoche, y me dijo entonces que se sentía mal.

—¡Ah! entonces—observé—habrá ido a las Horcas esta mañana para ver a un médico. Podía habérmelo advertido antes de marchar. Quizá no vuelva hoy. Pues bien; levántese usted, Jorge, y prepáreme el baño. Ya que no puedo tomar café, me bañaré, por lo menos.

Mientras que me vestía se me ocurrió aprovechar el mo-

2008 Ministerio de Cultura

mento en que Luis estaba ausente para pesar un saco de polvo de oro y darme cuenta de la diferencia que hay entre la libra *tener peso* y la libra peso de *troy*. Todo nuestro oro estaba contado en onzas, y una onza valía en el mercado diez y seis dólars. Quitábamos el polvo de oro de las máquinas de abajo cada dos o tres días, y lo metíamos en un arca de hierro, cuya única llave estaba confiada a Jorge. Era esta una operación algo larga, que a veces requería tres o cuatro horas, cuando el polvo de oro estaba mezclado con arena y piedrecillas. No me gustaba mucho abrir el arca fuera de los días en que era indispensable, porque había que poner allí el oro sacado de las lavadoras. Luis no lo ignoraba, y sabía muy bien que no tocaría a las lavadoras hasta la noche.

—Jorge—dije a mi secretario,—abra el arca y saque uno de los sacos llenos. Vamos a pesarle en la cocina, en la balanza de la carne, antes que vuelva Luis. Es una excelente ocasión, ya que no está.

El arca estaba metida al nivel del suelo en un rincón del comedor, que, como se recordará, estaba en la segunda habitación. Estaba sujeta por fuertes cadenas, cuyos eslabones tenían por lo menos una pulgada, a los sólidos maderos que sostenían el piso. Estos maderos, de un pie de espesor, estaban tendidos en el suelo.

Jorge abrió el arca mientras que me sentaba yo dándole la espalda. Oí entonces una exclamación violenta y me volví rápidamente. Jorge miraba al interior del arca.

—¿Cuántos sacos de polvo de oro llenos y sellados debe haber aquí?—preguntó.

—Dos—contesté,—más cuatro medio llenos, y las pepitas.

—¡No hay más que un solo saco lleno!—dijo él con voz alterada.—Venga usted a ver.

Acudí y me arrodillé ante el arca. Siempre arreglaba yo mismo los sacos, luego cerraba y entregaba la llave a Jorge. Después de haber mirado un momento, me volví hacia él, y le dije:

2008 Ministerio de Cultura

—Falta un saco sellado con cuatrocientas onzas de excelente polvo de oro.

Sacamos los otros, es decir, un peso de unas cien libras, incluso las pepitas, pero nada parecía faltar. Examiné entonces la cerradura, pero no observé señal alguna en la superficie lisa del níquel, como pudiera haber habido a consecuencia de una efracción. No sospechaba de Jorge, al que había enviado a buscar el invierno anterior a San Francisco, por saberle fiel y abnegado. Sin embargo, él tenía la única llave, y estaba claro que la cerradura no había sido forzada. Nos levantamos y nos miramos pálidos.

—Hábleme más de Luis—dije al fin.

—Ya se lo he dicho todo hace un momento—contestó Jorge, en tono que daba lástima.

Nadie puede conservar por completo su sangre fría, por inocente que sea, cuando se siente así amenazado de una acusación o una sospecha.

—Es raro—dije—que se haya marchado sin decirme cuándo piensa volver. Me pregunto a qué hora dejó la mina y adónde puede haber ido.

—¡Ah! ¡ya me acuerdo!—exclamó de pronto Jorge, cuyo rostro se iluminó.—A las dos, cuando subí después de haber velado una hora, Luis tenía puestos unos fuertes zapatos.

—¿Cómo? ¿se había puesto los zapatos nuevos estando enfermo?... Me parece que le he visto a usted dejar varias veces la llave en la mesa mientras que se levanta el oro.

—Sí, pero no salgo nunca de la habitación hasta que todo haya concluído y el polvo de oro esté bien cerrado. Ayer noche, cuando me acosté, tenía la llave colgando de mi cuello por un cordón.

—Pues bien, la cosa me parece clarísima—repliqué.—Luis se apoderó de esa llave cuando estaba sobre la mesa, y ha tomado el molde de cualquier manera. La cosa no era muy difícil porque usted ha sido negligente. Yo mismo he visto la llave en la mesa al lado de las balanzas de oro, cuando debiera

2008 Ministerio de Cultura

usted haberla tenido en el bolsillo. Luis se ha llevado el saco más grueso, naturalmente. No podía cargar con más de un saco, porque cada uno pesa por lo menos veinticinco libras, y ha tenido que recorrer a pie muy de prisa las treinta millas que nos separan de Dawson. Esto nos prueba, sin embargo, que no tiene cómplices, lo que siempre es un consuelo. La idea de que uno de mis mineros pudiera estar en connivencia con él, me es por extremo desagradable; porque, si fuera así, ya no sabría en quién fiarme.

El pobre Jorge respiró, tranquilizado con estas palabras, pero estaba todavía todo tembloroso cuando añadí:

—Va usted a subir a las Horcas y ver al oficial de policía. Luis podría estar escondido por allí. Tendrá usted que decirle que es usted el que tenía la llave, y contestar de una manera precisa a sus preguntas. Pero nada tiene usted que temer. El culpable es Luis, y le atraparemos.

Había un teléfono en la cabaña de un minero, a cien pasos de distancia. Corrí allí después de haber cerrado cuidadosamente el arca y guardádome la llave. Al instante, estaba en comunicación con el jefe de la policía de Dawson. Le conté el robo, y le participé la convicción que tenía de que Luis había huído río abajo. Sabía yo, en efecto, que por aquel lado, a una distancia de cuarenta millas de Dawson, estaría él en territorio americano. Era, por lo demás, el refugio de todos los criminales que se escapaban y de todos los que eran expulsados del Clondic. Ofrecí correr con todos los gastos si querían enviar una canoa, tripulada por dos policías, en persecución del fugitivo. Prometieron hacer inmediatamente todas las pesquisas necesarias, y volví tranquilo a mi casa.

Apenas hube dejado el teléfono cuando se presentaba un hombre en el cuartel de Dawson, solicitando hablar con un oficial de policía. Era el barquero del Clondic. Había recorrido las dos millas que le separaban de la ciudad para dar el siguiente parte: «Dos hombres, que parecían muertos de cansancio, habían llegado al puesto del barquero, a eso de las cinco de

2008 Ministerio de Cultura

la mañana. Uno de ellos llevaba al hombro un saco de polvo de oro, sellado y envuelto en un saco de harina. Compró una canoa en Peterborough y provisiones en una tiendecilla que había allí. Sus compras ascendían a unos ciento cincuenta dólars. Abrió el saco sellado, y pidió al tendero que pesara él mismo la suma debida.

—¿De qué tiene usted todo ese polvo de oro?—preguntó el barquero que estaba presente.

—He trabajado como cocinero en casa del senador Lynch, durante cerca de un año, con un salario de ciento cincuenta dólars al mes—replicó el hombre;—y cuando entré a su servicio, ya tenía yo un poco de dinero ahorrado, con el que he comprado polvo de oro, porque dejo el país.

El barquero sabía muy bien en aquel momento que yo había pasado la mayor parte del invierno anterior en Dawson, y que, por consiguiente, no hubo mientras tanto ningún sirviente en mi casa; pero no dejó ver nada de sus sospechas, y preguntó:

—¿Quién es ese hombre que le acompaña?

—Le he encontrado en el camino y le he ofrecido cinco dólars para que me ayude a llevar el saco. Voy a darle una onza más y a pedirle que reme conmigo, a fin de llegar antes al río Mossen, pasado Dawson.

—¿Por qué no se detiene usted en Dawson?

—Porque tengo prisa por llegar a Moose, y no hay barco en Dawson. Tengo un compañero en Moose que me ha escrito que vaya en seguida.

Y Luis se alejó con su compañero. Toda aquella historia, de la que no creyó una palabra, pareció muy sospechosa al barquero. El saco contenía evidentemente seis o siete mil dólars, por lo menos. La suma era demasiada para que la hubiese podido ganar un cocinero trabajando a sueldo de un particular durante un año.

Los agentes de policía gozan en el Clondic de poderes especiales, y mucho más amplios que en cualquiera otra parte.

2008 Ministerio de Cultura

Si saben que un hombre ha tenido conocimiento de un delito o ha descubierto algún secreto importante sin informarlos, lo vigilan y le consideran inmediatamente como sospechoso, lo que puede perjudicarle mucho en el ejercicio de su profesión. Por esto el barquero acudió al cuartel aprisa, lo más pronto que pudo, para hacer su declaración.

Ahora bien; como los datos suministrados por el barquero venían detrás de mis comunicaciones telefónicas, el asunto estaba claro. En dos horas se hubieron encontrado fotografías de Luis en Dawson. Al hombre que le acompañó le encontraron a la entrada de Dawson, de vuelta de Moose Hide, y fue interrogado por la policía. Contó que Luis y él habían descendido con la canoa el Clondic, hasta su confluencia con el Yukon, y que entonces habían seguido el Yukon, de más de una milla de anchura en aquel lugar, bordeando la orilla opuesta a la ciudad y a los muelles. Llegados a Moose Hide, dos millas más abajo, Luis se había dirigido hacia el Este, y desembarcado al hombre, después de darle una onza de oro.

A la una de la tarde, dos policías canadienses descendían el río con toda velocidad. Luis llevaba seis horas de adelanto, y la corriente era rápida. Pero ellos tripulaban una canoa de carrera, perteneciente a la policía, y ambos eran buenos remeros. Durante cientos de millas no hay rápidas ni obstáculos de ninguna clase en el río, que desciende ancho y majestuoso, noble y potente, hacia los mares del Norte, a los que va a morir. Nada interrumpe la línea sombría de los abetos que bordea la orilla, si no es, a veces, la tienda de un viajero o de un leñador que corta leña para los vapores del río. Después de pasar por Eagle, el Yukon se extiende hacia el Oeste durante doscientas millas sin encontrar el menor poblado. Corre entre colinas de granito casi perpendiculares, que parecen baluartes y que dominan las aguas profundas que chocan entre espumas contra su base. Durante toda la noche, la canoa de la policía se deslizó sin moderar su marcha, y descendió el río a una velocidad de diez millas por hora. La noche estaba relativamente

2008 Ministerio de Cultura

clara; uno de los dos hombres dormía mientras que el otro velaba para dirigir la canoa en los lugares en que la corriente era más rápida y las aguas más profundas. Comían viajando.

Al día siguiente por la mañana, a las diez, después de haber recorrido doscientas millas, vieron una embarcación encallada en una isla de arena. Los dos policías abordaron con precaución al lado. Bastóles una segunda observación para convencerse de que el hombre que dormía profundamente en el fondo de la canoa era mi cocinero Luis. No había error posible. Además, Luis llevaba una carabina y una pistola, armas que un hombre honrado no hubiera jamás juzgado necesarias en el Clondic. Se consultaron: estaban en territorio americano, y allí expiraban sus derechos; carecían ya de poder para detenerle, por cuanto ellos eran ingleses. No podían esperar apoderarse de él sino en un lugar en que hubiera funcionarios de policía americanos; pero habían ido muy de prisa, estaban lejos, y Luis parecía exhausto.

Cuando éste se despertó de su profundo sueño, se irguió y contempló con terror a los dos hombres, que, con la mayor tranquilidad del mundo, habían puesto a asar un trozo de carne en una hoguera que habían encendido entre dos pedruscos. El miedo le puso en seguida muy nervioso, y hombres mucho menos inteligentes y expertos que los hábiles policías del Clondic hubieran observado su actitud de hombre agitado. Sin embargo, los dos policías le saludaron muy amablemente. Le dijeron que eran *prospectors* que iban a Nume, y le invitaron a compartir su comida. No le hicieron ninguna pregunta, pero Luis les contó que iba a Circle City, la ciudad más próxima, a unas cien millas río abajo. Se largó en cuanto hubo comido, porque le urgía hallarse todo lo lejos posible de Dawson. Los policías durmieron un instante y descansaron allí unas horas, tomando tiempo, puesto que ahora estaban seguros de pescar al ladrón en cuanto quisieran.

Aquel espléndido día de Julio tocaba a su fin: el sol, que todavía brillaba con fuerza en los cielos claros, se inclinaba poco

2008 Ministerio de Cultura

a poco hacia el horizonte. Los pájaros gorjeaban alegremente en los árboles de la ribera, y cuando los salmones que remontaban la corriente en dirección de los lagos, saltaban sobre las aguas, sus escamas chispeaban al sol. Avidos cuervos estaban de acecho en las ramas de los árboles que pendían sobre las aguas del río; porque ocurría a menudo que algunos salmones iban a varar en los bancos de arena, arrojados allí sin poderlo remediar por el empuje del ejército de peces que remontaba la corriente. Muy alto, en el cielo, cerníanse gavilanes del Norte, bastante parecidos a águilas, que giraban en círculos rápidos barriendo el horizonte con sus grandes alas. El ligero ruido de la canoa, que se deslizaba por el agua lisa, hizo ocultarse en la maleza, como un meteoro, a un zorro blanco de piel de plata que estaba en la orilla, y que desapareció en un abrir y cerrar de ojos, sin que ningún movimiento de las hojas revelase su presencia.

Durante toda la noche, Mac Intyre y Judson avanzaron. La frágil embarcación hendía el agua silenciosamente. Por la mañana observaron a proa dos embarcaciones: la una era la de Luis. Los policías desarmaron en seguida sus remos y se dejaron ir a la deriva. Mientras tánto, la canoa de Luis, que llevaba una velocidad asombrosa a pesar del peso del oro robado, había abordado a la otra, tripulada por un hombre solo.

Aquel hombre se llamaba Henry. Habíanle expulsado de Dawson las autoridades. Había alrededor de Dawson un cierto número de gentes de los dos sexos, que vivían como buitres acechando a los mineros que volvían de los ríos auríferos y se dirigían a la ciudad, para desvalijarlos. Ocurría a menudo, que se prendía a uno de ellos, y en este caso, la policía le daba a elegir entre estas dos alternativas: descender el río y marcharse, o bien trabajar en las pilas de leña; a su gusto. Naturalmente, siempre elegían lo primero. Descendían entonces el río hasta Forty Mile o Circle City, en donde todos los expulsados se encontraban, y formaban una verdadera colonia. A uno de estos individuos era al que acababa de encontrar Luis, y

2008 Ministerio de Cultura

en cuya compañía remaba charlando, mientras que las dos embarcaciones bogaban de conserva y bajaban juntas la corriente.

Henry conocía a todos los policías de Dawson; había hecho amplio conocimiento, por diversas ocasiones, con cada uno de ellos. Así fue que no le costó trabajo reconocer a Mac Intyre y a Judson, que todavía estaban bastante rezagados. Había observado también la mirada inquieta de Luis, del que sabía que no era un habitante de Dawson. Y el astuto pícaro pensaba que había algo anormal en todo aquello.

—Conque dígame, compadre—dijo a Luis,—¿en casa de quién era usted cocinero?

—En casa del senador Lynch. En Cheechak Hill, cerca del Bonanza. Tiene una mina muy rica en ese sitio.

—Sí, sí; he oído hablar de él. ¿Por qué le ha dejado usted?

—Estaba cansado y tenía ganas de ver Nume.

—¿Y no ha ocurrido nada entre usted y el senador?

—No. ¿Por qué me pregunta usted eso?—dijo estremeciéndose a su pesar.

—¡Oh! Por nada. Pero, sabe usted, los dos hombres que vienen ahí, detrás de nosotros, son dos perros de polizontes, y me huele que corren a la caza de alguien. ¿No sería usted por casualidad la pieza, amigo?

Luis desfallecía. Era su primer delito, y la fatiga y el miedo le habían abatido por completo.

Precisamente en aquel momento la canoa de la policía los pasó. Henry saludó a los dos policías, que, contrariados por haber sido reconocidos, contestaron secamente. Al verles seguir adelante y alejarse, Henry dijo a Luis:

—¿Sabe usted el nombre de la canoa de la policía?

—No.

—Pues bien; todo el mundo sabe que se llama *Victoria*. Mire a la popa de la canoa que nos precede, y cubierta a medias por un toldo. Mac Intyre lo puso probablemente al salir de Dawson para que tapase el nombre, pero se ha desprendido sin duda.

2008 Ministerio de Cultura

En efecto; la palabra *Victoria*, aunque medio tapada, era, sin embargo, visible, y esto no podía dejar ninguna duda en la conciencia culpable de Luis. Cobardemente, tembloroso, lo confesó todo a Henry.

Este tenía el ingenio vivo.

—Lo comprendo todo—murmuró cuando Luis hubo terminado de hablar.—Los canallas quieren llegar a Circle para pedir una orden de detención, y le esperarán allí para atraparle al paso. Pero yo puedo salvarle.

—¡Cómo!—exclamó Luis.

—Le costará quinientos dólars—replicó el hombre hábil de negocios.—Y démelos en seguida, o le dejo.

—Tome, sírvase usted mismo—balbució el miserable;—pero, por el amor de Dios, no me deje así.

Henry desató el saco, cortando las ligaduras que le sujetaban al saco de harina en que estaba envuelto. Lo abrió y llenó dos bolsas de tabaco con el polvo de oro, apoderándose de mil doscientos dólars, en vez de quinientos que le había pedido, como se reconoció más adelante. Escondió cuidadosamente las dos bolsas en un saco que llevaba. Después vertió el resto del polvo de oro en varios sacos de enormes dimensiones que hallaron en el fondo de una de las canoas, y los entregó a Luis. Hecho esto, cortó un saco en tiras, que ató a un pedazo de hierro, y lo arrojó todo bajo cuarenta pies de agua. El saco había sido sellado con un sello egipcio, cuya marca era indeleble. Ahora, este testimonio había desaparecido para siempre.

Luis le miraba hacer sin decir nada, mientras que las dos canoas continuaban descendiendo, tranquilamente emparejadas, el límpido río. Cuando hubo terminado esta operación, Henry dijo a Luis con tono ligero:

—Hay delante de Circle City una isla bastante grande, que ocupa una longitud de varias millas. En aquel lugar, la corriente se divide en dos: una parte va por la izquierda del lado de Circle City, y allí seguramente le esperan los policías; pero la otra parte forma una especie de canal, que pasa a la derecha

2008 Ministerio de Cultura

y costea el lado Norte de la isla. Muy pocas gentes conocen ese canal y la manera de dirigirse allí. Pero yo le conozco. He ido a menudo por allí el año pasado, cuando vivía en Circle City. Le llevaré, pues, hasta el extremo, mientras que los señores policías le estén esperando; y cuando hayan advertido la burla, estará usted a doscientas millas de Circle City, en camino para Nume.

Luis estaba radiante. Dió gracias a su salvador con volubilidad, y no se permitió ningún comentario sobre las dos bolsas de tabaco, aunque supiese perfectamente que una sola de ellas contenía más que la cantidad convenida. Debe existir cierta ley de compensación que hace que los ladrones no puedan quedarse con todo lo robado. Encuéntranse siempre con otros más fuertes o más listos que ellos, que se apoderan del producto de su robo.

Pero Henry, que tenía ya en su poder la recompensa de los servicios que todavía no había prestado, no tenía la menor intención de cumplir su promesa. Para nada necesitaba ir a Nume. Había salido para ir a Circle, y a Circle iría. Tenía amigos que le esperaban allí, y también le aguardaría su mujer, a la que había mandado por delante en un vapor, con los bolsillos bien provistos. En estos climas del Norte, las gentes son más o menos insensibles a los pensamientos y sufrimientos de los demás. Del hecho de sentirse uno tan solitario y tan lejos de todo, nace un egoísmo sin límites. No os lleva esto a que voluntariamente hagáis daño a los otros, pero os inclina a preocuparos enormemente de vosotros mismos, y muy poco de vuestros semejantes. Henry se dirigió, pues, a la playa de arena de Circle City, desembarcó y se fué tranquilamente hacia la casa de juego más próxima, y abandonó a Luis dormido, al que le despertaron momentos después y le prendieron legalmente los policías canadienses, provistos esta vez del auto necesario. Y después de tan linda acción, Henry no sintió en absoluto la conciencia más pesada que antes.

He dicho que la población de Circle se componía en gran

2008 Ministerio de Cultura

parte de ladrones. Proscritos éstos de Dawson, hubieran podido descender el río hasta Nume; pero tenían miedo de encontrar allí una población no acomodaticia a su género de trabajos. Vivían, pues, en Circle, como buitres, acechando la canoas que pasaban. La calle de Circle que bordeaba el río estaba compuesta de una fila de vendedores de wisky. Había allí hombres y mujeres que obligaban a las gentes a entrar y les hacían pagar un derecho de peaje; si se negaban, corría la sangre. El desdichado Henry fue robado tan completamente como robó él a Luis. En dos días, el vino y las cartas le aligeraron de sus mil doscientos dólars, dejándole de nuevo sin blanca. Al tercer día, se echó un pico al hombro, una pala y un saco provisto de víveres, y marchó a pie para las minas de Mastodon. Era un viaje muy duro y de más de cien millas: había que pasar por «cabezas de negros», atravesar charcos y pantanos, en donde reinaban los mosquitos, y franquear montañas.

Dueño de mi buen cocinero, cuyos servicios me faltaban, Mac Intyre se encontró en una situación muy embarazosa, aunque el funcionario de policía de los Estados Unidos le hubiese entregado el mandamiento de prisión, porque no había cárcel en Circle. Pagó a cuatro ciudadanos americanos emprendedores que consintieron en guardar al prisionero en una cabaña carcomida, relevándose, dos de noche y dos de día, por cinco dólars cada uno más las comidas, lo que hacía siete dólars en realidad. Lo que restaba del saco de polvo de oro robado por Luis, fue depositado en la caja perteneciente a una de las compañías de comercio de la ciudad. A los dos días, Luis compareció ante el Tribunal local, confesó su delito y pidió que lo llevasen a Dawson. Podría creerse que éste fue el fin de la historia: nada de eso.

Entre los expulsados de Dawson que residían en Circle, había un americano que, después de haber ensayado todas las profesiones confesables que se pueden ejercer en aquel país, había concluído por hacerse hombre de negocios, nueva profesión en la que florecía. Sin duda, le había ocurrido en su carre-

2008 Ministerio de Cultura

ra aventurera, hojear, por azar, algunos libros de Derecho. No tenía dinero, y Luis lo tenía—en la caja.—Esto era bastante para los dos. Fue a ver a Luis, que estaba tranquilamente sentado al sol en su prisión abierta, mientras que sus guardianes jugaban a su lado. Persuadió a mi cocinero de que había hecho una locura confesando; le hizo observar que el delito se había cometido en territorio inglés y que ahora estaba en territorio americano, bajo la protección de las estrellas y las franjas; que los policías carecían de poder para llevárselo a Dawson; que si era difícil bajar, era más difícil subir; que no pasaba más que un vapor a la semana por Circle para ir a Dawson; que el viaje requería varios días, porque había que remontar la corriente rápida; que él podía impedir que se llevasen a Luis y hacer de modo que el asunto se fallase en Circle; que todo esto retrasaría la cosa y costaría dinero al señor Lynch, lo que le irritaría y le forzaría tal vez a transigir; en fin, que por quinientos dólars se encargaba de evitar a Luis todo disgusto, a menos que el Sr. Lynch no acudiese en persona a asistir a los debates, lo que era casi imposible, porque todo el mundo sabía que tenía empleados ochenta hombres, sin contar otras empresas, y le era muy difícil permanecer alejado una quincena, en pleno verano, de sus asuntos del Clondic. El culpable era débil, perverso, y estas observaciones le hicieron mucho efecto.

Los agentes de policía canadiense estaban evidentemente muy mal mirados en Circle City. La mayor parte de los habitantes la constituían los expulsados de Dawson, y Mac Intyre y Judson habían sido las causas determinantes de la expulsión. Los antiguos candidatos a presidio que habitaban en Circle no experimentaban ninguna simpatía por las leyes en general, y en particular por las leyes del Canadá; pero las pilas de leña tenían una poderosa fuerza de persuasión, y la perspectiva de ser empleados en aquéllas, les hacía tomar el destierro con paciencia. Sin embargo, Dawson era una población alegre, confortable, agradable de habitar, llena de mineros ebrios a quie-

2008 Ministerio de Cultura

nes quitar la bolsa, mientras que en Circle y en las otras poblaciones pequeñas del Yukon, bastante mal provistas en este concepto, semejante placer les estaba casi vedado. Así, pues, el destierro era en suma bastante desagradable. Hacían flotar triunfalmente el pabellón americano bajo los rayos del sol ártico, y llenaban de execraciones e injurias al pabellón inglés y a todos los que vivían a la sombra de sus pliegues. Esto hacía pensar en la frase de Mme. Roland: «¡Oh libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!»

Al cabo de unos días, la situación de los dos policías se había hecho difícil; tenían que habérselas con un juez tibio e indiferente, si no hostil, y pagar cuarenta dólars al día por los gastos que ocasionaba la custodia del prisionero, mientras que las autoridades no se ocupaban en juzgarle. Además, podía temerse que Luis se escapara cualquier día, dada la simpatía que le demostraban sus compañeros, los ladrones de Circle, que no deseaban más que prestarle ayuda.

Además, Luis se había retractado de todas sus confesiones, por consejo de su hábil abogado.

En aquellos momentos, un vapor que venía de San Miguel e iba a Dawson, paró una hora en Circle. Los policías embarcaron, y, a los diez días del robo, el mayor Wood me llamaba por teléfono a Dawson. Me dieron entonces conocimiento del parte escrito, y me hicieron oír la relación verbal de los policías. Por aquella época del año, mis negocios me ocupaban de tal manera, que me era imposible perder quince días. Eramos casi un centenar de hombres en el trabajo. Yo era a la vez mi director, mi comprador, mi intendente y mi cajero. Vaciábanse las máquinas de lavar cada tres días, y no había allí nadie que me fuese lo bastante conocido para fiarme por completo en él. A ningún precio podía yo marcharme. El verano es corto en el Clondic, y mientras que corre la suficiente cantidad de agua, un propietario de minas inteligente, debe utilizar cada hora y cada minuto. Tenía la dicha de gozar de una salud excelente, y la ponía a contribución. Después de bien pensado,

2008 Ministerio de Cultura

tuve que reconocer, por la fuerza de las cosas, que me era absolutamente imposible ausentarme. Hablé largamente del asunto con el mayor Wodd, y se convino que enviaría él a Max Intyre y a Judson a Circle con un encargo mío para Luis. Le decía que, si daba a la Compañía de comercio una orden escrita para que entregase el polvo de oro depositado en su casa, dejaría yo de pagar los gastos del encarcelamiento. Al llegar a Circle, los policías le presentaron mi billete y una orden para firmar. Firmó con alegría el afortunado pillastre.

El día del robo, al almuerzo, quise beber una botella de buen vino para consolarme, pero no quedaba ni una; todo había desaparecido. Luis tenía gustos refinados que me costaban bien caros. Rogué al policía que dijese a Luis que no me preocupaba en extremo el saco de polvo de oro; pero que bien podía haberme dejado, por lo menos, una botella de champaña para consolarme. El miserable se frotó las manos sin poder contener la risa, y contestó a Mac Intyre:

—¡Ah! Con gusto hubiera dado diez onzas por ver la cara del senador al encontrarse el armario vacío...

A la hora de haber sido puesto en libertad, remaba gozosamente, descendiendo el río en su canoa. Mac Intyre le dió veinte dólars para que comprase de comer, y Luis se sentía completamente feliz por haber recobrado la libertad. Me envió sus más respetuosos saludos, sugiriéndome la idea de que, para sustituirle, tomase una cocinera, idea que ya se me había ocurrido a mí, y que la había ya puesto en práctica.

Los policías, después de haber tomado el oro y pagado los gastos, se embarcaron dos días después en el primer vapor que pasó con rumbo a Dawson. Salieron con el mayor secreto, por no estar bien seguros de llegar sanos y salvos, y de hacer el viaje sin ser ellos mismos detenidos en el camino. Los expulsados de Dawson no querían a los agentes ingleses, y tengo el sentimiento de decir que los agentes americanos eran aún muy pocos en aquella época para que se pudiese contar con ellos. Más adelante, el jefe de policía de los Estados Unidos en Cir-

2008 Ministerio de Cultura

cle fue llevado a los tribunales por varios delitos, entre otros, por su actitud en todo el asunto dicho. A la verdad, se había tratado de tender un lazo en Eagle a los dos policías, y formarles un proceso escandaloso, alegando una ley inventada después de marchar aquéllos de Circle. Afortunadamente, el capitán del vapor, que era un hombre sensato, les dió amparo en un barco, y al día siguiente, Mac Intyre y su compañero, con lo que restaba del polvo de oro, estaban en seguridad en Dawson. Tomé posesión de cuatro mil dólars; dos mil cuatrocientos se habían fundido en el camino en manos de los ladrones y de los piratas del Yukon. Todo el mundo me felicitó por haber podido recobrar aquellos dos tercios. Alex Macdonald me contó que una vez, uno de sus numerosos compañeros de mina se escapó, llevándose veinte mil dólars de la pertenencia de aquél. El ladrón fue apresado y detenido durante cierto tiempo en Circle; luego concluyó por recobrar la libertad, y Alex no volvió nunca a ver un dólar de la suma robada. Nadie estaba verdaderamente investido por los Estados Unidos de un poder judicial serio, en el Yukon, por aquella época, salvo en San Miguel, es decir, a una distancia de seiscientas millas de Dawson. Nadie, en territorio americano, podía juzgar a los canallas procedentes de Dawson. Además, como ya he dicho, era tal la antipatía a los funcionarios de policía de Dawson, que les tendían lazos en todas las poblaciones americanas fronterizas. Era casi imposible que un canadiense obtuviera justicia. Macdonald no pudo recobrar el dinero que le había robado su socio, porque era ciudadano inglés. Y si las gentes de Circle hicieron algo por ayudar a los dos policías, fue porque yo era ciudadano americano, porque tenía alguna influencia, y porque amenacé con bajar yo mismo a Circle y contar todo el asunto en Wáshington. Al año siguiente, cuando fuí a Europa, me detuve, en efecto, en Wáshington, y di parte de cuanto había pasado al ayudante general, que mandó abrir en el acto una información detallada y completísima. El jefe de la policía fue procesado, el abogado (!) tuvo que sa-

2008 Ministerio de Cultura

lir de Circle, y es hoy el juez Wickershan, un íntegro magistrado, el que mantiene el orden y hace respetar la ley soberana desde Eagle hasta Nume, y desde Shagevay a Valdez.

JEREMÍAS LYNCH

(Concluirá.)

2008 Ministerio de Cultura

EL TESORO DE LA REINA ISABEL

Parece ser que esta gran reina heredó de su padre la alta estimación por los maestros del Norte; sabemos que durante mucho tiempo tuvo empleados en su corte pintores de origen flamenco y alemán. Su nombre ocupa un lugar en los anales de la pintura flamenca.

En el archivo de Simancas se han publicado datos hace treinta años acerca del tesoro de cuadros de la reina Isabel y de sus pintores de corte. Se conocen los nombres de éstos; por los inventarios de su sucesión hechos en vida suya 1499, y después de su muerte (1503-5), se sabe que guardaba 460 cuadros en su *recámara*, cuyos asuntos y tamaño está indicado. Pero con todas estas noticias tenemos poco, pues los nombres de los autores faltan casi siempre; mientras que en los documentos personales falta el asunto de la obra. Y como quiera que la mayor parte de aquellos 460 números, fueron dispersados en la *Almoneda*, hasta hoy no era conocida la composición de su pinacoteca.

Pintores de su corte había dos españoles: Antonio del Rincón, el maestro autor del gran retablo hoy arruinado de Robledo de Chavela en El Escorial; Francisco Chacón, de Toledo, su *pintor mayor* desde 21 de Diciemre de 1880; y tres extranjeros: un alemán, MELCHOR ALEMÁN, y dos holandeses MIGUEL, FLAMENCO, o más exactamente Miguel Sithimn o Zittoz (1),

(1) Sithin es el nombre del palacio en cuyo sitio fundó San Aldroando la Abadía de San Omer.

2008 Ministerio de Cultura

que ya en 1481 pintó su retrato, y JUAN DE FLANDES, empleado en 8 de Marzo de 1498 con 30.000 maravedís de paga; estos dos permanecieron hasta el último momento a su servicio. Miguel es también conocido por el inventario de la gobernadora Margarita, hija del emperador Maximiliano, que le tomó a su servicio a la muerte de la reina. Poseía aquélla de su mano varios retratos; además del de la reina, el de su hija de igual nombre, esposa del rey Alfonso V, de Portugal; un díptico con Juan y Magdalena, ésta, con los rasgos de Margarita y de su primer esposo el príncipe Juan; por consiguiente, pintado en España en 1497. Además, retrato de su Contrerolleurs Charles Jurzon, saboyano, pintado en su casamiento con el príncipe muerto en 4 de Octubre. Desde entonces, parece que Miguel fue estimado principalmente como pintor de cuadros religiosos (pinturas de devoción), especialmente historias bíblicas. Sin embargo, Margarita poseía de aquél una pequeña Madonna con el niño durmiendo, que llamaba su queridita (mignonne) (1). Un cuadrito de 40 cm. alto por 31 ancho, conforme a esta descripción y correspondiente a este tiempo, vi yo en el vestíbulo de la iglesia de Santa María de la Oliva, en Lebrija, en la provincia de Sevilla, con cristal y en un rico marco barroco. La infantil Madonna tiene al niño desnudo durmiendo en los brazos; su cabecita descansa en el pecho y sus manos tocan el librito sostenido en su seno.

Pero el cuadro más interesante del inventario de la reina en una vasta serie de tablas, de las cuales aún se conserva un resto en Palacio, si bien su procedencia está completamente olvidada. Son los quince cuadros de El Escorial, representando escenas de la vida de Cristo. La historia de sus vicisitudes es bastante notable.

La parte originaria de estos cuadros, cuyo plan ideó la misma reina, está descrita en el inventario y tasación que

(1) LE GLAY: Correspondance de Maximilien et de Marguérite. Paris, 1839, II.

2008 Ministerio de Cultura

apareció a su muerte de los cuadros encontrados en Toro en 25 de Febrero de 1505. Entonces encontrárose en un *armario* 46 tablas de igual tamaño, *tablas de devoción*, representando la vida del Señor y su Madre, desde la Salutación hasta la Ascensión y el Juicio final.

La serie se ha disminuído en el curso del tiempo en una tercera parte; pero conocemos la serie ininterrumpida de sus poseedores.

Cuando los testamentarios de Isabel, entre ellos el primero el rey viudo, procedieron a la venta de los bienes aun antes de haber terminado el primer año de luto, la marquesa de Denia, esposa del mayordomo mayor, D. Bernardo de Sandoval y Rojas, tomó para sí diez cuadros de la colección, la mayor parte pasajes de la Pasión. La Samaritana pasó al *Alcalde de los donceles*, esto es, al jefe de los pajes reales. Así encontramos, en una lista de 13 de Marzo mencionadas solo 32 tablas tasados en 61.562 maravedís y adjudicados en 51.187 =136 ½ ducados. El comprador fue Diego Flores, empleado palatino de Margarita, entonces esposa del duque Filiberto de Saboya. Cuando a su temprana muerte pasó a ella la regencia, le hizo su ministro de Hacienda (*conseiller trésorier et recepreur général de toutes nos finances*).

Fue aquel Diego de Guevara, padre de Felipe de Guevara, gentilhombre de boca del Emperador, autor de los *comentarios de la pintura* que ANTONIO PÉREZ halló y publicó en Madrid en 1786. Era un gran conocedor de cuadros; poseía, entre otros, dos retratos de su padre, de Roger y Michel; tenía en custodia la tapicería de Margarita y la regaló la obra maestra de Jan van Eyck, los Arnolfini. Por consiguiente, las 32 tablas pasaron al palacio de Margarita, en Malinas, donde primeramente fueron encerradas sin ordenar en una arca de abeto (*layette*), con excepción de las dos del maestro Michel (inventario de 17 de Julio de 1516). Cuatro asuntos de la Pasión se extraviaron entonces; pero en 17 de Abril de 1524 sólo había 22 cuadros. Entonces Margarita mandó poner veinte en un rico oratorio o

2008 Ministerio de Cultura

altar portátil; en esta forma pasó la colección a su sucesora María, viuda del rey Luis de Hungría, y, finalmente, a Felipe II en España.

En Malinas vió Alberto Durero, en su visita de Junio de 1521, las tablas: «40 tablitas al óleo, que nunca las vió iguales ni en pureza ni en bondad.» En el inventario de los cuadros de Felipe II se describe este oratorio. Cada ala ($^7/_8$ varas alto, 1 $^1/_4$ ancho) se componía de nueve cuadros y dos de ellos una especie de cornisa (*lenqueta*). Los marcos y la guarnición eran de plata sobredorada, en el zócalo había una cenefa de plata calada con los tres escudos de Borgoña y Margarita y tres líneas de plata. Los cuadros fueron tasados en 20.000 reales; la plata, en 500; tasación algo más subida que la de las 46 en 1505.

Desde entonces faltan noticias, hasta que en tiempo de Carlos III aparecen quince o diez y seis tablitas en el Escorial. El oratorio de Margarita había sido entretanto desarmado, y los cuadros destinados a decorar salones; así se vieron largo tiempo en el Casino de abajo, como de Durero, de Memlinc o de Altdorfer. En la Exposición de 1881, con motivo del centenario de Calderón, fueron llevados á Madrid y colocados en la sala Gasparini del Palacio Real.

La siguiente lista contiene el catálogo del inventario de 1505 (con la tasación) hasta el día de hoy.

1.	La Anunciación.....	3 $^1/_2$	D.
2.	La Visitación.....	5	G.
3.	El Nacimiento de Jesús.....	4	G.
4.	Los Reyes Magos.....	5	D.
5.	La Presentación en el Templo.....	5	G.
6.	La Huída a Egipto.....	4	G.
7.	El Niño Jesús en el Templo.....	5	G.
8.	El Bautismo.....	4	G. M. F.
9.	La Tentación.....	4	G. M. F. Nápoles.
10.	Las Bodas de Caná.....	4	G. M. F. Nápoles.
11.	La Samaritana.....	4	A.
12.	La tempestad en el mar.....	3	G. M. F. E.

2008 Ministerio de Cultura

13.	La Magdalena	4 ½	G. M. F. E.
14.	La Mujer cananea	4	M. F. E.
15.	La Multiplicación de los peces	5	G. M. F. E.
16.	La Transfiguración	4	G. M. F. E.
17.	La Resurrección de Lázaro	4	G. M. F. E.
18.	La Entrada en Jerusalem	5	G. M. F. E.
19.	La Cena	6	G. M. F. Londres.
20.	La Oración del Huerto	4	G.
21.	Si ergo me quaeritis (Ev. Joh. 18, 8).	3	G.
22.	La Prisión	5	G. M. F.
23.	El Lavatorio de Pilatos	4	G. M. F.
24.	Jesús atado a la Columna	5	D.
25.	La Coronación de Espinas	4	G.
26.	(*La Pescoçada*)	3 ½	G. M. [F.]
27.	Ecce Homo	4	D.
28.	Jesús con la Cruz a cuestas	4	D.
29.	Jesús es clavado	6	D.
30.	La Crucifixión	2 ½	D.
31.	El Descendimiento	5	D.
32.	La quinta angustia	6	D.
33.	El Descenso a los Infiernos	4	G. M. F.
	[Las tres mujeres en el Sepulcro]	[4]	G. M. F.
34.	La Aparición con el padre a María.	5	G. M. F.
35.	La Aparición a María sólo	3	D.
36.	Noli me tangere	4	G. M. F.
37.	Emaus	4 ½	G. M. F.
38.	La Aparición a Pedro	4	G.
39.	Tomás el incrédulo	5	M.
40.	La Ascensión de Cristo	6	G. M.
41.	La Bajada del Espíritu Santo	5	G. M. F.
42.	La Ascensión de María	6	G. M.
43.	La Coronación de María	6	G.
44.	Los Arcángeles Miguel y Gabriel	3	G. M.
45.	Pedro, Pablo, Juan y Santiago	4	G. M.
46.	El Juicio final	5	
	Total	203 ½ ducados.	

D., significa la marquesa de Denia; G., Diego de Guevara; M., Margarita; F., Felipe; E., Escorial. De los cuadros perdidos encontré dos en Londres: La Cena, en la Galería de Apsley

2008 Ministerio de Cultura

House (núm. 65), y La Aparición a los resucitados, en la National-Gallery (núm. 1.280). Otros dos reconoció el Dr. G. GLUCK enla Galería del Príncipe de Fondi: núm. 9, La Tentación, y número 10, Las Bodas de Caná.

El estilo y carácter de estos cuadros delatan un flamenco que ha tomado los elementos de su obra bajo un cielo extranjero de un ambiente netamente español. Pudiera parecer que limitaba su carácter patrio a la técnica. Sin embargo, no se pueden desconocer otras reminiscencias de la escuela de Brujas, especialmente en la delicadeza del color; PINCHART encontraba en ellos trazos memlincnianos. Algunos tipos me hicieron pensar en Gerardo David y en los maestros coloneses de San Severino. Las figuras son a menudo desmayadas, de pecho estrecho, delgadas hasta revestir carácter espectral las extremidades, seca la expresión de los narigudos semblantes, malhumorada y soñolienta. En estos rasgos graves, serios y a veces melancólicos, parece habérsele pegado al pintor el *sosiego* español. La manera de tratar los paños es muy cuidadosa, y como copiada de modelos de barro. Su talento brilla sobre todo en la narración y en la composición; en la variedad de la inventiva y en la libertad de los modelos, aventajando a veces a muchos célebres contemporáneos. Es tan hábil en el manejo de las masas vivas como en la excelente composición de los grupos; sabía que hay que ser en estos casos muy parco en las figuras; el «Festín de Leví» contiene sólo tres personas. Realiza también solemnes asambleas, como reuniones tumultuosas, como, por ejemplo, la tempestad en la barca. No conseguí descubrir diversidad de manos; la noticia en el inventario de Margarita, de las dos tablas de Michel, parece también suponer la unidad de manos en las demás.

Entre las quince tablas encuéntrase un nocturno (La prisión de Jesús) y algunas escenas de intimidad con el tono claroscuro propio de Jan van Eyck; pero la mayor parte cautivan por la feliz reproducción de la luz diurna. El tono amarillo de las razas quemadas por el sol, la luz de medio día de los mon-

2008 Ministerio de Cultura

tes y llanuras, las rápidas gradaciones de color en el modelado, recuerdan la luz clara y aérea de las mesetas españolas. Pero este carácter local es notable también en los paisajes. La escena no tiene ninguna semejanza con las dulces y cultivadas montañas de un Dierick ni con las agradables vistas de caseríos y castillos con bosques y praderas de un Hans, o con las ruinosas formaciones calcáreas de exuberantes valles de los pintores de Dinant. Todo es grande y feroz, duro y frío. Rocas escarpadas, pendientes desnudas bajan hasta la escena, bloques de roca yacen diseminados por el valle como en las mesetas graníticas de Castilla. Dilatadas vegas, desprovistas de arbolado, a manera de mares, terminan en extensiones de varias leguas el duro oleaje de una azulada serranía. Ni siquiera se ven huellas humanas en estos campos dilatados; los hombres aquí viven en altivos castillos, cuadriláteros de piedra con arcos irregulares y pocas y estrechas ventanas; de las ciudades sólo se ve la hilera de tejados, muros con apretadas torrecillas, siempre algo en decadencia. Recuerdan al país que tomó su nombre de los castillos, y a Andalucía, donde aún vemos hoy al lado de las viejas ciudades las ruinas de los alcázares moriscos. Muchas veces, la acción se desarrolla en una árida y descampada vega, en el fondo de un arco derruído. También vemos la fachada de una iglesia románica y el dorso de un campanario gótico. El mismo purgatorio es imaginado por el artista, como uno de estos férreos alcázares; entre dos torres cuadrangulares, por cuyos estrechos huecos sale humo, la escalera de entrada de los condenados, por la cual suben los redimidos.

Detrás de los muros de feldespato asoman siluetas de árboles, cipreses y olivos, mirtos, acacias y coníferas; estamos en la zona meridional del Mediterráneo. Para dar vida a esta seria Naturaleza, hace que fuertes corrientes de aire muevan los árboles.

Cuando la acción es en un interior, no vemos ningún recinto cerrado e íntimo, sino una habitación abierta a algún

2008 Ministerio de Cultura

jardín, Loggia, en el convite de Levi, con techo de arcos ojivales, o el estrecho patio (*corral*) de una casa española. En el vestíbulo (*zaguán*) de uno de estos corrales tiene lugar la Pasión del Salvador. La galería del *piso principal* descansa en cuatro pilares cuadrados, y enfrente, detrás de una balaustrada con tapices, se sienta el gobernador. También aquí domina el estilo gótico; la Pentecostés se verifica en una capilla de bóveda cruzada; pero todo nos traslada a un país meridional.

Este colorido español nos hace pensar de nuevo en la princesa ante cuyos ojos nacieron probablemente los cuadros. Sin duda, quiso ver las historias del Evangelio en un paisaje conocido para ella, como a algunos de sus antecesores o sucesores. También se reconoce su manera de sentir en la severa sencillez. No hay huella de ornamentación morisca y pocas del gótico florido, entonces muy en boga; a lo sumo, alguna columna de jaspe. Tampoco se echa de ver el lujo en la indumentaria, propio del siglo; apenas aparece un bordado en oro; los hombres llevan turbantes; las mujeres, *tocas*. Finalmente, se cree reconocer su profundo sentimiento religioso en la profunda y casi temerosa seriedad que hay en el asunto, como un adagio melancólico. Esta seriedad descarta el humorismo característico en los personajes secundarios.

Y aquí puede estar el principal interés de nuestro ciclo. Son los más antiguos y artísticos cuadros del país y personajes españoles, concebidos por un pintor que poseía en estos asuntos la perspicaz observación del flamenco y los ojos del extranjero, para las particularidades del nuevo ambiente.

Procediendo los cuadros, pues, de un pintor largo tiempo establecido en España, deberemos buscarle entre aquellos tres pintores de corte. No puede ser anterior al siglo XV; PASSAVANT (*Arte cristiano en España*, pág. 133) pensó que en parte revelan ya la manera flamenca del siglo XV. Ahora bien; uno de aquellos tres tiene que ser descartado: Michel. Indudablemente, sería su colega: Juan de Flandes. Obras verosímiles de éste son las tablas del altar mayor de la catedral de Palencia;

2008 Ministerio de Cultura

fueron pintadas en los diez años siguientes a la muerte de Isabel.

Juan de Flandes.

Al principio del siglo estaba tan adelantada la construcción de esta catedral, que se pudo pensar en la ornamentación del coro y del altar mayor de la capilla. El obispo Fray DIEGO DE DEZA había dispuesto de una fuerte suma para el retablo mayor. Debía ser una de aquellas imponentes obras de escultura que admiramos en Toledo, Sevilla y Briviesca; aquí de escultura y pintura.

En 1.° de Agosto firmose el contrato con Felipe Vigarni, ajustándose las estatuas en 130.000 maravedises; debían ser de nogal, la cara y las manos de su propia talla y «sin pintura». Los cuadros fueron encargados a JUAN DE FLANDES, según CEAN BERMÚDEZ, en 1505, o mejor en 1506. Debían estar terminados en tres años; los honorarios ascendían a quinientos ducados.

Este DIEGO DE DEZA era una personalidad muy influyente en la corte de los Reyes Católicos. Había educado al príncipe Juan, era individuo del Consejo y gran canciller de Castilla, capellán de Palacio y confesor del rey Fernando, y fue testamentario de la reina Isabel. Siendo gran Inquisidor, sucesor de Torquemada, fomentó la empresa de Colón. Conocería en la corte a Juan de Flandes y le protegería cuando éste, a la muerte de la reina, buscara otra esfera de actividad. Sin embargo, durante la ejecución no estuvo presente; en 1505 subió a la silla de San Isidoro de Sevilla. El retablo fue terminado en veinte años, bajo Sarmiento. Alcanza noventa y cinco pies de alto, y consta, comprendido el zócalo, de seis órdenes. En los cuatro del centro hay doce cuadros, seis en el cuerpo principal, cada uno entre dos nichos con estatuas; por consiguiente, hay en cada orden o cuerpo dos cuadros entre ocho figuras de santos. En la predella hay seis tablas, entre ellas

2008 Ministerio de Cultura

dos muy anchas. La altura de todas es 125 cm.; la anchura, de la mayor parte, 80 cm. Son:

La Visitación.	Gethsemaní.
La Anunciación.	Cristo ante Caifás.
Ecce Homo.	Cristo con la cruz a cuestas.
Epifanía.	Santo entierro.
Nacimiento de Jesús.	Resurrección.
Noli me tangere.	Emaus.

Pero esta distribución no es la originaria. Varios cuadros se han llevado a otros recintos de la catedral. En la sala capitular hay una gran «Crucifixión»; en la capilla de San Fernando, un «Descendimiento» y «Las quejas», en marcos barrocos. Pues las medidas corresponden con las tablas del altar mayor, donde faltan estas escenas.

La conjetura de que este Juan de Flandes, de Palencia, y en otro tiempo pintor de Isabel, fuese el creador de los quince cuadros del Escorial, se debe a CAVALCASELLE, que por cierto no estuvo en Palencia, y sólo el nombre halló en PASSAVANT. Efectivamente, las notas nuestras de aquellas tablas corresponden a estos cuadros. El mismo carácter en los países y edificios, en los gestos y expresiones, en invención y ordenación. Y el mismo tono claro. En las grandes superficies del retablo parecen los cuadros como aberturas al aire libre; tal fuerza de luz tienen conservada a través de los siglos.

Juan de Flandes permaneció en Palencia; dejó un hijo del mismo nombre y oficio, y una viuda (1519); allí hizo muchas más obras.

En la parroquia de San Lázaro se encuentran los restos de un retablo, obra suya: seis tablas de construcción moderna; en la sacristía, una «Visitación», donde María se adelanta a Isabel, rodeada de una banda de angelitos.

Pero el arzobispo se acordó de que el duque de Arcos, Rodrigo Ponce de León, en la iglesia de San Juan, de su posesión de Marchena, quería construir un retablo. Se conserva,

2008 Ministerio de Cultura

completo aún, en su lugar de origen, ocho tablas y una predella con cinco relieves pintados. Pero las seis figuras de santos, de los lados, no pudieron ser confiadas al flamenco. Pertenecen a lo más valioso que conocemos de la escuela de Sevilla, del tiempo de Alejo Fernández.

Las ocho historias son:

Las bodas de Caná.	La Tentación.
El sermón de Juan.	El Bautismo.
La Transfiguración.	La Decapitación.
La Degollación.	La huída a Egipto.

Los cuadros de la Capilla real de Granada.

Una parte del tesoro de la reina no llegó a la Alameda. Había dispuesto que, para pago de sus deudas y cumplimiento de sus últimas voluntades, así como para la edificación de la *Capilla real*, se dispusiese de su fortuna particular: guardarropa, joyas, mobiliario, con excepción de los *ornamentos* de su capilla, que los regalaba a la catedral de Granada. Con arreglo a estas disposiciones, el rey viudo, en el año 1505 (26 de Febrero y 13 de Marzo), entregó una gran serie de cuadros al limosnero Pero García, para que éste a su vez los entregase al arzobispo Talavera, de Granada. Entre ellos, uno no firmado, de Michel.

Los dos inventarios contenían: diez trípticos (*retablo de tres tablas, de tres piezas*); cinco o seis dípticos (*dos tablas encharneladas, retablo en dos tablas*), entre ellos una serie que contenía desde la «Salutación» hasta el «Juicio final»; 23 tablas sencillas; tres imágenes bizantinas (*tablas de la Grecia*, cuadros de la Virgen); 63 imágenes en paño o seda (*paños de lienzo de devoción, de hilo de seda*); entre ellas, diez y siete Verónicas. Cinco obras plásticas; entre ellas, un «Resucitado», con diadema y cruz de plata y manto encarnado; un retablo con escenas de la pasión, y en el centro la Virgen, *de bulto plateado y do-*

2008 Ministerio de Cultura

rado; además, una Magdalena dorada, con toca flamenca; cuatro pequeños crucifijos, etc. Finalmente, dos tablas con las figuras orantes de los reyes, con los infantes al lado, el Santo Patrón, el Bautista y el San Juan evangelista.

Esta tabla (*pala*) la vió el embajador veneciano cerca del emperador, ANDREA NAVAGERO, en la *Capilla real*, el año 1526, en dos altares en medio del altar mayor, a cuyos lados estaban las estatuas pintadas de ambos reyes, *dal naturale é in pittura.*

Ahora bien; ¿qué fue de aquellos cuadros de la capilla doméstica de la gran reina? El visitador apresurado de la *Capilla real* nada descubrirá aquí de arte medioeval. Su interior fue casi completamente renovado en los siglos XVII y XVIII. Aun en 1838 fueron revocadas las paredes y la bóveda. Sólo dos obras del período de su edificación cautivan la mirada: la grandiosa verja del coro, del maestro Bartolomé (1518-32), y el retablo plateresco de Felipe Vigarni, bosquejado en 1527. Creemos que la capilla debió en aquel tiempo ser adornada de otro modo, especialmente los altares, transformándose los retablos y trípticos mandados construir por la reina. Y esta conjetura es confirmada por un detenido examen del recinto.

En una capilla, al lado de la Epístola, hay tres tablas de un tríptico anterior colocado como cuadro principal en el retablo aderezado al estilo churrigueresco del siglo XVIII. En estos tres pasajes de la pasión: la Crucifixión, el Descendimiento (medio) y la Resurrección, se reconoce a la primera ojeada la mano de Dierick Bout. Otras tres escenas de la Pasión: el Beso de Judas, el Entierro y la Pentecostés, proceden también de un antiguo maestro, pero de escuela española.

La capa dorada, moderna, oculta en parte los arcos del auténtico encuadramiento pintado de color de piedra morena. Sin embargo, se puede completar éste por una reproducción de la misma composición, en tamaño más pequeño, de la mano del maestro. En el colegio del Patriarca, en Valencia, en la biblioteca del bienaventurado Juan de Ribera, arzobispo de

2008 Ministerio de Cultura

Valencia (1569-1611), se conservaba aún de este altar de viaje un tríptico que delata al maestro en la saturación del color y los reflejos del metal y del dorado, como en la Capilla de Granada.

En los arcos de entre las tablas que descansan en pilares con cuatro estatuas de profetas, hay ocho grupos plásticos, escenas del Génesis hasta el asesinato de Abel por su hermano Caín; los ángulos están ocupados por figuras de luchadores encerradas en triángulos. Las escenas laterales están coronadas de arcos apuntados; los ángulos, adornados con cuatro medallones: parejas de caballeros que se disponen a luchar, un caído, sobre el cual su compañero extiende su escudo, una amazona y un arquero.

Después de hacer estos descubrimientos se espera más, pero sólo se encuentran ruinas y astillas. Sin embargo, me estaba reservada una sorpresa cuando visité por última vez en 1850 esta *Capilla real*, y al fin de la misa pareció el sacristán con un cerrajero para hacer una compostura en las puertas de los dos relicarios del Crucero. Estas puertas tenían en la parte exterior relieves de Alonso de Mena, con los bustos de Felipe IV e Isabel de Borbón, del año 1632. Se exhibían sólo en cuatro festividades del año. Y ahora mostraban en la parte interior treinta antiguas tablas de diferentes escuelas: once, poco importantes, de antiguos maestros castellanos; una bizantina, de fondo dorado; pero en otras ocho se reconocían los tipos, el paisaje y el colorido del Maestro del Hospital de San Juan de Brujas.

Sobre el altar del Norte había dos tablas más grandes:

1. María con el niño Jesús, y a sus lados Santa Catalina y otra santa; en el fondo un jardín, varios casas blancas con una escalera con marquesina y un estanque con los cisnes.

2. María dando el pecho al niño, delante de una sala con columnas, vestida de brocado y manto encarnado, y con facciones de especial finura y nobles líneas. (Tapices orientales.)

3. El Nacimiento nocturno. José con la antorcha. Dos ángeles adoran al Niño.

2008 Ministerio de Cultura

4. San Juan Bautista (muy oscurecida), pintado hasta las rodillas, sentado, con el cordero en los brazos.

Sobre el altar del Sur:

5. El Descendimiento. Fragmento de la parte superior.

6. La parte inferior: María seguida de Juan y las santas mujeres. Medias figuras: corresponde con el cuadro de la Pinacoteca de Munich, núm. 123.

7. La Dolorosa abrazando al Salvador sobre sus rodillas.

8. Las lamentaciones: en medio, María; a la izquierda, Juan; a la derecha, un viejo. De otros autores flamencos son una Anunciación y un San Jerónimo en penitencia en el campo.

Como se ve, Isabel no destinó la peor parte de sus cuadros a la *Capilla real*; y hasta se puede creer que gustaba especialmente de Memlinc, y añadir este pequeño rasgo de su carácter. Las tablas eran partes de un altar, que probablemente estuvieron en el lugar que hoy ocupa el actual relicario barroco. En el derribo de los altares, hecho a consecuencia de los infelices arreglos posteriores de la Capilla, nada se ha destruído, pero se ha sustraído a las miradas; para los fieles de entonces habría perdido todo su valor.

El Sagrario de Quinten Metsy en Valladolid.

Las aficiones de un monarca hallan siempre un eco a su alrededor, y así encontramos, desde el tiempo de los Reyes Católicos, en las iglesias españolas, continuas obras de maestros flamencos, que debían su origen a encargos de altos dignatarios de la Iglesia y del Estado. La más importante es una de Quinten Metsy, que tuve yo la fortuna de descubrir en una capilla de la iglesia de San Bartolomé, en Valladolid. Es también la única de sus obras que ha permanecido hasta el presente en el lugar a que se destinó, no tocada por el restaurador. La capilla de San Juan Bautista, al Sureste del

2008 Ministerio de Cultura

coro, fue lo único que se salvó de la renovación de las iglesias góticas en el año 1631.

Una inscripción retocada, bajo la línea de la bóveda, anuncia que la capilla fue edificada y adornada como capilla de familia del licenciado Gonzalo González de Illescas, individuo del Consejo de Fernando e Isabel, y de su esposa Mariana de Estrada. El edificio fue terminado en Abril de 1492, pero el altar no se inauguró hasta principios de 1504, el año en que murió la reina. En unión de estos datos se mencionan los grandes acontecimientos de aquel tiempo: la toma de Granada, 1492, y la conquista de Nápoles, 1504; como si los fundadores de la capilla y el altar quisieran que la obra fuese monumento conmemorativo de la historia patria. En la inscripción se indicaba indudablemente el lugar de la ejecución: *mandaron hazer este retablo en* —aquí está roto.— ¿Debe completarse *Amberes,* o *Flandes?*

A gloria de Dios y de nra señora y a..... sant juã bautis | ta esta capilla mãdo hazer el licenciado gõzalo gõzalez de Ylleccas oydor del concejo del rey dõ Fernãdo e de la reina doña Ysabel nros seno res | en uno con doña marina de estrada su muger pã cy y pã sus hered.º ppetuamẽte la avdotaron esta capilla mas e hornamẽtos lo mejor c | e pudierõ e mãdarõ hazer este rretablo en | el ql se acento aq su comiẽzo del año del señor de mill e quiẽtos qto qudo sus altezas acabaron de ganar el rreyno de napoles e la capilla de cãteria se acabo en Abril de mccccxcii qũdo la destru de los moros destos rreinos fueron convertados a ñra sãta fe catholicapor industria e armas de sus altezas. [rrestaurado en mdccclxxvi.] (1).

El sagrario consiste en una parte alta y otra central, con una gradería de talla y las puertas pintadas. En el arco del

(1) Parece ser que la inscripción terminaba en un principio con *perpetuamente;* las siguientes adiciones estaban destinadas a recordar la dotación de la capilla y las fechas. Algunas palabras fueron desfiguradas por el pintor o el retocador: *avdotaron* por *aun dotaron?; e hornamentos* por *con ornamentos; convertados* en vez de *convertidos.*

2008 Ministerio de Cultura

centro hay una gran estatua de San Juan, ésta flanqueada por tres profundos nichos laterales, y coronado de unos siete grupos en altorrelieve, con la historia de su vida, pintados y dorados. La galería contiene tres escenas de la Pasión, con las armas de los fundadores.

Las cuatro puertas, de encina, están pintadas por fuera y por dentro. Las de la predella son de mano indígena, pues los cuadros destinados por el fundador para dicho sitio debían ser hechos sobre el terreno.

Están en el lado interior, al lado de los Padres de la Iglesia Agustín y Jerónimo; en el exterior siguen los Evangelistas Juan y Lucas, al lado de los fundadores de las dos Ordenes mendicantes. Cerradas las puertas, aparecen una gran acción única: la Misa de San Gregorio, iluminada por una ventana gótica medio velada; cuatro eclesiásticos rodean al Papa, y el retrato de un joven, con los bucles que le caen sobre la frente. Cautivan especialmente las figuras, en forma de retratos, del cardenal arrodillado con la tiara, y las de los demás cardenales enfrente; insuperables tipos sacerdotales, cabezas llenas de inteligencia y de solemne dignidad.

Abiertas las puertas, ofrécense a la mirada dos escenas: la Adoración de los pastores y la de los reyes, ordenadas armónicamente. El pesebre está colocado en unas ruinas góticas; la luz cae por una gran ventana redonda de dos huecos, que abre a la mirada un claro paisaje, en donde aparecen los ángeles entre bellas siluetas de árboles. A los lados del pesebre están arrodillados ante el Niño: a un lado María, detrás de ella José con la linterna, más allá tres ángeles con capa pluvial, y otros dos que revolotean en las alturas. El rey arrodillado besa los bracitos del Niño.

Este altar, terminado el mismo año en que Eduardo el portugués entró como aprendiz de Quinten, encierra, pues, las tres grandes composiciones del maestro, ejecutadas cinco años antes del altar de Santa Ana con la Sagrada Familia en Lovaina (1509), su trabajo de fecha más antigua.

2008 Ministerio de Cultura

Las facciones de María son casi las mismas, el pelo suelto se derrama abundantemente por encima del verde manto. También las cabezas de San José y de Baltasar recuerdan las de Bruselas. Según reza la inscripción, adornaron esta capilla lo *mejor que pudieron,* por lo que se puede colegir que la fama del maestro de Amberes, que entonces había llegado hasta la reina de España, era la más eminente de entonces.

El altar de Juan de Holanda, en Palencia.

Otro altar tan notable como el descrito, de reducidas dimensiones, pintado por aquel tiempo en Flandes para un prelado familiar de los Reyes, encontramos aún en su primitivo punto de destino: en el trascoro de la catedral de Palencia. Este retablo, según se lee en la inscripción, fue encargado en el año 1505, en Flandes, por Juan de Fonseca, primer capellán de sus majestades y recién electo obispo de Palencia cuando fué a Flandes, como embajador del rey viudo Fernando, para visitar en Bruselas a los príncipes. Fonseca era la mano derecha del monarca en estos asuntos íntimos, y ya había estado dos veces allí: primero, para negociar el casamiento de su hijo y heredero el príncipe Juan con Margarita, y el de su única hija Juana con Felipe, hermano de Margarita; después, para ofrecer sus respetos al joven rey de España.

El altar lleva el título de *Nuestra Señora de la Compasión:* consiste en una tabla que llena las partes superior y central, con el grupo de la Virgen y del joven Juan, y siete pequeñas con los Siete Dolores. Este asunto fue elegido, sin duda, bajo la impresión de la muerte de la reina Isabel. Al lado se ve de rodillas al fundador.

El retablo estaba, pues, destinado para la pared occidental del coro, del cual una escalera conducía a la cripta de San Antonio, el Patrono de la iglesia. Esta pared del trascoro, que a la entrada de la catedral cubría el coro y el altar mayor como una cortina, la convirtió el nuevo obispo en una obra de arte

2008 Ministerio de Cultura

de ornamentación eclesiástica. El artista fue el mismo maestro Gil de Siloe, de Burgos, al cual, la reina encargó anteriormente el monumento de mármol de sus padres, ante el altar de la cartuja de Miraflores. Este trascoro es una maravilla de delicadeza como hecha por manos de hadas; un Gobelino en piedra, donde las más rebuscadas formas de la gótica decadente, con antiguos motivos, llegaban a una armonía sólo posible en aquel momento, armonía tan compleja como altamente personal. Parece como el engarce de una joya de la pintura, semejante a la centelleante pedrería de un manto brocado.

El *libro de acuerdos* de la catedral menciona como pintor a *Juan de Holanda*, nombre que no volvemos a encontrar allí ni ningún cuadro firmado por él. La impresión de la tabla es más bien flamenca, por lo menos en el color y el claroscuro; sin embargo, encontramos allí rasgos aislados que nos hacen ver un ambiente holandés. Los tipos difieren de los de un Roger y un Memlinc: altas figuras, anchas de espaldas, largas cabezas con fuertes piernas.

Pero la más visible cualidad de este desconocido es la pureza y la intimidad del sentimiento; las tablas de Juan de Flandes que allí vemos parecen, por el contrario, sobrias y secas. La obra es un himno a la divina piedad. La manera como el afligido apóstol coge con las manos a la Madre, que cae de rodillas, está sentida con una ternura incomparable. Este enterramiento excede a otros mucho más grandes.

¿Quién era este holandés que fue recomendado a Fonseca en la corte de Bruselas en 1505? Un pintor holandés, que al principio del siglo había pasado de su patria a Flandes, era el conocido Jan Mostart de Harlem: Margarita le hizo pintor de cámara en 1507. Este retablo nos le muestra en los principios de su carrera, en que los pintores españoles al lado de su firma solían poner *tunc discebam*.

Su vecindad de las obras de los dos holandeses en la catedral, del auténtico holandés y del flamenco avecindado en España, da ocasión a comparaciones muy instructivas. Se pueden

2008 Ministerio de Cultura

ir siguiendo las progresivas influencias del ambiente sobre Juan de Flandes. Ambos maestros tienen su Enterramiento. Pero en la interpretación del uno es una íntima escena de familia; los deudos y amigos se apiñan con indomable dolor en torno del Salvador del mundo, que baja a la tumba. En la tabla del otro hay más formalismo. El sarcófago está en el centro y a su alrededor la reunión está colocada en fila a igual distancia unos de otros. María, en traje de luto, acércase lenta y solemnemente seguida de Juan. Enfrente avanza la Magdalena. Dos hombres trabajan en la sepultura.

El maestro de Flemalle.

Este influjo del lugar paréceme también notable en algunas obras del maestro que por algunos puntos están en relación con Roger. Es el más espiritual alumno de Jan van Eyck en la agudez de la observación y en el sentido del color: sus dos tablas en el Museo del Prado han sido tenidas largo tiempo por originales de aquél: lucen como estrellas entre los demás cuadros de esta escuela. Quizá Jan no dejó de tener parte en su venida a España.

Una de ellas con la historia de San José, ya en el siglo XVII en poder del marqués de Leganés, como *Maestro Rugier*, muestra en su dorso las estatuas de Santiago, patrón de España, y de Santa Clara, que en la guerra contra los infieles ahuyentan a los sarracenos. Los tipos y vestidos moriscos (como también los dos hombres bajo la cruz en Francfort) no parecen obra de la fantasía; tienen la frescura de los esbozos hechos de viaje. En el uso del oro ha transigido con el gusto local. Pero aún más chocantes son rasgos locales en la historia del cayado milagroso: quien allí vió una vez un misterio de Nochebuena reconocerá aquí el humorismo ingenuo y grosero que se permiten los españoles en la representación de las escenas bíblicas. Este motivo recuerda también los grupos de judíos de la Fuente de la vida.

2008 Ministerio de Cultura

La segunda obra del autor, también fechada en Madrid, nos sirve para seguir las vicisitudes del maestro en la capital de España: las puertas del oratorio del maestro Enrique Werl, de Colonia, con la Santa Bárbara, están fechadas en 1438, y esta fecha indica el tiempo del Concilio de Basilea, en el cual tomó parte Werl como Provincial de la orden de Franciscanos. En esta asamblea apareció como orador del rey, Alonso de Cartagena, obispo de Burgos; trajo de este viaje al arquitecto de Colonia que ejecutó las torres de su catedral. Nada parece más verosímil sino que Magister Werl medió en este contrato; y quizá el obispo, en agradecimiento por aquella importante recomendación, pusiera a su disposición para el dicho oratorio al pintor que tal vez formaba parte de su séquito. Santa Bárbara es en España la patrona de la Artillería.

Y ahora, fijémonos en la decoración arquitectónica, tan magistral como extraña, que el pintor ha elegido como marco para su asunto. Es una portada gótica con dos puertas colocadas en ángulo recto, una con respecto a otra, como en la iglesia de Nuremberg. Pero este edificio está concebido en principio; la puerta de la derecha, con la escena de los desposorios, está casi acabada hasta la cúspide del Wimberg; la otra sólo se alza unos dos pies del suelo: para proteger la obra de fábrica se han puesto esterillas de paja reforzadas con piedra. Por consiguiente, se trata de una alusión a una iglesia en construcción, sugerida por el proyecto del obispo de Burgos. El fundador ha de verse quizá en la tabla: tal vez es el prelado que bendice la unión.

¡Naturalmente, esta idea está en armonía con el asunto del cuadro! Por detrás de la portada, a medio construir, se ve la vieja iglesia, la cual se conservará y utilizará dentro o al lado del nuevo edificio mientras sea posible; en Salamanca ha subsistido la vieja catedral al lado de la nueva hasta nuestros días. Aquí se trata de una iglesia románica, de cúpula quizá copiada de una iglesia de templarios. En Segovia se ha conservado una de esta clase. La cúpula descansa sobre columnas

2008 Ministerio de Cultura

y arcos, que se abren hacia delante, cerradas por ventanas de vidrio pintado. Esta antigua capilla simboliza aquí el viejo templo que está destinado a ser penetrado por la naciente iglesia evangélica.

El conjunto es de estilo neto y exacto: aquí el gótico *florido* en el estilo de la actualidad y en la bella piedra blanca de los monumentos castellanos; allí el viejo románico; tanto, que hay que pensar en un pintor versado, no sólo en la arquitectura, sino también en la arqueología; o si no, en un fundador erudito que concebía planes de rigurosa técnica histórica, y que esta vez encontró un discípulo de ilustración no común.

Gerardo David.

En el tiempo en que se preparaban los grandes días de la nueva pintura en Italia, cuando España se hallaba en el dintel de su siglo de dominación, era allá la demanda de cuadros flamencos más viva que nunca y que en ninguna parte.

Causas exteriores e interiores coadyuvaban a esto: las relaciones políticas a consecuencia de los matrimonios reales, el comercio, el oro de las Indias. Como más tarde en las cortes europeas la porcelana china, así eran entonces los oratorios y altares pintados al óleo, con sus exquisitas ornamentaciones preciosas, un artículo de lujo de las clases dominadoras. Pero la más fuerte atracción estaba en otra parte. Los españoles del tiempo de Torquemada y Jiménez apreciaban estos *cuadros de devoción* sobre todos los demás por su destino: un tono religioso más alto, más profundo; su carácter, más sagrado que el que resplandecía en el arte más grande, sí, de los italianos, sobre el cual se reflejaba entonces la fría luz del humanismo, mayor aún que el de las creaciones de su propia floreciente escuela, en las cuales rara vez faltaba una más fuerte o más débil nota de gusto realista.

Así sucedía qne la grandeza española, los abades y los obispos, los gremios cuando se trataba de renovar un retablo anti-

2008 Ministerio de Cultura

cuado o estropeado, o de construir una capilla de familia, una iglesia o un monumento, se dirigían a los flamencos. Pero en el tiempo en que los reyes de Portugal enviaban sus pensionados al nuevo emporio del comercio, Amberes, quedaba para los españoles Brujas, la cuna de la nueva pintura del Norte, aún durante largo tiempo la fuente del más delicado arte religioso. Aún se conservaban allí grandes casas de comercio españolas; de ellas habla el veneciano CONTARINI en su relación de 1525. GUICCIARDINI conoció a sus descendientes.

De la cuantía de esta exportación es testimonio la multitud de obras grandes y pequeñas diseminadas por la Península; pues aun ahora, no pasa un año sin que surja un *flamenco* más o menos notable, para que pronto se ponga en camino hacia los gabinetes y museos del extranjero.

Fue verdadera obra del acaso que en aquella época existiera allí un artista de alto prestigio, cuyo modo de sentir el arte estaba muy lejos de los estímulos del tráfico internacional. Este artista era Gerardo David, que cerraba la serie de artistas que abrió Juan van Eyck con un solemne acorde final.

Un pintor que no conocía otro contenido al arte que el sentimiento de la piedad—según SCHLEIERMACHER, la esencia de la religión—por consiguiente, en cierto modo, el polo del fundador de la escuela cuya grandeza estribaba en la fuerza de penetración de las realidades visibles, en los secretos y el encanto del color. Sin embargo, pintó menos los profundos estados de éxtasis como Murillo en sus figuras de creyentes, llenas de vida y de color, más claras y más ricas que a él mismo se le aparecían. Es la dulzura de las almas, tímida y feliz a la vez; en la luz de las iglesias góticas supraterrestre y apartada del mundo ante la divina presencia del misterio, donde cada movimiento, cada voz sale apagada (este era el Charisma de éste, el más monótono maestro de su nación, comparable en esto al Perugino, aunque éste era más frío), el cual, como sus figuras, parecía andar por la tierra en sueños. Y prestaba a sus visiones, merced al infinito amor y paciencia de su mano,

2008 Ministerio de Cultura

un encanto ante el cual nadie se puede defender: la nobleza de la belleza pura; pues, según antigua doctrina, la belleza es compañera de la tranquilidad del alma. Por esto hallaron sus tablas el camino, desde la contemplativa paz de su taller, no de los campos tranquilos, sino de toda la periferia del viejo mundo, del Mediterráneo, de la Riviera y de las Baleares, de Portugal y de los solitarios valles de los Pirineos y de las mesetas castellanas, pero sin que su nombre las acompañara, el cual hasta nuestros días ha caído en el olvido.

Tablitas de pequeñas dimensiones eran destinadas a oratorios privados, a altares domésticos y de viaje o portátiles, y usados como regalos por los príncipes. María con el Niño, la Dolorosa, la Reina María entre santas mujeres. Era especialmente estimada María besando tiernamente al Niño; el duque de Villahermosa trajo de Flandes uno de estos cuadros para regalarlo al monasterio de Veruela (hoy en el Museo de Zaragoza). Otros pasaron a Toro, San Gil de Burgos y El Escorial.

En algunos altares de muchos cuadros, el asunto recuerda a veces las relaciones internacionales que hacían posible estas emigraciones. En Palma de Mallorca ciudad en que los comerciantes ya edificaron en el siglo XV una casa como la que en 1446 habían construído los de Sagrera, había antes en San Nicolás un altar de diez tablas, consagrado a este patrón de los navegantes, salvador en los naufragios. Y en Santa María de Nájera, en la Rioja, se ve aún un tríptico, la misa de San Gregorio al lado de San Antonio y de Santo Domingo, llamado de la Calzada († en 1109), otro patrón del comercio, pero de otra región. Debió el olor de santidad al malecón que mandó construir en la montaña Ayuela para proteger a los peregrinos de Santiago de los peligros que él mismo había arrostrado. Pero sí fundó el hospital a que la ciudad debe su nombre y su origen.

Pero la obra más importante que allí se encargó a un maestro del antiguo Flandes, fueron las trece grandes tablas de la vida de María, antes en la catedral de Evora, en tiempo del

2008 Ministerio de Cultura

obispo Alfonso de Portugal (1485-1522), erudito teólogo y fecundo escritor. Encargo que arroja bastante luz sobre el prestigio del maestro.

El centro está ocupado por la gran tabla del altar mayor: la Reina de los cielos rodeada de doce ángeles músicos; las otras doce tablas llenaban el semicírculo del coro (*capella mor*), ocupando el puesto de las en otro tiempo usuales pinturas al fresco. Y como estaban destinadas para la perspectiva central de la entrada, parece cada una dominada por una de las grandes figuras de María. Obra tan vasta, sólo era realizable dado el procedimiento de la pintura flamenca por una asociación de pintores. y así se pueden reconocer en dichas tablas diferentes pinceles dirigidos por un maestro. Que entonces eran solicitados los discípulos de Gerardo David, lo demuestran las obras del lombardo Ambrosio Benson, que parece haber sido muy estimado por los españoles. Para la iglesia de Santa Isabel, de Segovia, fundada por Isabel (1192), hizo el altar con Santa Ana y escenas de la vida de María juntamente con la figura del Abad fundador, hoy en el Museo del Prado. Su obra principal es el gran Descendimiento, en San Miguel, también en Segovia, con San Antonio y San Miguel. Se le reconoce en los tonos rojizos y azules intensos y saturados, como el autor de un tríptico en la iglesia de Santa Cruz de Nájera, en la Rioja, la Piedad con Santa Ana y Pedro conduciendo al fundador.

Pedro Campaña.

En la España del final del siglo XVI, *Flamenco* es casi equivalente a francés antiguo y falto de gusto: nada más injusto. Pues uno de los más notables rasgos en la historia de la colonia artística flamenca es su parte en el tránsito del gusto medioeval al gusto moderno. La magnífica vidriería de la catedral de Sevilla, empezada en 1595 por Arnao de Flandes y su hermano Arnao de Vergara, casi las únicas pinturas, de las

2008 Ministerio de Cultura

cuales, la mirada puede disfrutar sin esfuerzo en aquella gótica obscuridad, son, en su totalidad, recuerdos italianos de los mejores tiempos. Y hacia mediados del siglo se concede cierta acogida a la invasión de romanistas flamencos. Era el tiempo en que los libros gremiales de Amberes inscribían 360 pintores y escultores, mientras las turbulencias religiosas hacían que decayese el gusto por los encargos de obras de devoción. Ningún terreno más favorable que la rica España, que no tenía el exceso de buenos pintores de Italia, y aún era más católica.

Una ojeada sobre el movimiento artístico de estos días nos ofrece la andaluza ciudad de Osuna. Juan Téllez Girón, padre del primer duque de este título, fundó en 1534, en un cerro sobre la ciudad, una colegiata con cripta subterránea: el Santo Sepulcro, imitación en pequeño del Santo Sepulcro de Milán. Está distribuída conforme al plano de una catedral: patio anterior con cipreses, interior de tres naves, coro con sillería tallada, sacristía y claustro, sala capitular, y, por último, el panteón de los Girón. Para este lugar fueron pintados treinta cuadros, casi todos holandeses, pero de diferentes tamaños. El conde de Ureña tenía prisa, indudablemente. Hay allí tablas al estilo de Bernhard van Orley, y de Ambrosio Benson, pero también fisonomías completamente desconocidas, entre ellas una Anunciación firmada

GERALD | WYTREL | DE VTRECHT

Y al lado una concepción con la firma

HERNĀDVS. STORMIVS. ZIRICZEĒSIS FACIEBAT. 1555

Este nombre era ya conocido por el gran altar de la Capilla de los Evangelistas en la catedral de Sevilla con la Misa de San Gregorio y la Resurrección del mismo año 1555. Aquí nos sorprende con las figuras de los cuatro Evangelistas en-

2008 Ministerio de Cultura

tronizados en las nubes, según el grabado de Agustino Veneciano de 1518 (o la copia de Aldegrevez).

A todos estos flamencos, ocupados allí por más o menos tiempo, supera Pedro Campaña, nacido en 1503, en Bruselas. Durante diez años largos gozó de gran prestigio, y dejó memoria duradera. Su figura cuadra perfectamente en esta galería de representantes del arte extranjero en España. Para nosotros, la suerte y la personalidad de este artista viajero es aún más interesante que sus cuadros, en los cuales hoy apenas se suele pensar, a no ser que—como del holandés Scorel—se trate de sus retratos. Pertenece, como el de Utrecht a la serie de holandeses que aprendieron de nuevo su arte más allá de los Alpes. Era la más poderosa figura entre los Heemskerk, los Marten de Vos y otros, y sobresalía entre los romanistas españoles, Vargas, Céspedes.

Los anales de su agitada vida empiezan en Bolonia, donde, en 1516, asistió a la entrada del emperador Carlos, y fue encargado de un arco de triunfo, y terminan en su ciudad natal, Bruselas, donde se le eligió jefe de las tapicerías como sucesor de Miguel Coxcyen. El duque de Alba le nombró su primer ingeniero († 1580). Se formó en Roma, admiró a Rafael y Miguel Angel y logró la persuasión de sus admiradores españoles; pero la mayor y principal parte de su carrera pertenece a la capital de Andalucía, en cuya catedral se admiran aún hoy sus dos obras maestras. Allí interpretó el espíritu de la devoción española con más carácter que los mismos naturales; un español, el maestro de Velázquez, describió su vida, y Murillo, en sus últimos momentos, solía buscar los pies de sus cuadros de pasión.

Este carácter internacional del hombre se refleja en la tradición de su nombre. Hasta nuestros días sólo era conocido en forma española; firmaba las más de las veces en forma latina: PETRUS CAMPANIENSIS, PETERUS KAMPANIA FACEBAT. En la literatura figuró como Maese Pedro Campaña; hasta 1867 no apareció su verdadero nombre, Pecter de Kempeneer, y

2008 Ministerio de Cultura

veinte años más tarde apareció en una colección de Praga una obra de su juventud, la única conocida, un crucifijo en miniatura con esta firma:

PETRUS KEMPENER

Campaña, en otro tiempo, dado su talento unilateral y nada vulgar, hubiera dejado creaciones más importantes. Era indiscutible su superioridad en los fundamentos científicos del arte. «Era—dice su biógrafo—*extremado* escultor, astrólogo (es decir, astrónomo), profundo matemático, arquitecto y perspectivista. Esto recuerda a Leonardo de Vinci. En su pintura se domina, en efecto, el elemento plástico, constructivo; en la inventiva, su caudal parece inagotable. Aun por largo tiempo se usó en los talleres su modelo anatómico. Asombró a los arquitectos por su corrección asombrosa en el dibujo; el arquitecto de la catedral, Fernán Ruiz, aseguraba que no había encontrado en ninguna de sus obras ni una falsa relación ni una falsa línea. A su admiración y amistad debió importantes encargos, los cartones para las estatuas reales de la Capilla Real de Sevilla, y probablemente también el altar de las dos capillas de la Catedral de Córdoba: San Nicolás y de la Asunta.

Debió su popularidad especialmente a sus retratos. De su seguridad contábanse varias anécdotas, y en ellas aparece como neerlandés de la más pura cepa.

Solía bosquejar sus retratos de memoria, y luego del natural; así lo hizo hasta con los duques de Alcalá y Medina Sidodia. Los retratos de la Predella del altar del Mariscal, especialmente el grupo de los dos hermanos, D. Diego y Alonso, juntamente con el muchacho tan semejante a ellos, pueden medirse con las mejores cosas del entonces tan celebrado en Madrid Antonio Moor. Pero su reputación como pintor religioso la debió a «El descendimiento», pintado en 1548 en la iglesia primitiva de Santa Cruz. La composición recordaba a PASSAVANT, el grabado de Marc Antón (núm. 32); pero lo que le ganó el corazón del español, no fue el frío y, sin embargo, no

2008 Ministerio de Cultura

bien calculado juego de sus líneas, movidas y contrastadas, sino la fuerza de su fantasía y la simpatía con que sintió el momento dramático, la mirada de la Virgen al contemplar la faz del hijo muerto. Esto le valió la reputación de primer pintor de cuadros de Pasión; comprendió el sentimiento español en este punto como ninguno otro antes que él.

Cuatro años después dotó a la catedral de otro cuadro parejo, de entonación más alegre: la Entrada en el templo de María, la tabla central del retablo del Mariscal. Este cuadro, el más simpático de los suyos, demuestra que no en balde había estado en Roma; era la más pura ofrenda de aquel tiempo al templo de la belleza. Se olvida uno del relato bíblico ante este conjunto de graciosas figuras de cabezas nobles y finas. VARGAS, realmente su rival, dijo una vez: «Quien quiera ver a Rafael, observe los ángeles de Campaña, en la Anunciación del claustro de San Pablo.» Y mientras en esta obra recordaba los grupos de mujeres romanas de Rafael, parece que en las tablas de al lado se propuso demostrar que también sabía bosquejar las furias de Miguel Angel. Como muy suya es la luz solar derramada sobre aquellas gracias, mezclada con el brillo de las columnas de mármol y la claridad de las seis lámparas colgantes.

¿Dónde está aquí la sequedad flamenca que tanto disgustaba a los españoles de más tarde? Fue la siguiente generación de pintores que volvían de Italia los que condenaron esta moderna manera, la buena manera de Campaña. Su última obra, el retablo de Santa Ana, en Triana, hizo estallar esta ruptura. Profundamente afectado, resolvió volver a su patria, de lo que más tarde debió arrepentirse. El siglo siguiente le desconoció y le despreció. Por esto, muchas de sus obras desaparecieron de las iglesias de Sevilla, y sólo se descubren aquí y allá ruinas olvidadas; en las ciudades de provincia, en Córdoba, se olvidó también su nombre. Se comprende este menosprecio si se piensa en Murillo o si se contempla una figura como la Madonna, poco feliz, del Museo de Berlín.

2008 Ministerio de Cultura

Sin embargo, en Sevilla queda buena memoria de su personalidad y de su carácter entero. «Era un hombre osado y bravo—escribe Pacheco,—de no común destreza en el manejo de las armas. Amaba la verdad, y nunca la mentira moró en sus labios, ni siquiera en broma. Era bueno y compasivo, casto, intachable y continente, y por ello ganó la confianza de sus paisanos.» Dominaba la lengua española, y los sevillanos recordaban sobre todo su *agudeza y donaire.*

CARLOS JUSTI

2008 Ministerio de Cultura

GUIA DEL BUEN DECIR

ESTUDIO DE LAS TRASGRESIONES GRAMATICALES MÁS COMUNES

CAPITULO PRIMERO

Trasgresiones del género gramatical

1. El género es el accidente gramatical más expuesto a cambios.

La Gramática, en cuanto da principios generales a todas las lenguas, es inmutable; pero, desde que actúa como arte, desde que entra a reglamentar casos concretos, mal puede cristalizarse, ha de evolucionar a la par de la lengua misma.

Muy inseguro se anduvo el género de los nombres y adjetivos en la época del romance; el uso literario fue determinándolo paulatinamente, a medida que daba a conocer el que obtenía primacía en el habla popular y especialmente en el habla culta. Aún quedan algunas voces de género ambiguo; mas se ve, en casi todas ellas, palmaria tendencia hacia la adopción de un género o el otro.

La R. Academia, que según su propio lema es la encargada de *pulir, fijar y dar esplendor* a la lengua, hubiera podido facilitar esta obra de selección; pero, la verdad es que no se ha cuidado gran cosa de dar el género preciso que corresponde a cada nombre y adjetivo. El distinguido escritor y filólogo, D. Miguel de Toro, en su obra *Enmiendas al Diccionario*,

2008 Ministerio de Cultura

advierte, y con sobrada razón, que anda equivocado en el *Léxico* de la Acad. (última edición) el género de *estípite, nicotina, brazaje, gorrete, obligacionista, saga, yeguarizo, zabullida* y otras palabras; y muestra a la vez algunas de las muchas divergencias existentes entre lo que establecen la *Gramática* y el *Dic.* de la Corporación: *albacea*, resulta masculino en la *Gram.* y común a los dos gén. en el *Dic.; mapa*, masc. en la *Gram.* y masc. y fem. en el Dic.; *planeta*, masc. en la *Gram.* y masc. y fem. en el Dic.; *paria*, com. en la Gram. y masc. en el Dic.; *podre*, fem. en la Gram. y amb. en el Dic., etc. Serán, si se quiere, erratas de escasa importancia; se habrán deslizado inadvertidamente; mas, como éstas hay muchas, y aun peores; es inconcebible que hayan podido escaparse tales gazapos donde son tantos los que están para detenerlos.

2. No es de extrañar que vocablos que fueron antaño de un género hayan pasado a usarse en el género opuesto. *Estratagema e hipérbole* se encuentran como masc. en las obras de Tirso de Molina; lo mismo ocurre con *crin* o *crines* en la «Canción a San Miguel» de Argensola y en la «Mosquea» de Villaviciosa; EL PIRÁMIDE se repite en las comedias de Lope de Vega, y llega hasta «La Vida es Sueño» de C. de la Barca, y raro será el clásico donde no se hallen LOS AFUERAS O EL ALARMA, nombres, todos éstos, que hoy privan como masculinos. En cambio, escribió Berceo, como bien lo recuerda Cuervo (*Notas* a la *Gram.* de Bello), LA OLOR; el Marqués de Santillana, LA DOLOR, LA CLAROR y LA FUROR; tanto en la historia de España por Mariana, como en las obras de Fr. Luis de León y de Rivadeneyra, leeráse repetidas veces LA ORIGEN; en Calderón, LA EPIGRAMA; en la «Austriada» de Rufo, LA DESORDEN; en las comedias de Rojas y en el falso Quijote de Avellaneda, LA ENIGMA; en el verdadero Quijote, LA FRAUDE y LA CAMARADA; y fue común antiguamente decir LA CLIMA y LA MANÁ, voces todas éstas que ahora se usan únicamente como masculinas. Mucho podría ampliarse esta enumeración, y no hay que sorprenderse si cambios como éstos se producen cada día, no al acaso, sino

2008 Ministerio de Cultura

correspondiendo a la evolución sociológica, a ciertas analogías, a razones de eufonía y a otras causas fáciles de ser determinadas.

*
* *

3. El *feminismo*, así como revoluciona costumbres sociales que parecían llamadas a perdurar, trae a la vez sus trastornos al léxico y a la gramática, especialmente en cuanto atañe al género. Y tan desatinado sería querer contrarrestar esta corriente, como dejarse llevar a impulsos del primer viento que sople; que no así como quiera se acatan improvisaciones en materia filológica.

Tenemos que, al dar las reglas del género que corresponde a los nombres, según su significación, la Gram. de la Acad. nos dice: «Los nombres que significan oficio, empleo, etc., propios de varones, son masculinos... y los de mujeres son femeninos, como azafata, portera, nodriza.

Cuando los señores académicos escribieron esta regla había oficios y empleos que estaban vedados para el que llamamos *bello* sexo o sexo *débil*; pero cada día nos sorprende el *feminismo* con verdaderas proezas; ya no hay linde que valga entre lo que es patrimonio de un sexo o el otro; en consecuencia, mucho se tendrá que innovar, tanto en la gramática como en el léxico, y habremos de conceder uso femenino a voces que antaño no lo habían menester.

4. *Cochera* sólo ha podido usarse antes como adj., v. gr., en *puerta cochera*, y como nombre por el local donde se encierran los coches o por la mujer del cochero; mas hoy, nada menos que en París, se han iniciado las mujeres en el el oficio de manejar coches. Los diarios y revistas francesas que nos comunicaron la novedad hablaban de la *femme cocher*; pero ya dejarán de lado tan discordante perífrasis y se adoptará, sencillamente, *cochère*; de igual manera nuestros léxicos habrán de conceder tan novedosa acepción a la voz *cochera*.

Ortúzar (*Dic. de locuciones viciosas y de correcciones de*

2008 Ministerio de Cultura

leng.) reclama al Dic. de la Acad. los femeninos *carruajera*, *carretera* y *mayorala*, que tendrán su razón para existir en Chile, aunque por el momento no hacen mayor falta en la Argentina.

5. Buen tiempo hace que usa el vulgo la voz *médica* para designar a esas curanderas que medran entre la gente ignorante, y hasta hubo en la provincia de Buenos Aires una llamada *Médica del Pabilo*, que llegó a adquirir verdadera celebridad. Dado que hoy son tantas las damas que entran, legalmente autorizadas, a ejercer la medicina, se impondrá el nombrarlas *médicas*, dando nueva significación a este vocablo que sólo tuvo uso correcto en su oficio de adjetivo, v. gr.: ciencia *médica*, clínica *médica*, etc... Hoy lo más común es nombrarlas con el fem. *doctora*; sin embargo, como bajo esta misma designación quedan comprendidas las graduadas en la Facultad de Filosofía y Letras y las que egresan de la de Derecho, resulta que el término se impone para establecer la distinción. Y ha surgido a su vez el fem. *abogada*, por más que los lexicógrafos sólo hayan tenido en cuenta esta terminación para designar á la mujer del abogado, o en el sentido figurado que equivale a «intercesora o medianera». El importante diario *La Nación* (número del 28 de Dic. de 1909 anunció el advenimiento de la primera *abogada* argentina, Srta. María Angélica Barreda, graduada en la Universidad de La Plata; y en el número de 20 Mayo 1911, un artículo titulado «La primera *abogada* de la Universidad de Buenos Aires» notició que se concedía igual diploma a la Srta. Clelia Tapias, que viene a ser la segunda *jurisconsulta* argentina. De este mismo diario (número de Octubre 18 de 1910) tomo el siguiente párrafo: «Lo que choca en la *cirujana*, lo que hiere en la mujer política, lo que hace reír en la *cochera*, lo que angustia en la operaria de fábrica, no existe en la *abogada*» (E. Gómez Carrillo. *Las mujeres abogadas*); y la eximia escritora D.ª E. Pardo Bazán confirma esta nueva acepción del vocablo en los siguientes términos: «siempre dispuesta (la gente) a horripilarse si se

2008 Ministerio de Cultura

habla de *médicas*, *abogadas* y *catedráticas*, no encuentra la menor objeción que oponer a que las hembras se columpien en el trapecio y se dejen caer desde alturas vertiginosas» (de *La Ilustr. Artística* de Barcelona, núm. 1.437).

Tiempo al tiempo, y nadie podrá sorprenderse en la progresista Buenos Aires o en otras ciudades de la gran Hispania, si ve avisos en los diarios o relucientes chapas ante los dintel es, que digan: «*Doctora* X. X., *Médica cirujana*.»

A propósito de estos femeninos, el distinguido filólogo colombiano, Sr. Rafael Uribe y Uribe (*Dic. abreviado de Galicismos, Provincialismos y Correcciones de Leng.*, nota 184), dice: «El Diccionario debiera autorizar la terminación femenina en el significado profesional, hoy que en los países civilizados las señoras mujeres han puesto una pica en Flandes, y se gradúan por docenas, de *médicas*, *abogadas* o *jurisconsultas* y hasta *veterinarias*.»

6. ¿A quién pudo ocurrírsele antes del auge femenil que la profesión que autoriza nada menos que para dar fe de actos y contratos había de ser ejercida por la mujer?... La provincia de San Luis cuenta el primer caso. ¿Y qué otro título, que no sea el de *escribana pública*, habrá podido concederse a esta dama, Sra. Isaura Quiroga de Ponce, como corresponderá, en la Argentina, a cuantas otras entren a ejercer la misma profesión?... En España serán *notarias*.

Aunque no se haya manifestado en los diccionarios publicados hasta hoy ni la posibilidad siquiera de que llegue a existir esta terminación femenina, es obvio que ha de usarse desde el momento que el cargo se adjudica a mujeres, pues fuera ilógico usar la expresión como común a los dos géneros; es decir, LA ESCRIBANO PÚBLICO sería concitar los celos de la concordancia.

7. Así, prosiga en triunfo el *feminismo*, y veremos desaparecer, como por encanto, el uso despectivo que hoy da el vulgo a *ciudadana*; y hasta se ha llegado al caso de tener que hablar de *diputadas*, especialmente desde 1907, con motivo de la in-

2008 Ministerio de Cultura

corporación a la Dieta de Finlandia de las cinco primeras mujeres que entraron a representar al pueblo. Doña Emilia Pardo Bazán consagra este femenino en el siguiente pasaje, que puede leerse en la *Ilustr. Artíst.* de Barcelona, núm. 1.355: «¿No han leído ustedes que el marido de una *diputada*, creo que finlandesa (no estoy segura), armó un escándalo, porque su mujer le tenía muerto de hambre?»

8. Que dé sus frutos nuestro «Liceo de señoritas», que vayan poblándose de faldas las aulas universitarias con las flamantes *bachilleras* (1), y nadie tendrá después que asombrarse si oye ponderar a las *jurisconsultas*, a las *farmacéuticas* y *químicas*, a las *arquitectas* e *ingenieras*. ¡Entonces se tendrá la clave de la revolución estudiantil que enturbió los albores de este Liceo! ¡Se sabrá el porqué del airado rechazo sufrido por las muy adecuadas labores domésticas que se trató de incluir en las materias de estudio! Dése paso al tiempo, y hasta será necesario inventar alguna maquinaria que se encargue de amamantar los pequeñuelos de las futuras generaciones.

9. Sólo la falta de costumbre hace que pueda resultar chocante el oír decir la *jefa*, femenino muy correcto, como que consta en los léxicos, y a fe que es de extrañar tal adopción desde que no fue de épocas atrasadas el dar mando a las mujeres, salvo aquel que pudo corresponderles siempre en el manejo interno de la casa, que rara será la historia, y sea, si se quiere, de costumbres sociales, que nos hable de *jefas* de oficinas o de establecimientos, como es fácil encontrarlas en nuestra época.

10. Sea fábula o no lo sea, cuéntase que una mujer llegó al papado, y he aquí cómo surgió el femenino *papisa*. Juana de Arco, más que *tenienta*, *capitana* o *coronela*, pudo ser pro-

(1) El *Léx.* de la Acad. autoriza este fem., y con fundamento, que hace ya rato escribió Moratín (L. F. de):

«Y la dama, no menos *bachillera*,
Metáforas derrame y epitetos.»

(*Lección poética.*)

2008 Ministerio de Cultura

clamada *generala*, y hasta *generalísima*, con dispensa de la docta Corporación; en cuanto concierne a mujeres militares, o mujeres de militares si se desea permanecer dentro del *Léx.*, sólo nos daría que hacer el fem. de *alférez*. Y ya que tanto se van encumbrando las polleras hasta en esto de tener mando, valga la *sargenta* en la nueva acepción que concedemos a este femenino de *sargento*, cuando designa a la mujer arrogante y mandona, tanto más si es corpulenta o de alta talla; y valga también su aumentativo *sargentona*, que se profiere en són hiriente y que, aunque ausente del *Dic.*, no deja de oirse en la misma España.

11. Y desde que hoy no hay profesión ni oficio vedado para la mujer, no deberán tenerse tantos melindres cuando se trata de dar terminación femenina a voces que perfectamente la soportan.

Encuentro, por ahí, que cierta persona que se las da de literato puso los puntos de su pluma (no bien templada esta vez) en UNA APRENDIZ... *aprendiza* debió decir; que si bien la terminación *iz* es muy propia de femeninos, no reza esto con *aprendiz*, que a fuer de variable se torna en *aprendiza, aprendices* y *aprendizas*.

12. Oigo a cada paso: «Es una buena OFICIAL»...; pues agréguese norabuena a *oficial* la final *a*, tanto mejor ganada desde que la palabreja hace de nombre. Mujeres hay que se avienen a confeccionar chalecos, pantalones y tantas otras cosas que antaño no dejaban de mano los hombres. La *sastra*, aunque su apariencia disuene, existe estampada en el *Dic.*, y no encuentro mal alguno en que se hable de *oficialas chalequeras* y *pantaloneras*. Y ya que nos hemos internado en el gremio de la aguja, advertiré que encuentro atrozmente discordante decir EL MODISTA WORTH O EL MODISTA PAQUÍN. El sufijo *ista*, ya indique profesión, como en *artista, corista, flautista, dentista, electricista, oficinista, organista*, etc., o ya sistema, creencia o partido, como en *positivista, monoteista, autonomista*, etc., resulta generalmente común a los dos géneros, y como tal se usó

2008 Ministerio de Cultura

modista en el significado de «persona que adoptaba, seguía o inventaba las modas»; pero éntre un hombre a ejercer el mujeril «oficio de cortar y hacer vestidos y adornos para señoras, y a tener tienda de modas», acepciones en que *modista* es puramente femenino, y se impondrá, a mi ver, el trueque de *a* por *o*, ante todo para evitar confusión o ambigüedad; y valgan *los modistos,* en cambio de lo mucho que, invadiendo nuestro fuero, se toman para sí las mujeres.

*
* *

13. Los americanos hemos dado decididamente en cambiar el género de algunas voces.

El *Dic.* (1) sólo registra como masc. los nombres *azucarero* y *tarjetero,* y así los han venido usando los escritores de la madre patria; pero en los países hispanoamericanos se dice *azucarera* y *tarjetera,* y mal podría tacharse como impropia esta terminación *era* desde que es la que corresponde comúnmente, como bien lo asevera Cuervo (*Apuntaciones.* Voces nuevas) para denotar «el objeto que contiene o en que se pone lo indicado por la raíz». Si ha de decirse *dulcera, cafetera, tetera, cigarrera, cartuchera, fresquera* (nosotros *licorera,* ausente del *Dic.*, aunque consta en «Miau» de Pérez Galdós), etc., muy lógico es que se acepten *azucarera* y *tarjetera,* que constan en la mayoría de los diccionarios de regionalismos publicados de un extremo a otro de la América española (2). Contado será

(1) Tengase presente que toda vez que menciono el *Diccionario* o el *Léxico* (*Dic.* o *Léx.*) me refiero especialmente al de la R. Academia, última edición.

(2) Anotan estas voces en su forma femenina, dándolas como admisibles, además de Cuervo, B. Rivodó (*Voces nuevas, Venezolanismos*), C. Gagini (*Dic. de Barb. y Prov. de Costa-Rica*), A. de la Peña (*Gramát. Cast., Mejicanismos*), Paz Soldán y Unanué, o Juan de Arona (*Dic. de Peruanismos*), Pbro. C. Ortúzar (*Dic. de Locuciones Vic. y de Cor. de Leng.*), Echeverría y Reyes (*Voces usadas en Chile*), D. Granada (*Vocabulario*

2008 Ministerio de Cultura

quien diga *el azucarero* en la Argentina; y por lo que toca a *tarjetero* o *tarjetera,* la verdad es que se usa indistintamente una forma o la otra.

Agarradera y *torpedera* son otras voces de igual terminación, que más se andan por estas tierras como fem.; el *Dic.* sólo las quiere como masc.: *agarradero, torpedero.*

Al recipiente empleado para tener a mano la *yerba-mate,* que generalmente lleva apareado otro igual para el azúcar, le llamamos *yerbera;* y *alhajera* o *despojador*, es una especie de copa más o menos artística, adorno de tocador que emplean tal cual vez las damas para colocar en él las alhajas mientras se cambian de vestido. Ambos argentinismos, aunque bien nacidos, no han tenido cabida en el *Léxico.*

14. Los diccionarios de Salvá, Barcia, Domínguez, el de la Sociedad Literaria y otros, y aun Bello en su Gramática, dan al nombre *afueras* como masc. La Acad. anota esta voz como ambigua (*Dic.*, ediciones XII y XIII). Vera y González (*Dic. Encicl. de la Leng. Cast.*) es de los primeros lexicógrafos que, reparando en el uso actual de esta palabra, la asienta como fem., y como tal la reconoce Cuervo en sus «*Notas* a la *Gram.* de Bello» (la 31.ª), y en las «*Apuntaciones al Len. Bogot.*» (pág. 115, edic. de 1907).

15. *Alarma* está como masc. en la Acad., Barcia, Campuzano, y en la mayoría de los demás léxicos; es yuxtaposición de «*al arma*», locución que lleva el art. masc. para evitar el hiato, lo que no impide que *arma* siga siendo fem., prueba de ello es que en plural no se dice A LOS ARMAS, sino *a las armas*; de manera que si en épocas remotas ha podido usarse *alarma* como masc., al volver hoy al fem.—y vuelve, no queda duda alguna—no hace más que recuperar el género que le corres-

Rioplatense); y también las citan, aunque considerándolas como espurias, seguramente por no estar en el *Dic.* (razón de poco peso), Uribe y Uribe (*Dic. abreviado de Barb.*, etc.), Batres Jáuregui (*Vicios de Leng. y Prov. de Guatemala*), E. Isaza (*Gram. Práct. de la Leng. Cast.*) y A. Brenes (*Ejercicios Gramaticales*).

2008 Ministerio de Cultura

ponde por su terminación en *a*, y viene a quedar comprendida en la regla dada por Bello (*Gram. Cast.*, cap. X), sobre el género que conviene a las palabras compuestas.

Y bien podemos dar fe de que, en América, al menos, ya no se oirá decir que haya quien ande por LOS AFUERAS, ni quien pueda espantarse por LOS ALARMAS.

16. *Bombacho, pantalón* o *calzón bombacho*, dice el Dic., y a mí me toca manifestar que esta clase de pantalones o calzones es muy usada en la Argentina por la gente del campo y gente trabajadora; pero se conoce con otro género gramatical; como que nadie dice *bombacho*, sino *bombacha*.

17. Pasaré ahora en revista algunas voces fems. o ambs., que en América se tornan masculinas.

El Dic. anota *boleta*, como fem. solamente, lo que no impide que los americanos usemos el masc. *boleto* para casi todas las acepciones que corresponden a esta voz. ¿En cuál de nuestras estaciones de ferrocarril se pedirá una *boleta* para tener acceso al tren?... *Boleto* es también el que se recibe cuando se sube a los tranvías. ¿Y qué hacendado, y cuéntese que los hay en buen número en la Argentina, no se sorprenderá si le convierten en *boleta* su *boleto* de marca?...

18. *Vocería*, consigna el *Dic.*, y así está esta voz en la mayoría de los clásicos y de los escritores contemporáneos de España: «Por el pueblo se levantó una confusa *vocería*.» (Cervantes. *Galatea*, libro II):

«... al cielo suena
Confusa *vocería*,
Y la mar enriquece a porfía.»
(*Oda* de Fr. Luis de León);

«y la loca y desacorde *vocería*.» (Pereda, *El Sabor de la Tierruca*); y se podrían multiplicar estos ejemplos. Orellana, en «Cizaña del Leng.», cita como espurio a *vocerío*, y advierte que su empleo tiende a generalizarse. En América es muy raro el fem. *vocería*; dícese comúnmente *vocerío*, y declaro que esta

2008 Ministerio de Cultura

forma resulta bien admisible; ha sido empleada por la misma Acad. al definir la voz «Alboroto»; y no se trata de un error de imprenta, porque se repite en las últimas ediciones del *Diccionario*; la ha puesto el ex-presidente de la Acad., D. Juan de la Pezuela y Conde de Cheste, en estos versos:

«Porque pasma tanto brío,
Alzase gran *vocerío*.»
(D. Juan de Austria en Cadiar);

se ve en este pasaje de Espronceda:

«Y en tanto alegre suena
en la cercana sala el *vocerío*.»
(Diablo Mundo),

y la trae «*La Gloria de D. Ramiro*», notable novela escrita en Madrid, por el argentino Enrique Larreta, donde dice: «*Un vocerío* en la calle, un clamor áspero y bronco, que hizo retemblar sus vidrieras, desgarró su visión.»

De igual manera usamos *griterío*, *palabrerío* y *rancherío*, que sólo admite el *Léx.* como voces femeninas: *gritería*, *palabrería* y *ranchería;* también empleamos la forma masc. *papelerío, perrerío* y *traperío*, toda vez que expresamos la primera acepción que el *Dic.* da a las voces *papelería*, *perrería* y *trapería;* y para lo que en España se llama *pobretería* tenemos el masc. *pobrerío,* ausente del *Dic.* Constan todas estas formas masc., menos *griterío*, en el *Diccionario Argentino* de D. Tobías Garzón.

19. Hasta mediados del siglo pasado, la primera tarea cotidiana de los dómines, era cortar las plumas de ave que habían de servir para la escritura. Tenían siempre a mano para esto una navajilla, que tomó el nombre de *cortaplumas* (*el cortaplumas*, y NO LA CORTAPLUMA, como dicen algunos erradamente). Con la invención de las plumas de acero nació la necesidad de un astil en que colocarlas para poderlas usar, y a éste se le llamó *portaplumas;* los clásicos no necesitaron de él, porque la verdad es que a la gran mayoría de ellos tocóles escribir con plu-

2008 Ministerio de Cultura

mas de cisne... o de ganso, que lo mismo da en este caso, que pluma era y pluma se llamó. En cambio, el carbón o grafito que emplearon a la sazón para trazar caracteres o para dibujar, no venía acomodado dentro del mismo cabo de madera, y era necesario adaptarlo a un aparatito que se llamó *lapicero* (de *lápiz* y el sufijo *ero*). Los suramericanos hemos dado en tratar al *portaplumas* como si fuera la mujer del *lapicero;* tanto es así, que lo llamamos *lapicera* (1), y aunque ponga mala cara la Etimología, el trueque se viene imponiendo, y hoy se echa muy de menos la designación *portaplumas* que ordena la Acad. En cambio, nuestros escolares, como que poca necesidad tienen de aparato alguno en que colocar el lápiz, se olvidan del *lapicero*, y cuando se da el caso de tener que nombrarlo, lo más común es que lo llamen *portalápiz*, o, por sinécdoque, *lápiz*.

20. Tanto el *Dic.* de la Acad., como el *Etim.* de Barcia y otros léxicos publicados en España, traen *anana* o *ananas*, como voz femenina y grave. Los americanos, que hemos dado nombre a esta deliciosa fruta, estamos, creo, más autorizados que la Acad. para precisar su designación. Siempre hemos oído *ananá* o *ananás*, y siempre en masc.; así la traen Granada y Rivodó (obras citadas), y Bello tiene, en su *Alocución a la Poesía*, el verso siguiente:

«Y *el ananá* sazona su ambrosía»,

verso que habrá conceptuado muy correcto el ilustre gramático y poeta desde que lo incluye también, sin cambiar un ápice, en su *Silva a la Agricultura en la Zona tórrida*.

21. *La reseda,* y habrá que prevenir que se trata de la olorosa flor que engalana nuestros jardines, no sólo da motivo, por estas tierras, al galicismo ortológico que reprueba Cuervo (*Apunt.*, pág. 18), sino que es nombrada exclusivamente como

(1) Figura esta voz en el *Dic. de Chilenismos*, por Zorobadel Rodríguez; en *Voces usadas en Chile*, por Echeverría y Reyes; en el *Dic. de Loc. Vic. y de Corr. de Leng.*, por Ortúzar, y en el *Vocab. Rioplatense*, por Granada.

2008 Ministerio de Cultura

masc., tal como la trae Salvá en su *Dic.* Acaso se ande esta flor en mejores términos con la Gramática al otro lado del Istmo, pues el popular poeta de Costa Rica, Aquileo Echeverría, le concede su verdadero género y su debido acento, según muestran estos versos:

«Permite al peregrino que va de paso
Dejar *estas resedas* en tu regazo». (*A una morena*).

22. Como la planta que produce *manzanas*, se llama *manzano;* la de las *ciruelas*, *ciruelo;* la de las *cerezas, cerezo*, etc.; la de las *peras*, recibe por acá el nombre de *pero;* y no nos cuidamos de reservar esta voz como quiere el *Dic.* y ha de ser común en España, para la «variedad de manzano de fruto más largo que grueso»; también decimos *peral.*

Damasco, tanto designa al fruto como al frutal, y adoptamos el fem. *damasca*, para denominar las variedades de fruta más grande.

Siguiendo la tendencia que hace masc. el nombre de las plantas, más decimos aquí, y en Chile también según Ortúzar y Echeverría y Reyes, ACACIO que *acacia*, y más RETAMO que *retama.*

23. Ya que he invadido los terrenos de la agricultura, no saldré de ellos sin dejar escrito que «al lugar donde se siembran las semillas de las plantas para trasplantarlas después a otro sitio», le llamamos *almácigo* y no *almáciga;* y lo mismo ocurre en otros países de América, pues corrigen esta voz Batres J., Gagini, Uribe y U., Echeverría y otros lexicógrafos; a fin de cuentas, no veo por qué ha de destruirse nuestro *almácigo;* tan difundido está, que bien pueden coexistir los dos géneros en esta acepción como coexisten en la otra, la que se refiere al lentisco o su resina.

24. *Desmentida, f. «Acción de desmentir»:* así reza el *Dic.*; pero aquí, el dar *desmentidos* es cosa de todos los días y de todas las gentes, eruditas como ignorantes.

25. Cuántos no se sorprenderán al oír afirmar que el fem.

2008 Ministerio de Cultura

desgana, que presenta el *Léx.* a la par de *desgano*, es término muy apropiado, como que proviene de *des* y *gana;* aun cuando haya escritores hispanos que sigan diciéndolo así, lo común es que reine el masc. *desgano* para todo hijo de América que sienta inapetencia.

26. A *la vuelta*, «demasía que se debe volver al que compra o trueca una cosa respecto del precio concertado», la llamamos en la Argentina *el vuelto;* y otro tanto pasa en la mayor parte de la América española. Gagini (*Dic. de Barb.* y *Prov. de Costa Rica*) encuentra más adecuada esta forma que la fem.; y, por mi parte, dejaré que libremente corran las dos ya que las impone el uso.

*
* *

27. Los vocablos terminados en *ante* y *ente*, en su mayoría derivados verbales, participios activos que hacen de nombres y adjetivos, ocasionan no pocas dudas en la formación del femenino, pues no pueden someterse a una reglamentación definida; ya se andan como comunes a los dos géneros, como cambian la *e* por *a*.

El *Dic.* da como variables en la formación fem., a los siguientes: *asistente-ta*, *comediante-ta*, *congregante-ta*, *danzante-ta*, *farsante-ta*, *figurante-ta*, *mendigante-ta*, *presidente-ta*, *pretendiente-ta*, *principiante-ta*, *recitante-ta*, *sirviente-ta*, *teniente-ta*, *elefante-ta*, *gigante-ta*, *infante-ta*, *intendente-ta*, *pariente-ta*, y *almirante*, que admite los femeninos *almiranta* y *almirantesa*.

Aun cuando los demás se registren como comunes a los dos géneros, no han faltado escritores o hablistas que se permitan concederles terminación fem. Bello, que es de los pocos gramáticos que han reparado con alguna detenciónu en el género de estos vocablos, advierte que «*la regente* es la que ejerce por sí la regencia, y *la regenta*, la mujer del regente;» tal es, efectivamente, el uso, y para no dejar de poner siquiera algún ejemplo, vaya éste de Cervantes: «entristecióse la señora *regenta*» (se trata de la mujer del regente de la vicaría de Nápo-

2008 Ministerio de Cultura

les; y está este ej. en el *Quijote*, II, LX); y recordaré el nombre de la conocida novela de L. Alas: *La Regenta*. Cuervo, en una de sus *Notas* a la *Gram.* de Bello (la 16.ª), llama la atención sobre el hecho de que la Acad. no haya concedido terminación fem. a *confidente*, siendo que *confidenta* se halla usado por respetables escritores modernos (1), y extrañándose de que lo mismo acontezca con otros vocablos de igual terminación, dice que «la razón puede ser que unos no se aplican a mujeres, como *estudiante*». ¡Vaya si se aplica! El tan mentado *feminismo* debió andar aún en pañales cuando el ilustre filólogo colombiano redactaba sus notas. ¿Quién se atrevería hoy a tachar de incorrecto el nombre de la asociación «*Estudiantas Argentinas*», que acaba de constituirse en Buenos Aires?...

Desde que será raro dar, en nuestra época, con escuela, colegio o universidad que no pueda ser franqueada por la mujer, ¿por qué negarle tan legítima designación? Ya que los señores académicos admiten a la *estudiantuela* y a la *colegiala*, sepan que ahora también hay *estudiantas*. Si en una loa del eminente Solís puede leerse *oyentas*; si nada menos que a D. Juan Iriarte se le ocurrió estampar *sobresalienta*, sin que haya quien se espante de tales ripios, dése paso triunfal a la *estudianta*, que no le faltarán atractivos para merecer esta gracia.

Rivodó, que es, sin duda, el gramático que con más detenimiento ha estudiado las cuestiones concernientes al género gramatical, da como de recibo a *estudianta*.

Da pase también Rivodó a *comandanta*, *dependienta*, *gerenta*, *gobernanta*, *insurgenta*, *intriganta*, *marchanta*, *pacienta*, *protestanta* y *tunanta*. La verdad es que el único inconveniente que puedan tener estas palabras es el estar fuera del *Léx.*; si se dice que tal o cual casa de comercio tiene *gerenta* o *de-*

(1) He aquí una papeleta de mi cosecha: «Esta criada, a quien el Gobernador había encontrado descolgándose con una sábana de las ventanas de Anselmo, era, sin duda, Leonela, la *confidenta* y cómplice de Camila.» (Clemencín. *Comentarios*; *Nota* 27.ª al cap. XXXV de la 1.ª parte del *Quijote*).

2008 Ministerio de Cultura

pendientas, no es poca la concesión obtenida desde que para manifestar lo mismo de conformidad con la Acad., sería imprescindible el artículo o se habrá de decir *una mujer gerente* o *dependientes mujeres.* Y no es de extrañar que no se hayan consignado en el *Dic.* las terminaciones fem. de estas voces, desde que antaño no se vería mujer alguna en tales ocupaciones... y conste que este comentario sólo se refiere a *gerenta* y *dependienta,* pues me guardaré ¡y mucho! de aducir iguales razones en defensa del fem. *intriganta,* por ejemplo.

Valera escribió *acompañanta;* en el aragonés antiguo está *dolienta,* según Menéndez Pidal (*Gram. Hist.,* pág. 139), y en el *Quijote* se lee: «No te pregunto más, dijo la *preguntanta* (tomo II, cap. LXII); quedan estas tres voces tan autorizadas como pueden estarlo las que acabo de anotar, presentadas por Rivodó. Con todo, será prudente usarlas como comunes a los dos géneros, mientras otras autoridades no den en emplearlas, o hasta que el uso popular las imponga decididamente.

***

28. Ya que estamos en voces finalizadas en *e,* sigamos con ellas, que, como bien lo advierte Cuervo (*Apunt.*, pág. 116), es la terminación que más se presta a vacilaciones.

Ordenan los diccionarios que sean fem. *quejumbre, techumbre, urdimbre* o *urdiembre, herrumbre* (NO HERRUMBE, como dicen algunos; esta síncopa está lejos de ser aceptada por el buen uso), *vislumbre* y *corambre* (y menos mal que no sea EL CUERAMBRE, muy común por estos mundos), y que sea masc. *osambre.* Ateniéndome a lo que oigo por aquí, yo daría como *comunes de dos* a *herrumbre, vislumbre, corambre* y *osambre.* Salvá advierte en su *Dic.,* al definir a *vislumbre,* que la misma Acad., ha usado esta voz con género masc.

29. A *sílice,* que consta en el *Dic.* como fem., más lo usamos como *masc.*; proviene este mineral del *silicio,* que es masc. y tiene este género en el *Dic.* Salvá. Me parece que bien po-

2008 Ministerio de Cultura

dría aceptarse esta voz como común a los dos generos: *la sílice* o *el sílice*.

30. Si tal cual vez aparecen como masc. *paralaje*, *simiente* y *sístole* es sólo por obra y gracia de personas que no conocen bien el habla.

31. *Carie*, como todos los terminados en *ie* y acentuados en vocal anterior a esta terminación, es, según Bello (*Gram. Cast.*), fem. El *Léx.* hasta su 12.ª edición trae *caries*, y como masc. solamente; en su última edición (la 13.ª) varía de parecer, pues lo da como fem. Amunátegui Reyes (*Al través del Dic. y de la Gram.*, pág. 241) cita a Monlau y otras autoridades en defensa del dictamen de Bello; en cambio, Cuervo (*Notas a la Gram.* de Bello), apoyándose en Bretón de los Herreros, aboga por el género masc. Bien se puede conceder pase a las dos formas *carie* y *caries*, y por lo que toca al género, el masc. está en derrota; por acá al menos, y lo mismo por Chile, se dice comúnmente *la carie* o *la caries*.

32. *Esfinge* ha sido dado como masc. por el *Dic.* (12.ª edición), y también por Barcia (*Dic. Etim.*), aun cuando éste, olvidando su propio dictamen, dice, casi a renglon seguido: «*la esfinge* era mujer con cabeza, manos y voz de criatura humana; cuerpo, de perro; uñas, de león; cola, de dragón; y alas, de ave». No han faltado gramáticos que adopten a este vocablo como ambiguo. Creo que debe tenerse como fem. solamente, que tal lo trae el *Dic.* en su última edición, y así se usa; vayan como muestra estos ejemplos: «Ni penetra el enigma de *la Esfinge*» (Núñez de Arce. *Tristezas*); «acaso el enigma de *esa Esfinge* se descifra en una palabra: odio». (E. Pardo Bazán. *Ilust. Artís.*, núm. 1.141).

33. *Hojaldre*, dicen todos los grandes diccionarios, y la mayoría de las gramáticas citan este nombre en los de género anbiguo. Bello sólo lo admite como fem. En América es corriente en este género; pero, más que *la hojaldre*, se dice *la hojaldra*, dando la terminación que más conviene al género que se adopta. Algunos diccionarios de regionalismos y locu-

2008 Ministerio de Cultura

ciones viciosas (entre ellos los de Batres Jáuregui, F. Ramos Duarte, Uribe y U., G. Rodríguez, Ortúzar y Granada), citan esta forma como incorrecta. Cuervo, el más grande de nuestros filólogos, no la rechaza, y hasta supone, basándose en lo anotado en la obra de Meyer-Lübke *(Dic. Schicksale des lateinischen Neutrums im Romanischen*, pág. 67), que bien puede ser forma etimológica a la que se habría llegado desde *folliatula*, mediando las formas *folliadula*, *focadura*, *fojalda*, *fojaldra* (*Apuntaciones*, pág. 114).

34. *Mimbre* venía como masc. en el *Dic.* publicado en 1884. Mas, no han faltado por España escritores que digan *la mimbre*; y Valbuena (*Fe de Erratas*) la emprendió rudamente contra los académicos, afanado en que lo correcto ha de ser *la mimbre* y no *el mimbre*, y ha salido con la suya, pues la última edición del *Dic.* trae la voz como ambigua, con lo que quedamos todos de acuerdo. La verdad es que antes predominó el género fem.; vayan estas muestras:

«... una cestilla
De *blanca mimbre* olorosa.»
(Cervantes. *Pedro de Urdemalas*, Jor. 3.ª)

«Bóreas la juega haciéndola que cimbre
Como delgado junco y *flaca mimbre*.»
(P. de Oña. *Arauco domado*, Canto IV.)

Y he de agregar estas citas para corroborar que hoy priva el masc., único género adoptado en la Argentina:

«... con *los mimbres*
Del techo de aquel monstruo até callado,
De tres en tres algunos.»
(Trad. de F. Baráibar y Zumárraga. *La Odisea*, libro IX.)

«Apuntó una delgadita como *un mimbre*.» (Pereda. *Los hombres de pro*, cap. III); «*El mimbre* fue premiado en la exposición de Córdoba.» (Sarmiento. *Obras*, tomo 26, pág. 67); «Tenía la cintura como *un mimbre*.» (Carlos Guido y Spano. *Al pasar*.)

2008 Ministerio de Cultura

35. *Tizne* es un ambiguo, que ha tenido la ocurrencia de repartirse en forma tal, que resulta muy común allende el mar como fem., mientras que los americanos generalmente sólo le concedemos género masc.

36. Lucido estará quien se atenga a la Acad. y sólo a la Acad. para dilucidar algunas de estas cuestiones gramaticales ocasionadas a dudas. Así, *trípode* consta en la *Gram.* como ejemplo del género fem. (edición de 1888, pág. 22, y persiste en la de 1890); en cambio, el *Dic.* (ed. 12.ª y 13.ª) trae la misma palabra como ambigua, cuando expresa «mesa o banquillo de tres pies, especialmente aquel en que daba la sacerdotisa de Apolo sus respuestas en el templo de Delfos», y como masc. en «armazón compuesta de tres pies, que sirve para sostener los instrumentos que se usan en las operaciones geodésicas». No es, pues, de extrañar que Ramos Duarte, en su *Dic. de Mejicanismos*, caiga en el error de citar como locuciones incorrectas «*el trípode* y *un trípode*, que dice haber oído en gente ilustrada, ¡y bien que las habrá oído! Y causa no poca sorpresa el ver que la Corporación, que pretende fijar el idioma, ofrezca tales contradicciones. Bello presenta este vocablo como ambiguo; y la verdad es que, tanto en la Argentina, como en Méjico y como en todos los países de habla castellana, predomina hoy el uso masc., a pesar de lo prescrito en la *Gram.* académica y en algunas otras que trascriben servilmente el dislate.

*
* *

37. Seguiré con algunos ambiguos.

La verdad es, que la tendencia moderna propende, con plausible decisión, a dar un género definido a las muchas palabras que desde antaño vienen usándose indistintamente, tanto en un género como en otro.

Análisis, *anatema*, *apóstrofe*, *énfasis*, *estambre*, *fénix*, *fin* y *prez*, raramente se encontrarán como femeninos en escritores actuales; y más raro será oír o ver escrito a *cutis* en tal géne-

2008 Ministerio de Cultura

ro, que, aunque citado todavía en algunas gramáticas como ambiguo, hasta el mismo *Dic.* lo trae ahora como masc. exclusivamente. En cambio, *diadema* y *herpes* adoptan hoy el género fem.

38. *Calor* y *color*, como otros nombres terminados en *or*, mantuviéronse, según Cuervo (*Apunt.*, pág. 119), en los primeros tiempos de la lengua, de preferencia en el género fem., guardando cierto paralelismo con el provenzal y el francés. Tal se hallan en Berceo y en Santa Teresa; en el auto-retrato puesto por Cervantes en sus *Novelas ejemplares* léese *la color* y también anda *la calor* en obras de este potentado de las letras; en *Pepita Jiménez*, al presentar el retrato de D. Luis, dícenos Valera que tenía *la color trigueña*; Menéndez Pelayo sigue el mismo uso. Ya Tirso de Molina, Moratín y no pocos escritores del siglo de oro dieron en emplear estas voces sin distinción en uno u otro género; Quevedo escribió en *Zahurdas*: «Otro sí que tenía la media cara en las manos, en los botes de unto y en *el color*.» Hoy priva el masc.; y es tan así, que ahora todos los diccionarios las anotan con este género. Quien, dándoselas de pedante, quiera servir el fem. de estas voces, bien merecida se tendrá la lección que recibió aquel que preguntó a una dama, no muy escasa de agudeza, por cierto: —«¿Qué le parece *la color*, señora?»; obteniendo esta respuesta: —«*¡Masculina!*, caballero.»

29. *Cisma*, hállase en los clásicos generalmente como fem., y tanto el *Dic.* como la *Gram.* de la Acad. lo traen como ambiguo; Rivodó y otros gramáticos lo consideran también como ambiguo; pero lo cierto es que hoy sólo se usa en masc., y si se quiere comprobación recúrrase, en cualquiera de los libros de historia escritos en estos últimos tiempos, a la parte de la Edad Media que trata del *cisma* religioso en Inglaterra. A propósito del género de esta palabra, Roque Barcia (*Dic. Etim.*) trascribe del *Dic. Etimol.* de Monlau, lo siguiente: «Cuentan que el emperador Segismundo se propuso que el nombre *cisma* fuese femenino, y que toda su autoridad imperial se estrelló con-

2008 Ministerio de Cultura

tra la resistencia de los gramáticos. En castellano, *cisma* es masc. o fem.; pero se usa casi siempre como del primer género.»

40. *Mar* mantiene su ambigüedad con ciertas restricciones. Así, p. ej., en la frase *hacerse a la mar*, cambiando el género, variaría el significado; muy impropio resultaría decir: *está en* ALTO MAR; y de todo punto inaceptable, EL PLEAMAR y EL BAJAMAR, compuestos éstos que solamente toleran el fem... Por otra parte, tenemos que se exige indefectiblemente el género masc. cuando se acompaña a mar con el nombre propio que lo designa: *el mar* Caspio, *el mar* de Mármara, etc. Salvados estos puntos, la Gramát. deja correr libremente al mar con cualquiera de los dos géneros.

41. Los diccionarios y gramáticas estampan aún a *puente* como ambiguo. Con todo, creo que muy raro y contado será quien diga hoy *la puente*, si no es reuniendo artículo y nombre para formar el apellido *Lapuente*. No se puede negar que hasta el siglo XVII fue voz ambigua y preferentemente fem., que como tal se la ve en Lope de Vega, Calderón, Góngora, Rufo y otros escritores de valía.

42. Considerando, Bello, el género de los compuestos, establece que «los terminados en sustantivo sing. que conserva su forma simple, siguen el género de éste», y cita entre los ejemplos a *trasluz*. Como excepción debió presentarlo, pues aun cuando no falte quien lo haya empleado con este género, el uso más docto lo tiene por masc., y sólo como tal lo admite Cuervo. (*Notas* a la *Gram.* de Bello.)

Tragaluz, anotado también por Bello (*Gram.*) como fem., de acuerdo con el *Léx:*, que así lo registró hasta la 10.ª edición, es hoy masc.; como tal lo estima Cuervo (*Notas* a la *Gram.* de Bello), apoyándose en la autoridad de Quintana. (*Obras inéditas*, pág. 220.)

Tanto LA TRASLUZ como LA TRAGALUZ, locuciones incorrectas desde que estas voces han perdido su ambigüedad, no dejan

2008 Ministerio de Cultura

de oírse en boca del vulgo, que es de suyo muy dado a guardar arcaísmos.

*
* *

43. Entre los nombres de género ambiguo que da el *Dic.*, se ven algunos que al cambiar de género varían de significado; deben contarse entre las voces que los gramáticos consideran de *género distingüendo;* y la verdad es que no pocos de estos nombres tienden hoy, al menos en la Argentina, a tomar un género determinado para todas sus acepciones.

Daré algunos ejemplos:

44. *Armazón*, según define el *Dic.*, cuando está en fem. es «pieza o conjunto de piezas unidas unas con otras, en que o sobre que se arma alguna cosa»; en masc. viene a significar «esqueleto». No faltarán autoridades que puedan conceder fundamentos a esta distinción; mas, como la Acad. es la primera que infringe sus propios dictámenes, resulta, según lo revela D. Miguel de Toro (*Apuntaciones Lexic.*, pág. 160), que: «*Armazón* (en el *Dic.*) está mal usada como m. en los artículos: *ingenio*, *mesa, ejión* y *cenfefa*, y en *cabeza*, 6.ª acepción. Y como compensación, usada erradamente como f. en *calavera.*» Me toca agregar que en la Argentina prevalece el género masc. para todos los *armazones*, sean cuales fueren.

45. *Aroma*, por «perfume, olor muy agradable», es masc.:

«Donde tienen guardados *los aromas*
Con que el ambiente, en su vaivén, perfuman.»
(G. Gutiérrez González);

«Y *el vago aroma* que la flor encierra.»
(J. Zorrilla. *Pereza*);

«Ni *el* embriagante *aroma* de la brisa.»
(O. Andrade. *La Creación*);

«¡Qué bien huelen *los aromas* de esos velos rosados con que se envuelve la Naturaleza!» (S. Estrada. *Obras*, tomo I, pág. 249.)

Por «la flor del aromo» es fem., y sólo podría tolerarse

2008 Ministerio de Cultura

como ambiguo cuando designa «cualquiera goma, bálsamo, leño o hierba de mucha fragancia».

46. *Cometa*, en masc., es el término astronómico; en fem., es lo que los americanos llamamos *barrilete* (1), tal se ve en el siguiente verso del distinguido poeta colombiano, G. Gutiérrez González (*Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquía*).

«*La cometa* enredada en el *papayo*.»

47. *Fantasma*, en masc. es «una visión quimérica», o «la imagen de un objeto que queda impresa en la fantasía», y en sentido figurado, «la persona entonada, grave y presuntuosa».

«¡Ah!, pero *ese fantasma*, esos sonidos
No se pueden dejar: los llevo aquí;
Aquí en la frente...»
(Julio Arboleda. *El caballo*);

«La imaginación tendería su vuelo, poblándose de *hermosos fantasmas*.» (Valera. *Discurso de recepción en la Acad.*)

En género fem. es «espantajo» para asustar a la gente sencilla, y entra en este significado lo que nuestro vulgo llama *el penitente*, *la viuda* y *el chancho* (2). Para mejor información

(1) Zorobadel Rodríguez (*Dic. de Chilen.*) considera a esta voz como chilenismo; he de advertir que es de uso corriente en todos los países hispanoamericanos, y en algunas partes toman también los nombres de *papelotes*, *papacotes* y *papagallos*.

(2) Esta voz (del araucano *chancho*), ausente del *Dic.*, designa al cerdo (y a fe que para los americanos huelga la explicación), que en esto de cargar nombres se parecen a algunos potentados, pues es conocido además por *puerco*, *cochino*, *marrano*, *guarro*, *verraco*, *varraco*, y también por *cochi* y *cuchi*. Se diría que se le ha ido variando de nombre por el afán de buscarle una designación más culta; mas viene a ocurrir lo acontecido con el *eructar*, que encontraba D. Quijote tan superior al *regoldar* de Sancho. ...Sucede también que su mucha domesticidad le acarrea motes, y éstos se convierten en nombres.

Muy común, al menos en la Argentina, ha sido el hacer creer en la existencia de una fantasma que adoptaba la apariencia de este humildísimo animal para asustar, en las noches, a la gente.

2008 Ministerio de Cultura

de las muchas personas que por mi tierra sólo usan esta voz como masc., reforzaré el dictamen académico arrimándole estas citas: «...el cual, sin conocer quién era, pensó primero que debía de ser *alguna fantasma*». (*Quijote*, parte 1.ª, capítulo XXXIV.) «El carretero, que vió la determinación de *aquella armada fantasma*» (*Quij.*, II, XVII); «en el cual traje parecía *la* más *extraordinaria fantasma* que se pudiera pensar». (*Quij.*, II, XLVIII.)

«O soy *alguna fantasma*
Que se aparece a deshora.»
(Cervantes. *Pedro de Urdemalas*, Jor. 1.ª);

«Detén, *negra fantasma*, el joven grita.»
(Valbuena. *El Bernardo*, Libro IX);

«A cada instante hay duelos y quimeras,
Sueños terribles que se ven cumplidos,
Fatídico puñal, *fantasma* fiera.»
(L. F. Moratín. *Lección poética*);

«Llegó a *la fantasma* al cabo
Mi enemiga detestable.»
(Hartzenbusch. *La Ley de raza*);

«Torna al peñón que parece
Una colosal *fantasma*.»
(El Duque de Rivas. *El Sombrero*.)

Entran, como se habrá visto, algunos ejemplos donde el significado más concuerda con las primeras acepciones, las que reserva el *Dic.* para el género masc.; y es que hasta principios del siglo pasado, según lo recuerda Calcaño (*El Castell. en Venezuela*, págs. 154 a 158), todas las *fantasmas* fueron de género fem. Me parece que ahora nos vamos derechamente al masc. aunque hablistas y filólogos se empeñen en conservar la distinción que establece la Acad.

48. El *Dic.* trae como ambiguo a *margen*. Como bien lo reconoce Salvá, sólo resulta tal, cuando se usa en sing. refirién-

2008 Ministerio de Cultura

dose a los claros que quedan a los lados de una página; se podrá decir «*la margen* del libro», pero es de mejor uso el masc.: «llegando al capítulo de la aventura de la cueva de Montesinos, en *el margen* dél estaban descritos de mano del mismo Hamete, estas mismas razones» (*Quijote*, II, XXIV). Quien hable correctamente, se guardará hoy de decir LOS MÁRGENES del río o de la página», y tampoco dirá «EL MARGEN DERECHO o IZQUIERDO del arroyo», por más que antaño, así se habló: «en *el margen* de un abundoso arroyo» (*Quijote*, II, LVIII).

*
* *

49. Si un abogado dijera en plena audiencia *la rea* o *la testiga*, ¿en cuántos de los circunstantes no habría de sorprenderse una sonrisa burlona? Es que el uso de *reo* y *testigo* como voces comunes a los dos géneros, se ha impuesto con toda decisión, contrarrestando la tendencia más corriente en la formación del fem. de los nombres terminados en *o*, que es el cambio de esta vocal en *a*.

No basta que el *Léx.* anote *rea*, aunque con la advertencia de que es forma poco usada; ni que Hartzenbusch haya estampado donosamente: «Yo soy juez y tú eres *rea*», en *La ley de raza*; ni que Tirso de Molina haya podido escribir: «—Soy testigo.—Y yo *testiga*»; ni que Rivodó (*Entretenimientos Gram.*) adelante que bien pudiera darse a estas voces la doble terminación; quien no quiera exponerse a ser tildado de ignorante, tendrá que quedarse con *la reo* y *la testigo*.

50. *Hermafrodita* (o *hermafrodito*), que el *Dic.* da como masc. solamente, es obvio que ha de estimarse como *común de dos*.

51. La Acad. considera a *tigre* como masc. y nada más, pero mal podía, tan terrible fiera, quedar relegada en la condición de un simple epiceno como la mayoría de los animales; por acá se oye nombrar *la tigra*, y hasta hay una laguna en la Prov. de Buenos Aires, aunque de escasa importancia, que

2008 Ministerio de Cultura

La Tigra se llama. No han faltado escritores de nota que amparen este fem., como que Cuervo (*Apunt.*) cita en su apoyo dos autoridades; y lo anota, en su *Maraña del Dic.*, el doctor Pedro de Mugica, erudito conocedor del habla castellana. Mas, como bien lo reconoce el mismo Cuervo, y lo corroboran Rivodó (*Entr. Gram.*), Uribe y U. (*Dic. abrev. de Gal. etc.*), Gagini (*Dic. de Barb. y Prov. de Costa Rica*) y el gramático mejicano de la Peña (*Gram. Cast.*), *tigre* prevalece como *común de dos* (*el tigre, la tigre*), que tal se ve en estos ejemplos: «Ha rendido a *una tigre* y fiera brava» (*Quijote*, II, XLIV);

«Sólo te ruego que procures, Silvia,
De ablandar esta *fiera tigre* hircana.»
(Cervantes. *El trato de Argel*, Jorn. 2.ª);

«Echan a su cuerpo lazos
Que rendirán a *una tigre*.»
(Id. *La Gran Sultana*, Jorn. 2.ª);

«Y trasformado en *una tigre* brava.»
(P. de Oña. *Arauco domado*, Canto VI);

«*La tigre* de Bengala
Con su piel manchada a trechos.»
(Rubén Darío. *Estival.*)

Traen también la misma forma Lope de Vega, Ercilla, Hartzenbusch, Valera, Menéndez Pelayo y otros escritores insignes.

El fem. que es de todo punto inusitado es TIGRESA; se le ocurrió a Campoamor para llenar, sin duda, las exigencias del verso.

*
* *

52. Y ya que de animales se trata, advertiré que aquí nadie ha dado en usar el fem. *potra*, que consiente el *Dic.*, si no es en sentido traslaticio, aplicándolo a alguna muchachuela alocada. Lo corriente, por acá, es llamar *potranca* al fem. de potrillo; y, después del tercer año, designar indistintamente

2008 Ministerio de Cultura

como *potro* a todo equino que no haya sido sometido al yugo del trabajo, sea cual fuere el sexo y sea cual fuere la edad que alcance.

53. Tampoco se oye por estas tierras el fem. de *novillo*, que autoriza el *Dic.* y que mucho se repite por España: «¡Qué gallardearse a lo mejor el becerrillo negro con humos de toro, junto a la apuesta *novilla*» (Pereda. *El sabor de la Tierruca*). Y no lo echamos menos porque tenemos en su reemplazo a *vaquillona* (1), argentinismo proveniente del diminutivo *vaquilla*, al que nuestros hombres de campo habrán aditado el sufijo *ona*, propio del aumentativo, para neutralizar la idea de pequeñez que pudiera aminorar el precio del animal. Y menos se usa el diminutivo *novilleja*, muy común en la madre patria, y que en rigor poco se necesita desde que equivale a *ternera*.

54. En *Mi primera sensación benéfica*, por José Somoza, se lee: «Y para que *la pájara* (una golondrina) no se me escapara, cerré, aunque con trabajo, las altas puertas de la calle.» He aquí un fem. que, lo mismo que los diminutivos *pajarita* y *pajarilla*, poco usamos los americanos. *Zarzola*, que empleó Gabriel y Galán, no se usa aquí. En cambio, son tan comunes por acá las *loras* y *guacamayas*, como los *loros* y *guacamayos*, nombres éstos que, para estar de acuerdo con la Acad., tendríanse que considerar como epicenos.

55. «La escorpión hembra pare once hijos», dice Fr. Luis de Granada (*Introd.*, parte 5.ª, trat. 2.º, cap. 6): basándonos en este ejemplo, podríamos hablar del perdiz macho, por ejemplo; mas, no veo que pueda disculparse tal licencia; lo propio será decir *la perdiz macho* y *el escorpión hembra*.

56. «¡Uf! ¡Qué sofoquina! Voy a quitarme el boa» (E. Pardo Bazán. *La Ilustr. Art.* de Barcelona, núm. 1.469). «Ve cada día acercarse el boa que ha de sofocarlo» (D. F. Sarmiento. *Facundo*, 2.ª parte, cap. IX): mal me suenan estas

(1) En Colombia, *novillona* (Dic. de Uribe y U.). Granada (*Vocab. Riopl.*) cita a *vaquillona*.

2008 Ministerio de Cultura

boas tan masculinas, por más que me merezcan mucho respeto quienes dieron en escribirlas; para de la Peña (*Gram. Cast.*, pág. 457), decir EL BOA es caer en imperdonable incorrección; según Calcaño (*Cast. en Venez.*, pág. 563), *boa* es fem. y «*un boa* es un hombre a quien se atribuyen las principales condiciones de la serpiente *boa*».

57. Y para despacharme en lo que a animales se refiere, consignaré que no faltan por estos mundos individuos que al proferir denuestos contra una mujer, la traten de ANIMALA; revélanse con ello doblemente bárbaros, bárbaros por su acción y bárbaros por su decir, pues entra *animal* en las voces que se consideran de género epiceno. Y también yerran los que insultan a otro diciéndole que es UNA BESTIA O UNA GALLINA; aunque las voces *bestia* y *gallina* sólo canten como fem. en diccionarios y gramáticas, diráse, según preceptúa Calcaño, *eres un bestia*, *un gallina*... o no se dirá nada, que con la supresión de tales tratamientos mayor corrección alcanzaría el lenguaje.

***

58. Daré, para terminar, algunas trasgresiones tan comunes como vulgares.

59. UNA ALFILER, LA ALFILER, que oímos a cada paso, son locuciones que revelan mucha dureza de oído en quien las pronuncia, y desconocimiento absoluto del género que corresponde. Bien que usen cuanto quieran este común utensilio las *mujeres*, pero déjese que mantenga el género de los *hombres*; se dirá, por tanto: *un alfiler*, *el alfiler*.

60. Del alfiler pasaremos a *la labor*, que intenta encauzarse indebidamente en la corriente seguida por la mayoría de as voces terminadas en *or*. Sépase que yerran lamentablemente los que dicen EL LABOR. Cervantes escribió: «Los borceguíes eran de *la labor* del tahalí» (*Quijote*, II, XVI), y se sigue empleando el mismo género.

61. Es común por acá, como por otras partes, que haya

2008 Ministerio de Cultura

quien se alabe de «tener EL SARTÉN por el mango», sin saber, los que tal dicen, que lo que demuestran tener es mucha ignorancia. Cáese con alguna facilidad en esta trasgresión, debido a que la generalidad de los nombres agudos terminados por *én* pertenecen al género masc. Para guardar memoria del verdadero género, téngase presente el adagio de Sancho: «Dijo *la sartén* a la caldera: quítate allá, ojinegra» (*Quijote*, II, LXVII); o este pasaje de Moreto:

«¿Yo? Pues toda la manteca
Hecha pringue en la *sartén*
A tu blancura no llega»
(*El desdén con el desdén.*)

62. EL SEGUR, dicen muchos equivocadamente; esta voz se mantiene y se ha mantenido siempre como fem., y quizá provenga el error de que antes se dijo también *la segura*. He aquí un ejemplo del uso correcto:

«Depuso *la segur* de herir cansado.»
(A. Lista. *Marco Bruto.*)

63. Yerran también los que dicen EL SOBREPELLIZ; este nombre es fem., como conviene a la mayoría de los terminados en *iz*.

64. Suele oirse UN PORCIÓN de disparates; preferible es oír *una porción;* siquiera se tendrá un disparate menos, porque no veo de dónde podrá tomarse a *porción* como masc.

65. El que se pondere a una persona como muy SERVICIALA, podrá ser gran cosa para algunos; pero más grande es el disbate gramatical que resulta; no tiene perdón en quien se precia de saber hablar siquiera pasablemente la lengua de Cervantes. Otro tanto me toca advertir a cuantos se permiten forma el fem. RIDICULEZA.

JUAN B. SELVA,
Profesor en Dolores (República Argentina).

(Continuará.)

2008 Ministerio de Cultura

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—LITERATURA: Parábolas de Pedro Mille.—COSTUMBRES: Supersticiones.—HISTORIA: La madre de D. Juan de Austria.—MORAL: La moral de Lafontaine.—BIOGRAFÍA: El P. Jacinto y Jorge Sand.—IMPRESIONES Y NOTAS: Un discípulo de Peguy.—Los centros estratégicos del Islam.—La primera representación de *Tannhaüser* en París.—El nuevo mal de los aviadores.—Revisteros de salones.

LITERATURA

PARÁBOLAS DE PEDRO MILLE.—Pedro Mille es un humorista del género latino, es decir, del género no latoso anglosajón, que se empeñan en hacernos tragar los que son incapaces de imitar a Rabelais o a Cervantes. Entre sus obras figuran las *Parábolas y diversiones,* de las que *La Revue,* de París, publica, para muestra, tres parábolas, cuya traducción ofrecemos gustosos a nuestros lectores.

El primer crítico.—Para el espíritu humano, al mismo tiempo que peligrosa causa de orgullo, lo es de gran inquietud el no saber por qué la Creación se ha parado en el hombre. Porque, después de todo, no había razón para que Dios, después de trabajar seis días, descansara el séptimo. Hubiera podido seguir del mismo modo toda una década, y hasta mucho más tiempo todavía. En los días siguientes hubiera podido perfeccionar a nuestros primeros padres: darles alas, por ejemplo,

2008 Ministerio de Cultura

o permitirles vivir en el agua con ayuda de branquias; habría podido dotarles de un aparato moral tal, que jamás hubieran sucumbido a las astucias del demonio; o hacerles mucho más inteligentes, de tal manera que, habiendo distinguido aquellas astucias, hubieran sido todavía más culpables dejándose engañar por ellas. Habría podido también inventar un superhombre, dejando al hombre en estado de simple bosquejo o ensayo; como el ornitorinco o el pterodáctilo. Pero no lo hizo. Y siendo todo razón, debía tener una razón; pero hasta hoy se ignora ésta.

Sin embargo, el Poggio había descubierto en Constanza, a menos que no fuese en Inglaterra—en eso no estamos seguros,—un manuscrito que pretendía lanzar ciertas claridades sobre este problema. Pero como apenas se cuidaba más que de las obras de la antigüedad clásica, no paró en ello la atención. Extraviado por segunda vez, no ha vuelto a encontrarse este manuscrito sino en nuestros días, en casa de un notario italiano, que le había arrancado las hojas de pergamino para convertirlas en forros de mamotretos; y confieso que existen todavía dudas sobre la fecha exacta de su composición. Según ciertos epigrafistas, sería debida al mismo Poggio, que se complacía, como se sabe, en estas supercherías literarias.

Sea de ello lo que quiera, el autor admite como punto de partida que, cuando el Señor empezó a crear el mundo, Satanás se afligió profundamente. La mayor parte de los pecados capitales, de los que es padre, pero que le hacen, sin embargo, sufrir: la envidia, la cólera, y sobre todo la pereza, le royeron con furor. Porque no solamente no le gustaba que su vencedor manifestara su poder, sino que además preveía que, una vez creado el mundo, estaría obligado a difundir el mal por él, y eso le fatigaría bastante. Su gran cuidado, pues, fue detener a Dios, detenerle lo más pronto posible. Directamente no podía nada contra él; era preciso que la decisión de no crear más viniera del mismo Creador. Y ¿qué hizo Satanás? Inventó la crítica. El género en aquella época no fue dividido en especies. La

2008 Ministerio de Cultura

crítica de Satanás fue, pues, literaria, artística y dramática. O más bien, tomó sucesivamente estos tres aspectos. Sin embargo, se quedó asombrado del poco efecto que produjo al principio. Es que no sabía todavía bien su oficio.

Porque cuando el Señor hubo separado la luz de las tinieblas, Satanás hizo grabar por un diablo de sus cohortes, en letras escarlatas de fuego, sobre una tablilla sulfurosa, su primer juicio: «Está muy bien eso—decía en substancia;—notamos en esta obra cierta grandeza; la probidad, sin embargo, nos obliga a notar también en ella alguna monotonía y confusión.»

El Criador no se inquietó por estas observaciones. Había hecho, como quería hacer, y la franqueza del demonio no le fue del todo desagradable. Y extendió sobre el globo la clara superficie de las aguas marinas. Brillaban suavemente grises, azules, verdes, según su profundidad y según el color del cielo puro o nublado; y viendo que aquello era bueno, flotaba por encima inmenso y satisfecho.

Satanás escribió, y todos los espíritus del mal y del bien pudieron leer: «Nada más interesante. El autor de las aguas es el mismo de la luz. Reconocemos su manera, sus grandes efectos algo vagos, su descuido, probablemente querido, del pormenor, que no deja de causar cierta impresión de aburrimiento. Obra hermosa, aunque no está hecha para agradar a un público numeroso.»

Dios, sin embargo, no se cansó de crear. Hizo la diversidad magnífica de las hierbas y de las plantas; con el viento de la noche pasó por los follajes, y acariciaba aquellas flores nacidas sin semilla en el aire inefablemente joven, en que ningún animal había respirado todavía. Satanás escribió: «Otra tentativa más y bastante curiosa. Evidentemente el autor era mucho más dueño de su primer procedimiento, y aquí se distinguen errores y debilidades. Como quiera que sea, es una renovación, aunque se pueda temer que los que gustaban de la primera manera no gusten de ésta.»

2008 Ministerio de Cultura

Pero se quedó desconcertado, porque el Señor no mostró ninguna tristeza. Tenía alegría por su creación tal como era, y conocía por qué lo había hecho así. Y cuando Satanás vió que se disponía a continuar, su corazón fue henchido de amarga rabia. Pero ¿qué hay que imaginar para que se desaliente?, pensó antes de la cuarta mañana.

El Señor creó el sol, la luna, el manto suntuoso de las estrellas, que por la noche gira lentamente en el cielo. Ahora había belleza en todo su infinito, y Dios sonreía pensándolo: «Satanás va a decir una tontería.» Pero Satanás sonrió a su vez, porque se le había reconocido un proyecto malicioso, y escribió únicamente: «Hay progreso.»

Y Dios se conmovió. Tuvo casi ganas de perdonar a Satanás, de hacerle mejor sitio en su universo, y estuvo a punto de olvidar que es el espíritu que dice siempre no, aunque aparente decir sí. Sin embargo, dejando ese proyecto para más tarde, por una contracción de su Sér inmaterial y sin límites, creó los grandes peces y todos los animales vivos que pueblan el negro seno de las ondas. Creó también los pájaros, echó alas entre los árboles y los montes y lo más alto de los aires, y gritaba: «¡Multiplicaos, multiplicaos!» Y pensaba también: «¿Qué va a decir el otro?»

Satanás escribió solamente: «Hay progreso.» Entonces el Señor, por primera vez, tuvo un movimiento de estupor y de embarazo. ¡Un progreso! ¿Qué progreso? Era otra expresión de su necesidad de crear que manifestaba, y la palabra de Satanás no significaba nada. Sin embargo, se repuso y creó los animales que viven en la tierra. Todos los animales. Brincaban, balaban, mugían, rugían, zumbaban, o bien, silenciosos, iban en grandes bandadas pacíficas, con la cabeza baja sobre la hierba alimenticia. Satanás hizo una mueca, y dijo todavía: «Hay progreso.»

Y Dios hizo al hombre y a la mujer con sus almas vivas y los puso en el jardín de Edén, cerca del país de Havila, donde

2008 Ministerio de Cultura

se encuentran el oro, el ledelion y la ónice. Pero Satanás repitió otra vez: «Hay progreso.»

Y en aquel instante Dios exclamó: «Ya estoy harto. Cada obra que he trabajado entre la aurora y la noche, la obscuridad y la luz, la he hecho para que sea lo que es, y bella en sí misma. ¿Qué quiere decir ése con su progreso? Si yo continuase, se seguiría hablando siempre de progreso, sin mirar nunca la cosa en sí misma, sin gozar de ella. ¡Estoy harto, estoy harto!»

Y así es como consiguió Satanás detener la creación en el sexto día.

Cómo fue inútil el diluvio.—Noé había soltado por última vez la paloma que había marchado para no volver. Era en el año 601 de la vida del patriarca, en el primer mes, el primer día del mes. Y Noé levantó el techo que cubría el arca y miró, y he aquí que la faz de la tierra se había secado. Y en el segundo mes, el vigésimoquinto día del mes, la tierra podía soportar los pasos.

Entonces Noé salió del arca con su mujer, sus hijos y las mujeres de sus hijos y todos los animales, y respiraron el olor del viento que había corrido sobre la tierra húmeda. Ahora bien; la hierba había vuelto a crecer, y así el olor de aquel viento era bueno, hinchaba sus corazones en sus pechos. Las bestias, innumerables, daban brincos, lanzando gritos según su especie, y cuando el viejo Noé, con su cuchillo de piedra en la mano, pasaba en medio de ellas eligiendo una, escogiendo otra y desollándolas para los holocaustos, como le había sido mandado, las que había elegido se dejaban morir, de tal modo embriagadas con el aire libre, que ni siquiera notaban el golpe que recibían. La sangre corría sobre las piedras, y era un gran sacrificio, y Noé se decía: «Este holocausto es costoso, y sin embargo, me es grato, pues acabo de tener la promesa del Señor: nunca hará morir todo lo que vive como acaba de hacerlo. Mientras la tierra dure, los sembrados y las mieses, el frío y el calor, el invierno y el verano, el día y la noche no ce-

2008 Ministerio de Cultura

sarán. Tal es el pacto, y eso es legítimo, puesto que no quedan en el mundo más que sus hijos y yo, que somos justos; todos los malos han desaparecido.

Pero al pronunciar estas palabras en alta voz, observó a lo lejos sobre las aguas una embarcación que se adelantaba con singular rapidez. Su aspecto le asombró mucho: tenía un mástil, una vela, un par de remos y un timón; mientras que el arca no se movía sino al capricho de las corrientes, sin que nadie la dirigiera. No era a la manera del arca, una vasta casa flotante. Era, al contrario, muy pequeña; no contenía más que un hombre y una mujer, muy viejos en apariencia, tan viejos como Noé y que parecían muy pacíficos.

Abordaron. El hombre tiró cuidadosamente de su barco hacia la lodosa playa, tomando todas las precauciones para que pudiera servir de nuevo, mientras que el arca había quedado encallada de costado como cosa definitivamente abandonada: aquel hombre parecía un verdadero marino.

Noé, acercándose a él dijo, sin ninguna dulzura:—«¿Por qué no os habéis ahogado vos y esa mujer? Es contrario a los reglamentos. Está fuera de duda que deberíais estar ahogados.»

El hombre replicó asombrado a su vez:—Os iba a hacer la misma observación; yo creía estar solo en la tierra... Es muy fastidioso. ¿De dónde venís?

Noé indicó el Oriente con gesto vago, del lado de las llanuras de Mesopotamia.—De por ahí—dijo.—Yo me llamo Noé. ¿Y vos?

El hombre tendió el brazo, mostrando el horizonte del Oeste, y respondió:—Yo me llamo Deucalión.

La primera idea que se le ocurrió a Noé y a sus hijos fue matar a aquella pareja extraña; pero el hombre, a pesar de su edad, tenia el aire tan fuerte, tan arrogante y tan alegre, que no se atrevieron. Noé dijo a sus hijos, para ocultarse a sí mismo su debilidad y su indecisión:—Esas gentes son demasiado viejas para tener hijos. ¿Qué importa que vivan todavía algunos años?

2008 Ministerio de Cultura

Afectó, pues, apartarse con aire desdeñoso cantando un himno que sabía por sus antepasados. Aquel poema contaba el origen del mundo y la desgracia irremisible del hombre condenado no sólo a la muerte, sino al trabajo más horrible todavía que la muerte, porque había querido conocer el misterio de las cosas y todo el bien y todo el mal. Pero el extranjero, sin inquietud aparente, había sacado de su barca un rastrillo. Y empezando a laborar la tierra llena de gérmenes, cantó, por su parte, un himno impetuoso. Al principio dijo la alegría de vivir, el cielo claro, la belleza de las aguas, de las montañas, de las plantas, que por sí mismas son divinas. En seguida celebró la gloria de su padre Prometeo, que, castigado por Zeus, por haber robado con la llama un secreto bastante fuerte para emancipar a los hombres de su miseria, continuaba desafiando al hijo de Urano, proclamando que al fin le vencería.

Aquellos relatos ultrajantes daban horror a Noé y a sus hijos.—Morirán sin posteridad por lo menos—pensaba;—y está muy bien hecho.

Pero cuando hubo acabado de labrar el campo, el hombre lo sembraba pacientemente con guijarros; y cuando acababa de cubrir un surco, su mujer le imitaba en el surco próximo. —¡Están locos!—murmuraba la familia del patriarca.—¡Siembran piedras!

Pero he ahí que esas piedras comienzan a estremecerse las entrañas que las encerraban. El suelo se hinchaba por intermitencias ligeras: se vieron salir de él cabezas orgullosas y bellísimas, luego pechos viriles con músculos salientes, y otras maravillosamente redondas y blancas hasta arrebatar las miradas, y cuyos senos florecían en el aire. Y tal fue la cosecha de Deucalión. ¡Todo un pueblo nacido de la tierra!

Entonces Noé y sus hijos exclamaron con estupor:—¿Cómo es que también esos son favorecidos con milagros? ¡Eso no es justo, no, no es justo!

Y aquellos hombres no habían acabado de salir del seno de la tierra completamente armados, muy contentos, y ya con

2008 Ministerio de Cultura

buen apetito, se lanzaron sobre los rebaños de animales domésticos y de bestias salvajes. Los mataban con grandes gritos, y encendiendo amplias hogueras, hacían cocer sin aspavientos los jabalíes y las liebres inmundas, y se comían los bueyes sin haberlos sangrado en la garganta.

—¿No veis—exclamó Noé—que tomáis vuestro alimento en la impureza? ¿Cómo es que ignoráis la ley?—No sabemos lo que queréis decir—replicaron ellos.—No conocemos más leyes que las que hacemos nosotros mismos. Sin embargo, reverenciamos a Temis; pues por el consejo y por la voluntad de esta diosa nos ha hecho nacer Deucalión; así es que trataremos de vivir según sus deseos. En cuanto a esa ley de que habláis, es un sueño de haraganes salvajes.

Así es como el diluvio fue en vano; pues no sólo se encontraron para salvarse la familia de Noé, sino también la raza que Deucalión y Pirra hicieron salir de la eterna tierra por inspiración de Temis. Son dos especies de humanos, y desde aquel día al en que vivimos, no han conseguido todavía entenderse.

COSTUMBRES

Supersticiones.—*Amuleto* parece voz de origen semítico, según dice en la *Nuova Antologia* Jaime Boni, del árabe *hamâlet*. El oficio del amuleto lo determinan sus diferentes nombres: *karaca* (coraza) en sanscrito, *fylacterion* (preservativo), *apotropaios* (aleja-males), *alexifármacos* (contraveneno), *boecema* (remedio) y otros, en griego; *prævia* (anticipos), *phaleræ* (collares), *bracteas* o laminitas metálicas con cabecitas de medusa, flores de eléboro, etc., bulas, *fascinum* y otros agrupados últimamente, en latín, en las emblemáticas *panteas*. Como se ve, los amuletos revestían múltiples formas y eran llamados de diversos modos. Todos ellos tenían la propiedad de preservar del mal y de alejar al enemigo. En cuanto a las materias, los había de todas clases: piedras, metales, huesos, marfil, pelo, pieles, figuras pintadas, palabras escritas, etc.

2008 Ministerio de Cultura

Contra la envidia, el temor y el influjo de los malos espíritus, servían ciertas hierbas, como los *pentadáctilos* (¿potentila?, ¿trébol de cinco hojas?), usada en los Abruzos como óptimo remedio. Otra plantita silvestre, el aliso (*alyson*), contra el sollozo, atada con un hilo, alejaba, según Dioscórides, toda enfermedad de los ganados. A la ruda se atribuía soberana virtud contra la envidia, y Aristóteles da la razón, y Plinio recordaba que la ruda era el mejor remedio contra las picaduras de abejas; y todavía hoy se cultiva la ruda, adornada con nácar o coral, dentro de un cuerno lleno de tierra. El *antirrhinum,* vulgarmente «boca de león», pasaba como preservativo de todo maleficio. El *ciclamen,* según Dioscórides, era propio de las parturientas. La *verbena* se empleaba contra los encantos en las expiaciones sacras. Suspendido del cuello con lana de color rojo, tenía la *phœnix* poder para contener las hemorragias. La raíz del *leontopodio* era el amuleto amatorio. El *sedo* preservaba de los incendios.

Las hierbas de buen augurio acabaron por ser representadas en los vasos, originando decoraciones especiales, como las de la antigua *patera* llamada *felicata* (de *felicem*). La vegetación espontánea era presagio que se estimaba con arreglo a la germinación; así Augusto, que prestaba fe a ciertos presagios, hizo trasplantar y atender cuidadosamente una palma que había nacido frente a su casa entre las comisuras de las piedras, al patio de los Penates.

Para los superticiosos todo se convierte en amuleto. Aristóteles, Nicandro, Escario y Plinio afirman el poder de la saliva humana contra los reptiles maléficos. El acto de escupirse en el pecho se reputaba como jactanciosa alabanza de sí mismo, y el mismo acto se ejecutaba para impetrar de la Divinidad perdón de demasiado audaces esperanzas. El esputo vigorizaba todo encanto, lo mismo que meterse en el pecho tres piedrecitas envueltas en púrpura.

Las mujeres gustan de engalanarse con cuanto encuentran, y como los amuletos sirven de ornamentos, los llevan en los

2008 Ministerio de Cultura

dedos, en el brazo y en el cuello, y de aquí el uso de los anillos o sortijas, armillas o brazaletes y moniles y collares. Las armillas, especialmente, solían revestir formas de animales felices, como la serpiente, o la cabeza de algún cisne o de otro volátil de buen augurio. Además, las armillas, como los arcaicos *calbeos*, los tubitos, anillos, *cóndulos* y *bulas*, podían contener amuletos, especialmente las últimas, propias de los triunfadores; así, Sertorio concedió a los jóvenes españoles que se distinguían en Huesca por su instrucción, bulas áureas. Al mismo tipo simbólico corresponden los ornamentos lunados que se han hallado en varias tumbas de Rusia meridional, y a los que se refiere Stacio; la *lúmula eburnea*, que llegó a ser distintivo propio de los patricios romanos, es del mismo género.

La forma de las *bulas* se derivó, probablemente, de la costumbre de llevar al cuello conchas bivalvas como las que se han hallado en una de las tumbas del Foro. Las bulas, las armillas huecas y los tubitos encerraban substancias profilácticas, a veces, de las más repugnantes. La lana preservaba de graves enfermedades y de las mordeduras de perros. Demóstenes pidió la muerte al veneno que guardaba en un amuleto, y Cleópatra lo encerraba, según Plutarco (1) y según Sifilinoo (2). La extremidad intestinal se estimaba como amuleto amatorio, el intestino caudal tenía poder contra las cuartanas, y la lana lo tenía contra toda clase de fiebres. El concepto de mal augurio que conserva la voz *siniestra*, es procedente de los auspicios. En las siembras, especialmente, importaba no olvidar que la mano feliz era la diestra.

Entre las substancias más aptas para proteger la vida de los niños, figuraban las ramas de madreselva, el coral y las antenas de escarabajo. Entre los metales, el oro era el mejor preservativo. El amuleto indio, por excelencia, está compuesto de una perla, un rubí, un zafiro, un topacio, un diamante,

(1) ἐν βελόνῃ.
(2) ἐν κνηστίδι κοίλῃ.

2008 Ministerio de Cultura

una esmeralda y tres pedazos de lapizlázuli, collar y ámbar. El ámbar gozaba y aún goza de gran reputación; en las tumbas del Piceno y de la Etruria, el ámbar figura en multitud de ornamentos, siendo de color leonado-rojizo. Para los niños han sido muy usados los moniles de ámbar. Entre los *crepundios* infantiles, menciona Rudens un *ensículo*, una *securícula*, una *silicícula* y dos *manículas conexas*.

A la envidia se oponían amuletos especiales de forma obscena para desviar las miradas malignas o alejarlas con la risa; tales amuletos substituían a los cantos nupciales obscenos. Algunas conchas univalvas, y singularmente la *cyprea*, eran amuletos por la forma a que alude Plauto. Pero el amuleto por excelencia, a juzgar por los muchos encontrados en los pozos del Foro, caídos probablemente del cuello de las mujeres ocupadas en sacar agua, es el *fascinum*, siendo sus combinaciones simbólicas muy frecuentes también en el cuello de los niños y en los carros de los triunfadores.

Los preservativos contra la envidia se extendieron del uso privado al público; así el manípulo, la primitiva enseña del ejército romano, recuerda un manojo de heno en el extremo de un palo; el *dluifulla*, o manípulo druídico de la leyenda irlandesa, estaba encantado, y privaba de la inteligencia al enemigo a quien se le arrojaba al rostro; así también, el arcaico *bretas* o tronco ligneo, simulando a Artemisa, que los pelenos no se atrevían a mirar, pues su vista no sólo era terrible para los hombres, sino que era capaz de esterilizar los árboles y estropear las cosechas. Las enseñas podían ser *infesta signa* si se volvían al enemigo en sentido hostil; pero el mayor efecto lo producían las águilas como *legionum numina*; hasta el lábaro de Constantino con el monograma de Cristo, y el cuadro de tela representando al emperador y sus hijos, se tenía por preservativo, y pudo llamarlo Eusebio «amuleto victorioso». Triunfante el cristianismo, se consideró como preservativo el agua bendita, y se generalizó el uso de llevar al cuello con el «Agnus Dei» alguna página del Evangelio, como llevan los indios

2008 Ministerio de Cultura

un *mantra* o texto védico, costumbre combatida por los primeros Padres de la Iglesia.

Muchos testimonios prueban que el amuleto se estimaba como antídoto de la debilidad humana ingénita, y remedio contra los nocivos efectos de las enfermedades. Así, Teofrasto cuenta la confianza que Pericles tenía en el amuleto que llevaba al cuello; Alejandro Magno, presa de supersticiosos temores, sacaba presagios de cosas insólitas, hasta para asuntos insignificantes. En el siglo XVII se curó por sugestión una vieja a quien el médico había mandado llevar al cuello la fórmula siguiente: *Diabolus tibi rumpat collum.* El filosófo de Abdera investigaba los orígenes de la creencia, ya muy extendida en su tiempo, en el mal de ojo, y llegaba a admitir que las imágenes que salen de los ojos de ciertos individuos con todos los caracteres de maldad y de envidia, podían producir perturbaciones funestas en el cuerpo y en la mente de los fascinados. Aristóteles no juzga inverosímil ese influjo.

Ojo es voz neutra que participa del doble significado ofrecido, según Alcmeon, por todas las cosas; así, *periculum* significa *prueba* y *peligro; contagium*, *contagio* y *contacto*; *tempestas*, *tiempo* y *tempestad*, etc. *Fortuna*, en su primitivo concepto, tiene la rueda oscilante sobre el eje inmóvil. El movimiento negativo, o para abajo, provoca compasión, y él para arriba, envidia, excitando a Némesis que castigaba a los presuntuosos. Y así como *venenum* puede ser filtro amatorio, según su origen bueno o malo, así el ojo puede ser benévolo o adverso. *Invideo* no expresa sino el guardar de mal de ojo; y los ojos pintados en las naves y en las tazas debieron ejercer acción tutelar.

El rostro de los triunfadores durante las solemnidades estaba teñido de minio, como las estatuas de los dioses, en representación de la sangre enemiga, con cuya roja máscara se apartaba la envidia. Los confites de las bodas atenúan la envidia de los rivales, y la limosna cambia los sentimientos del pobre. El escupirse en el pecho era acto de humildad, el *Do-*

2008 Ministerio de Cultura

mine, non sum dignus contra la envidia humana. También son actos de humildad, el descubrirse la cabeza, el saludar y las frases deferentes.

El *voto* era promesa u ofrecimiento de un dón a las divinidades, en los casos desesperados. El voto supremo era la *devoción* u ofrecimiento de sí mismo; así, los Decios, antes de sacrificarse por el ejército romano, acumulaban maldiciones sobre las enseñas y las armas enemigas. Posteriormente, este sacrificio personal se hizo por procuración, sacrificando bueyes o cabras expiatorias, o por simulacro. Los campos de la India meridional están todavía hoy llenos de vasos blancos con manchas negras, que tienen por objeto desviar de las simientes miradas envidiosas o maléficos influjos. El ostracismo fue el arma de los envidiosos contra el envidiado.

De aquí la razón de evitar cuidadosamente las palabras de mal augurio, como la de *superesse* (estar preparado para la defensa) en el caso de abogado adulto patrocinando la causa de un menor, como recuerda Aulo Gelio. El otro sentido más corriente de *superesse* (sobrevivir) no era, a su vez, más que un contraeufemismo; pues los antiguos eufemismos servían para evitar las palabras de mal augurio. Así, Cicerón, al anunciar al pueblo que se ha ejecutado la estrangulación de los cómplices de Catilina, emplea el eufemismo: *Vixerunt*! (han vivido). Por eso también los griegos interpolaban en sus decretos la fórmula: «Agathé tyjé» (con buena fortuna), que figuraba en oro en el escudo de Demóstenes. Por lo mismo, los romanos anteponían a todos sus actos buenas palabras, y hasta el alistamiento de los soldados lo empezaban con nombres de buen augurio; así también se elegían soldados con nombre de buen augurio para purificar los templos. Las leyes de Manú exigían imponer nombres de buen augurio con arreglo al rito de *nama-karana*.

El silencio de la noche y de la muerte produce miedo, y para evitarlo se apela a la luz y al ruido. Así, los que tienen miedo de noche, mantienen encendida una lucecita, y los que atraviesan lugares solitarios, se dan valor silbando. Las anti-

2008 Ministerio de Cultura

guas lucernas tienen por eso formas comunes a los más fuertes amuletos, rematando su asa en una media-luna, o figurando lares o gladiadores, verdadera ostentación de fuerza viva. Aun hoy, desafiando el temporal, toca la campana de Santa María Mayor, y las mujeres miedosas agitan campanillas benditas. El mismo objeto tienen las colleras llenas de sonajas o campanillas que llevan los caballos para defenderlos del miedo. Las trompetas de hojalata ensordecedoras de la noche de la Befana, y las campanillas de barro cocido de la noche de San Juan, así como la difusión por el aire de los efluvios del ajo y de la lavanda, extremos opuestos de los olores, son todavía hoy envolturas vacías de antiguas supersticiones.

HISTORIA

La madre de D. Juan de Austria.—Largo tiempo ha permanecido la opinión pública en ignorancia casi absoluta sobre los orígenes de aquel célebre hijo natural de Carlos V, que dirigió en 1571 la batalla de Lepanto, y murió en la flor de la edad, dejando tras de sí una leyenda de ambición inquieta y de fogosa voluptuosidad. Entre los contemporáneos, «sólo Pablo Tiépolo, embajador de Venecia en la corte de Felipe II, atribuía a la madre de D. Juan bajo origen, lo que demuestra que había comenzado a transpirar el secreto de su nacimiento. La historia oficial de la corte de España tendía a presentar la madre del Gran Capitán como una noble dama, y en cuanto a Brantôme, vacila entre los diversos rumores entonces corrientes, y dice que D. Juan fue hijo de «una gran señora y condesa de Flandes, y no de una panadera o lavandera de Bruselas, como la mayor parte del mundo lo ha dicho». Aun así, no cree en la maternidad auténtica de la hermosa condesa, pues añade hablando del Emperador: «Haberla querido y acariciado mucho, hay que creerlo; pero, lo de ser madre de D. Juan, es grilla.»

El jesuíta Juan de Villafranca, en un estudio biográfico

2008 Ministerio de Cultura

del aya de D. Juan, doña Magdalena de Ulloa, nombra, a fines del siglo XVI, a cierta Bárbara de Blombes como madre putativa del príncipe; pero parece sospechar en esta maternidad de encargo una superchería de origen político; pues orígenes tan modestos están muy lejos de satisfacer sus prejuicios aristocráticos. Saint-Simón, a mediados del siglo XVIII, supone al príncipe nacido de madre desconocida. El silesiano Hoffmannswaldau de fines del siglo XVII; y, últimamente, el conocido novelista histórico Jorge Ebers, han tomado el idilio imperial como tema misterioso de sus amplificaciones literarias. Al fin, los historiadores, revisando papeles de Estado fácilmente accesibles hoy a la curiosidad de los investigadores, han encontrado la clave del enigma: D. Modesto Lafuente, por un lado; el belga Cachard y el conde alemán Hugo de Walderdorff, habían lanzado alguna luz sobre los orígenes maternales de D. Juan, puestos en plena luz por el libro de Herre, *Bárbara Blomberg*, cuyas conclusiones recoge en el *Mercure de France*, por Ernesto Seillière.

Entre los vástagos del emperador Carlos V, se distinguieron, por su positivo valer personal, dos hijos ilegítimos: Margarita de Austria, que se casó con el duque de Parma, Alejandro Farnesio, y fue hábil gobernadora de los Países Bajos, y D. Juan de Austria, el vencedor de Lepanto. Este último tenía veinticinco años menos que su hermana, pues el emperador Carlos V amó sinceramente a su esposa legítima Isabel de Portugal, y parece haberla sido fiel mientras duró su unión. Pero antes de su matrimonio, y casi adolescente todavía, en 1521, había encontrado en el castillo de Oudenarde, en casa del gobernador de la ciudad, una muchacha avispada, hija de un tapicero de los alrededores, Juana Van der Gheinst, haciéndola madre de Margarita de Austria. Un cuarto de siglo después, y ya viudo, distinguió en Ratisbona a aquella Bárbara Blomberg que daría a luz a D. Juan.

Estamos en la primavera de 1546: la Dieta del Imperio tenía que resolver aquel año gravísimos problemas, pues se tra-

2008 Ministerio de Cultura

taba de discutir la oportunidad de una guerra contra los protestantes de Alemania. Carlos V paraba en la hospedería de «La Cruz de Oro», herencia del patricio Bernardo Crafft, monumento que todavía subsiste como preciosa reliquia del arte tudesco de los mejores días del Renacimiento. En sus paseos por Ratisbona ha llamado la atención del emperador, en la calle o en la iglesia, una muchacha de diez y siete años, hija de un pasamanero llamado Plumberger (Blomberg a la flamenca), y hallada su Gretchen, el Fausto imperial la ha llevado a su lado. Ratisbona estaba acostumbrada a aventuras de este género, y la cosa no era para sorprender demasiado; Bárbara era amiga del placer fácil y de la vida alegre, y es posible que ni siquiera fuera escrupulosamente fiel a su coronado amante durante los cuatro meses de su permanencia en la ciudad. La única vez de su vida en que se halló en presencia de su hijo, entonces en todo el esplendor de su gloria y de su poder, disputó con él groseramente, y en el calor de la disputa le echó en cara la más odiosa injuria, diciéndole que si se creía hijo de Carlos V, su verdadero padre era un lacayo, un furriel de la casa imperial.

Fuera que el emperador sospechara de esas ligerezas de su amante, que se cansara de ella por la vulgaridad de sus gustos o por otra causa, o que la política le apartara de aquella pasajera unión, lo cierto es que Carlos V pareció olvidar completamente a la alegre Bárbara; pero cuando supo que ésta había dado a luz un hijo, el 2 de Febrero de 1547, es decir, el día aniversario de su propio nacimiento, hizo recoger y cuidar al niño por su omnipotente camarero Adrián Dubois, que con el no menos influyente ujier de la cámara imperial Ogier Bodart, eran los únicos que habían conocido y servido los amores del amo.

A los tres años, D. Juan fue confiado al violinista imperial Francisco Massi, quien lo conservó hasta los siete años. Muerto Massi, el emperador se decidió a dar al niño, que anunciaba sus buenas disposiciones, una educación más conforme a su

2008 Ministerio de Cultura

alto nacimiento, confiándolo a D.ª Magdalena de Ulloa, esposa de D. Luis Méndez de Quijada. Esta gran señora, que creía que D. Juan era hijo de su esposo y de una alemana, se consagró a su educación, hasta que, a los trece años, al extinguirse Carlos V en el monasterio de Yuste, reconoce en su testamento a su hijo, y manda se le trate como tal, y se le eduque en compañía de D. Carlos, heredero del trono. Felipe II, respetando la voluntad paterna, lo presenta a los grandes de España como su hermano, y D. Juan entra de lleno en el desempeño de su altísima misión.

¿Qué había sido entretanto de Bárbara Plumberger? Carlos V la había casado con un oficial de su séquito, un tal Kegel, que, siguiendo la moda de la época, había latinizado su nombre, convirtiéndolo en Piramus. Bárbara debía recibir de dote 5.000 florines, y disfrutar, además, de una renta anual de 400 talers (1.200 pesetas). La renta no era grande, y la dote no fue cobrada sino veinte años más tarde. En su testamento, Carlos V dispuso que se constituyera una renta vitalicia de 200 florines a Bárbara, módica largueza que demuestra lo que Carlos V se había desinteresado de su amiga de un día. Píramo, nombrado inspector de los regimientos alemanes de Flandes, se estableció en Bruselas bastante modestamente, dándole Bárbara dos hijos y dos hijas, siendo bastante dudosa la fidelidad de su mujer. En 1569, Píramo murió por accidente: por habérsele metido la espada en el cuerpo a consecuencia de un paso en falso en la calle, modo de morir que hace presumir algún drama doméstico. Por entonces, precisamente, D. Juan recibía, a los veintidós años, el mando en jefe del ejército español, enviado contra los moriscos insurrectos de Granada, donde se cubrirá de gloria. El duque de Alba, gobernador de los Países Bajos, se preocupa de las consecuencias posibles de la viudez de Bárbara, cargada de deudas y con mediana reputación. Advierte a D. Juan lo que ocurre, y el príncipe, acampado en Sierra Nevada, estudia el asunto con su jefe de estado mayor, D. Luis de Requesens, y resuelve tratar generosamente a

2008 Ministerio de Cultura

aquella madre poco decorativa, cuyas caricias le son desconocidas. Alba entabla entonces negociaciones con Bárbara, y sus cartas al rey Felipe muestran las dificultades que encontró.

Ante todo, se deseaba que los orígenes de D. Juan siguieran ignorados del gran público; para lo cual se invitó a Bárbara a que dejara Bruselas para establecerse en cualquier ciudad de menor importancia; ella acepta la combinación a precio de oro; pero se niega a vivir en Mons, porque habla mal el francés, prefiriendo trasladarse a Gante. Lo hace así, y, recobrando su nombre de soltera, se hace llamar Bárbara Plomberg. Exige, además, un tren de casa principesco, con diez y seis criados, dos doncellas de honor, un paje y un capellán; prodiga fiestas y banquetes; tira, literalmente, el dinero por las ventanas, y se conduce en todo como una mujer del pueblo bajo, a quien una buena fortuna hubiera inopinadamente provisto de recursos. «Gratificar a aquella criatura—escribía el duque de Alba amargamente,—era llevar subsidios al río.»

Entonces piensan trasladarla a España, donde sería más fácil tenerla sujeta; pero ella se niega rotundamente a habitar un país donde se encierra demasiado fácilmente a las mujeres en cualquier monasterio, y añade que antes la cortarían en pedazos que hacerla consentir en el viaje. Es más: a los pocos meses de su estancia en Gante, se vuelve a Bruselas, sin respeto al compromiso adquirido, y se pone en seguida a vivir del modo más desordenado. Por una parte, quiere que la traten como princesa, exigiendo que la servidumbre la dé este título, y por otra, conserva todas sus antiguas relaciones, sobre todo, las de peor fama; y aun las adquiere peores todavía, pues hace su amiga íntima de cierta Frayken, celestina conocida, sostenedora de casas de mala fama en el puerto de Amberes, matrona experta encargada de proporcionarla amantes. Y así se pasa los días en orgías estrepitosas con sus complacientes, o en escenas violentas con sus servidores, renovadas sin cesar, pues ninguno aguanta más de una semana sus algaradas.

Sus comensales los recluta entre los oficiales o funciona-

2008 Ministerio de Cultura

rios españoles, algunos de los cuales la son fielmente adictos, y entre los ingleses católicos fugitivos de su país. Entre ellos, pronto distingue a un aventurero de dudosa reputación, un tal Antonio Standen, que pretende haber salvado la vida de María Stuardo en aquella trágica jornada del 9 de Marzo de 1566, en la que la reina de Escocia vió asesinar en su presencia a su secretario Ricio. Establecido después en París como espía, tomando de blancos y de negros, contribuyó a preparar la Saint-Bartélemy, representando luego en España el mismo bajo papel. Diez años más joven que Bárbara, este edificante personaje vive con ella en tal intimidad, que se los supone casados en secreto. El duque de Alba, exasperado por aquel escándalo, piensa en llevarse a viva fuerza a la alegre viuda para internarla en cualquier convento castellano. Pero, por una parte, el miedo al ruído que aquel rapto haría, y por otra, el afecto filial que D. Juan, ya vencedor de Lepanto y esperanza de la cristiandad profesaba a su madre, ignorante de su mala conducta, le impedían llevar a cabo su propósito. Luis de Requesens, confidente de D. Juan, reemplaza al duque en el gobierno de los Países Bajos, y vacila también ante los mismos escrúpulos; entonces medita un plan para llevar la viuda a Nápoles, donde su hijo estaba de virrey, contando con que al llegar a Génova se la embarcaría, no para Nápoles, sino para España. El proyecto no era malo; pero Requesens no se atrevió a ejecutarlo, contentándose con poner a Antonio Standen en sitio seguro.

En 1576, el mismo D. Juan es nombrado gobernador de los Países Bajos; se halla en el zenit de su reputación europea. Pareciéndole poco el reino que ha pensado en formarse con la regencia de Túnez, negocia con la curia romana para destronar a la protestante Isabel Tudor, y reunir en su propia cabeza las coronas de Inglaterra y Escocia, casándose con María Stuardo, y reconquistando así la Gran Bretaña para la unidad católica. En tal estado de ánimo, los escándalos de su madre no podían menos de perjudicarle. La oposición protestante ex-

2008 Ministerio de Cultura

plota contra él la deplorable fama de Bárbara, y sangrientas sátiras y virulentos folletos pregonan su bastardo origen. Don Juan hace venir a su madre para convencerla de los motivos que tiene para alejarla del país; pero la indomable virago se niega una vez más a dejar por la árida meseta de Castilla el país de las alegres comilonas, inmortalizadas por Rubens. Para ella, la gloria y la fortuna de su hijo no pesaban nada; y exaltada por la disputa, lanza a D. Juan la tremenda invectiva de ser hijo de un lacayo. Don Juan la hace provisionalmente detener en un castillo de la vecindad. Viéndose allí menos libre de lo que estaría en España, transige, y en Marzo de 1577 la embarcan, con honores casi reales, en una flotilla de seis buques mandada por el almirante Doria, y en compañía del capitán Conde de Falkenberg, llegando con este pomposo equipaje al puertecito de Laredo, de donde pasa a Valladolid. Allí la espera el aya de D. Juan, D.ª Magdalena de Ulloa, que la instala poco después en el convento de dominicas de Santa María la Real, en San Cebrián de Mazote, lugar de que era señor el Marqués de la Mota, hermano de D.ª Magdalena.

Bárbara pasó cuatro años en aquel convento, y aunque ya frisaba en los cincuenta y estaba sujeta a la regla, hizo del mayordomo que la dieron, Juan de Mazatebe, antiguo servidor de su hijo, no sólo una víctima de su afán de lujo, sacándole sumas importantes, sino su amante, con gran escándalo de la comunidad. Hubo que alejarla, y como D. Juan había muerto prematuramente en 1478, la suerte de su madre preocupaba menos, y así se la permitió establecerse en Colindres, en la costa cantábrica, donde recibía de tiempo en tiempo la visita de sus antiguos amigos de Bruselas.

La edad, al fin, venció aquel temperamento desenfrenado. Acometida por las primeras enfermedades de la vejez, entró en relaciones amistosas con las familias hidalgas de la región, que veían en ella a «la serenísima madre del serenísimo señor D. Juan de Austria», frecuentando también a los eclesiásti-

2008 Ministerio de Cultura

cos de las cercanías. Al fin, se estableció en pleno campo, en una casita al Oeste de Colindres, donde murió rodeada de sus ocho criados. En su testamento dejó gran número de misas para la salvación de su alma, disponiendo que los pobres, vestidos de nuevo a su costa, acompañaran con cirios su cadáver, y mandando erigir sobre su tumba, a la derecha del altar mayor de la iglesia de los franciscanos de Laredo, un monumento, honor que juzga bien merecido, por haber sido «la madre de tan gran príncipe».

Felipe II, a quien Bárbara tuvo la suprema desvergüenza de nombrar su ejecutor testamentario, aunque sólo dejaba deudas, supo la muerte de Bárbara cuando él mismo estaba agonizando en su lecho de El Escorial. Confirmó lo dispuesto en el testamento en cuanto a la ceremonia fúnebre, pero nada ordenó en cuanto al monumento conmemorativo. Y así la señora Piramus fue enterrada sin que una inscripción siquiera señalara el lugar de su sepultura. En el inventario de sus muebles figura un retrato de D. Piramus, la imagen de D. Juan y la de María Estuardo, y una tela sin marco, representando «la batalla naval», como dice sin más precisión el documento notarial de donde Seillière saca la noticia.

MORAL

La moral de Lafontaine.—La filosofía de Lafontaine la resume en sus rasgos generales Emilio Faguet en la *Revue Hebdomadaire*, diciendo que en el fondo es un epicúreo que cree en la Providencia, en la intervención de la Divinidad en los negocios humanos y en la existencia del alma, eterna en el hombre y mortal en los animales. Sobre este fondo de filosofía reconstituye su moral.

Importa, ante todo, distinguir entre la moralidad de un hombre y la moral que predica. La moralidad de Lafontaine es nula; pero su moral vale algo. Doumic ha dicho: «¡Oh! Si encontráis un átomo de moral en las fábulas de Lafontaine,

2008 Ministerio de Cultura

ya podéis decir que tenéis imaginación.» Faguet opina casi lo mismo, pero afirma que hay momentos en que Lafontaine se acerca a la moral. Y como en esto de moral hay que saber lo que se dice, Faguet se contenta con definir la moral como «lo que desinteresa a un hombre de sí mismo».

Partiendo de este concepto, hay que distinguir en las fábulas de Lafontaine lo que es simple consignación de hechos, y lo que es consejo o precepto dado por el autor. Lafontaine, en la mayor parte de sus fábulas, se limita a consignar hechos; no afirma que es preciso que la razón del más fuerte sea siempre la mejor, sino que dice: «La razón del más fuerte es siempre la mejor; vamos a verlo ahora mismo.» La gran mayoría de las fábulas de Lafontaine tiene siempre ese tono; el tono de un hombre que consigna lo que ha observado. Veamos lo que consigna, y luego lo que aconseja.

Consignaciones: Las de Lafontaine son bastante tristes, habiendo visto el mundo como suelen verlo los pesimistas y los satíricos. El fuerte es el rey del mundo; prueba: *El lobo y el cordero*; *La ternera, la cabra, la oveja y el león*. Hechas las cuatro partes de la presa, el león se atribuye la primera, porque es el rey; la segunda, por su derecho, el derecho del más fuerte; la tercera, porque es el más valiente; en cuanto a la cuarta... «si alguna de vosotras toca a la cuarta, empezaré por estrangularla». Lo mismo se dice en «Los animales enfermos de la peste»: «según seais, potente o miserable, las sentencias del juez os harán blanco o negro». El más fuerte es el rey, y tras él el más astuto, el más hábil; ejemplo: *La zorra y el macho cabrío*; el macho se queda en el fondo del pozo, porque es un imbécil. Hay que ser listo y dejarse de generosidades. Lo mismo sucede en *El lobo y la zorra* y en *Las exequias de la leona*. El resumen de todos estos hechos se encuentra en *La araña y la golondrina*: Júpiter, para cada profesión, puso dos mesas en el mundo; el listo, el vigilante y el fuerte están sentados en la primera, y los pequeños comen las sobras en la segunda. He ahí la información social e histórica de Lafontaine. No es alentadora,

2008 Ministerio de Cultura

pero hay que convenir en que es el más poético, el más elocuente y el más seductor de los reporters.

Pasemos a Lafontaine consejero, y por lo tanto, a la moral de Lafontaine, que no deja de tener sus grados. En el grado más bajo encontramos la cobardía, el sanchopancismo: «El sabio dice, según las gentes: viva el rey, viva la liga.» Es un consejo semejante al de Voltaire: «Tratad de salir del paso lo mejor que podáis y sin reparar en los medios.» Ese es el primer grado de Lafontaine moralista.

Subiendo un poco, Lafontaine recomienda la resignación, como, por ejemplo, en *El pavo real quejándose a Juno*: el pavo está orgulloso con su plumaje, pero se queja de su voz a su patrona, y Juno le responde: «Como te quejes de no tener una linda voz, te quitaré tus plumas.» Lo mismo en *Las ranas pidiendo rey*, e igualmente en *El pastor y el mar*, *El asno y el perrito*, *La muerte y el moribundo*. El segundo de los consejos morales de Lafontaine es la resignación.

Tercer grado: el trabajo; hay que trabajar. Ejemplo: *El viejo y sus hijos*, *El carretero enfangado* y *La liebre y la tortuga*. El tesoro se halla en el campo; pero, a fuerza de revolverlo en todos sentidos. Júpiter ayuda al que trabaja; pero hay que moverse; se debe correr, pero no a tontas y a locas, sino sabiendo adonde se va y saliendo a punto.

Cuarto grado: silencio. La prudencia, la previsión es quizá lo que más recomienda Lafontaine. Casi todos los animales desgraciados lo son por su falta de previsión; así se ve en *El lobo, la cabra y el cabrito*; en *El cuervo queriendo imitar al águila*; *El pollo, el gato y el ratón*, y *El molinero, su hijo y el burro*. El cabrito se salva del lobo por su previsión; el cuervo se queda enredado en las lanas del cordero por su imprudencia; el ratoncillo perece por su imprevisión.

En el quinto grado Lafontaine recomienda la mediocridad. Horacio encontró la dicha en la *áurea mediocritas*, y Lafontaine considera la medianía como cosa excelente en *Los dos mulos*, en *El lobo y el perro*, en *El pastor y el rey*, y sobre

2008 Ministerio de Cultura

todo, en *Los deseos*. El mulo del molinero se ve libre de los bandidos que atacan al mulo que lleva el tesoro de la gaveta; el lobo prefiere su vida independiente a la servidumbre del perro; el pastor vive feliz, libre de las preocupaciones del gobierno; la medianía, después de la fortuna, hace felices a los noruegos.

En la cima ya de su moral, Lafontaine recomienda la solidaridad y la bondad. La solidaridad la recomienda en «El caballo y el burro.» El caballo, un corcel de guerra probablemente, no llevaba nada; el burro iba cargado y sobrecargado; suplica a su compañero que le ayude a soportar la carga, y el caballo se niega como verdadero gran señor, mal hombre; el asno sucumbe y su carga pasa a los lomos del caballo. La bondad se recomienda en *El lobo y las ovejas* y en *El aldeano y la serpiente*, aunque aquí es más bien la ingratitud la que se condena.

Y eso es todo; es decir, la moral del interés bien entendido. Y he ahí por qué ciertos espíritus, justos sin duda, pero quizá algo severos, han tratado de inmorales las fábulas de Lafontaine. Tal sucede con Jacobo Rousseau, Napoleón I y Lamartine. Rousseau decía que Lafontaine recomendaba verdaderos vicios morales; pues un niño que leyera sus fábulas querría ser el zorro y no el cuervo; Napoleón sostenía que el tono irónico de Lafontaine no está al alcance de los niños, y los expone a tomar la fábula al revés. Lamartine, verdadero superhombre, no comprendía la moral casera de Lafontaine. Quizá todos ellos tengan razón, y eso explica las discusiones entre los pedagogos sobre la conveniencia de hacer de las fábulas de Lafontaine un libro de lectura para las escuelas.

BIOGRAFIA

El P. Jacinto y Jorge Sand.—En el período en que el famoso P. Jacinto, el gran predicador de Nuestra Señora de París, sostenía consigo mismo la tremenda batalla en que iba a

2008 Ministerio de Cultura

naufragar su fe, atravesando una crisis interior que puede seguirse paso a paso en los documentos, memorias y cartas publicadas por Alberto Houtin en la *Grande Revue*, convirtió en 1867 a una actriz de la Comedia Francesa, la señora Arnould Plessy, que aunque bautizada en la iglesia romana, había sido criada fuera de todo culto. Le había sido presentada por la señora Roger Desgenettes. Después de su primera entrevista, la señora Plessy dijo a la señora Desgenettes que se lo refirió al sabio carmelita: «¡Qué bueno sería revelar el amor a este hombre!» La confesó el 8 de Octubre de 1867, y la preparó para su primera comunión, que hizo el día 2 de Enero de 1868, llegando a ser tan devota, que cuando el Padre se casó, en 1872, rompió con él como la señora Desgenettes había roto en cuanto salió del convento. La señora Arnould Plessy anunció poco a poco y discretamente su conversión a sus amigos, que se sorprendieron mucho, y especialmente Jorge Sand, que se puso furiosa. Tras algunas explicaciones, la novelista escribió a la actriz la carta siguiente:

«Nohant, 13 Setiembre de 1868.

»Gracias por vuestro billete, querida gran pava de muchacha. ¿No estáis mala? *Va bene.*

»Os veré representar cuando vuelva a París, dentro de una quincena. Acabo de escribir al Sr. Legouvé para darle gracias por su intención y por su carta, que es muy amable.

»No queréis que os argumente. Os exaltáis. No queréis que se rían de vuestros místicos amores con ese señor que no lleva medias, y que se hace llamar Padre porque le está prohibido serlo. Comprometeos, entonces, a no decir jamás una palabra contra las personas de vuestra antigua opinión, contra vuestros ex-hermanos, contra los librepensadores, contra los ateos mismos, que tienen el derecho de ser lo que quieren. Guardad profundo silencio cuando se hable de la libertad de que habéis renegado, del porvenir de los hombres y de sus progresos, que vuestra Iglesia os prohibe querer y esperar, de los héroes y de los mártires que han muerto por su patria; tened, en fin,

2008 Ministerio de Cultura

para las creencias que yo tengo el mismo respeto que exigís tenga yo para las vuestras, y así tendréis algún derecho a que os dejen tranquila. Para eso es preciso estar tranquila de corazón y de espíritu, y no apasionarse, como los católicos, contra lo que no es católico. Os he sobreexcitado en Nohant: os juro por mi honor que no sabía que estuviérais chiflada por el fraile, ni que creyérais en el diablo. Me hubiera encolerizado contra cualquiera que me hubiera dicho que habíais venido a dar en eso. Habéis proclamado vuestra locura con mucha rabia contra los que no la compartían; aborrecéis a los republicanos, deseáis el triunfo del Imperio, queréis que la sotana nos manche a todos, y que la Iglesia reine. La idolatría, el insulto a Dios, los buenos ignorantinos que violan a los muchachitos por centenares, todo eso os parece encantador; el infierno también, el Dios que se venga, que se complace en el mal, que prescribe el embrutecimiento, el envilecimiento. Os he dicho que teníais un reblandecimiento de cerebro; está dicho, y no me desdigo de ello. No queréis que una se enfade, no queréis que se llore, no queréis que se ría. Eso puede ser; pero, pretendéis que os quieran y que os estimen. Eso es imposible. No, mi pobre hija; no mentiré. Si eso no es un capricho pasajero, una chifladura histérica, fruto de una enfermedad de mujer; si habéis de seguir así, no os sorprenda veros decaída para mí, e infinitamente menos estimable. Mi amistad no será ya sino un recuerdo compasivo, como el que se conserva de un noble espíritu presa de demencia. Ved por mi franqueza cuán sincera y vivamente sentido era mi afecto. Pero ¿qué os importa? Encontraréis la dicha en ese estado de espíritu: os jactáis de buscar, de querer la dicha, como si se tuviera el derecho de conquistarla a toda costa y sin ningún cuidado del escándalo que se da, del mal que se hace, de la vergüenza que se acepta. Es el razonamiento del más perfecto egoísmo. No os envidio esa dicha más que el ajenjo de los borrachos y la sodomía de los frailes. Andad, cuando eso os pase volveréis a nosotros y me encontraréis de nuevo.—*J. Sand.*

2008 Ministerio de Cultura

»Resumo a escape todo cuanto os he dicho y redicho. Quiero redeciros todavía esto: apremiada por mi horror al dogma de la condenación y a la innoble invención de Satanás, más fuerte que Dios en el universo intelectual, habéis respondido que el Sr. Jacinto no admitía quizá todo eso, y que era todo amor y todo perdón. Si es así, que lo diga, no en el secreto de las expansiones místicas, sino como todo hombre honrado debe decir su pensamiento. Que os escriba una carta que me podáis enseñar, como podéis enseñarle la mía, y que en esa carta, firmada y fechada como yo fecho y firmo la mía, diga: «No, no hay espíritu del mal en el universo, Dios no lo permitiría. No hay más que ignorancia, y Dios manda al hombre combatir la ignorancia y las supersticiones del pasado.» Que diga y escriba eso, y yo diré que no es católico, pero que es hombre honrado. Pero si lo piensa y no lo declara, es un hipócrita, un cobarde y un intrigante escéptico. Yo desprecio a todo hombre que no puede decir lo que piensa y que no echa a las ortigas la librea que le condena al silencio y al miedo; miraré como empequeñecida, aminorada y manchada a la mujer que le da su alma para guiarla y modelarla. He dicho. No diré ya nada. Eso me da asco. Trataré de olvidar cuánto os he apreciado.»

La señora Arnould Plessy contestó a las crueldades de Jorge Sand con el siguiente billete del 15 de Setiembre: «No creo haber dicho una palabra de lo que creéis haber entendido. ¿Pasión? ¿Rabia? ¿Odio? ¡Oh! Ante Dios digo que habéis tenido un mal sueño. Yo estoy muy tranquila. Amo a Dios por encima de todas las cosas, y a mi prójimo como a mí misma. Os lo digo porque es así. Me parece imposible que lo dudéis. ¿Yo querer, lo que quiera que sea, contra quienquiera que sea? No, no. Eso no es así. No podéis creer que sea así. No me amáis ya, no me estimáis ya. Acepto esa desgracia en espiación de todas mis culpas pasadas, aunque inmerecida en el estado en que hoy siento mi corazón y mi alma.»

Además, contó el incidente al P. Jacinto, que escribió a

2008 Ministerio de Cultura

Jorge Sand: «Señora: Hasta la vuelta de un viaje que acabo de hacer a Inglaterra, no ha podido la señora Arnould Plessy cumplir la misión que para mí la dábais. Me ha comunicado, no sin alguna pena, la carta que la habéis escrito el 13 de Setiembre, y en la que se trata de mí.

»Los términos de esa carta son tan poco mesurados, que mi primer movimiento había sido no contestarla sino con el silencio. Pero reflexionando, he creído comprender que ese género de respuesta no era bastante conforme, ni a las consideraciones que reclama una persona de vuestro valer ni al espíritu que el Evangelio inspira a sus ministros.

»Vengo, pues, a deciros, señora, puesto que me lo preguntáis, que creo en la existencia del espíritu del mal y en su acción en el mundo moral, y si me permitís añadirlo, con franqueza, y sin ninguna intención mortificante, vuestra misma carta podría servirme de prueba de la verdad de mi fe. ¿Cómo una inteligencia tan distinguida y un corazón tan noble como los vuestros, llegarían a escribir cosas semejantes si estuvieran abandonados a su inspiración natural?

»Pero si creo en la acción del espíritu del mal en la humanidad, creo todavía más en la acción del espíritu del bien. Mi fe en la caída no hace más que aumentar mi fe en el progreso. El progreso es más grandioso cuando tiene su punto de partida en el abismo y su puesto de llegada en los cielos, que cuando va de la tierra a la tierra. No es ya heroico sino realizándose por la lucha y, a pesar del obstáculo; obstáculo interior y obstáculo exterior, lucha contra nosotros mismos y contra Satanás.

»Pero, señora, pensemos menos en Satanás y más en Jesús. A causa, sobre todo, de Él, que se ha convertido en nuestro hermano siguiendo siendo nuestro Dios, debemos estar orgullosos de nuestra raza, y en Él, sobre todo, hay que esperar para la mejora moral y religiosa de los hombres. Convengo en que todos, más o menos, hijos de la Iglesia cristiana o ministros suyos, pero hombres nosotros mismos y, por consiguien-

2008 Ministerio de Cultura

te pecadores, proyectamos nuestra sombra sobre esta augusta y santa figura; pero afirmo que esta sombra, lejos de ocultar la luz, se transfigura en ella en misericordia. Por eso no os doy el derecho de llamarme hipócrita, cobarde ni intrigante escéptico, y sigo siendo admirador de vuestro hermoso talento, aunque lo volváis contra nosotros, y humilde y adicto servidor de vuestra alma ante Dios, por una oración que no podéis prohibirme.—Passy, 3 Octubre 1868.»

Jorge Sand respondió: «6 Octubre 1868. París.—Muy señor mío: Claro es que mis dos epítetos no se dirigen a vos. No os conozco; se dirigen al hombre que no creyera en Satanás y en el infierno, y que no se atreviera a confesarlo. Se ha dicho ante mí que rechazábais el dogma horrible de los castigos eternos; pero que no podíais decir en voz alta todo lo que pensábais. A eso he respondido, he dicho, he escrito, que un hombre en esa situación de no poder decir su pensamiento sobre el punto esencial de la creencia humana, estaba clavado con remache a la vergüenza de la esclavitud intelectual y moral. Esa es la hipocresía, esa es la cobardía; pero nuestros amigos habían comprendido mal. Creéis en un Dios que no perdona. No sois hipócrita, sois vengativo; no sois cobarde, sois cruel; no sois intrigante ni escéptico, sois fanático.

»Bien sé que sois un hombre muy indulgente y muy dulce. ¿Qué os importa, por otra parte, mi opinión sobre vos? Aquí no se trata ni de vos ni de mí; nuestras personalidades nada tienen que ver en una cuestión en que no se abordan. Se trata de otra cosa: de si el Universo está gobernado por un Dios bueno o malo. Es mucha lástima que, por una creencia monstruosa, un hombre bueno se vea reducido y condenado a creer malo a Dios, y, por consiguiente, a condenar malamente a sus semejantes a los eternos suplicios. Os compadezco y doy gracias a Dios de haberse revelado a mí clemente y justo. Le ruego que os ilumine y os vuelva a Él. Pero gritaré a los que amo, que se alejen de vos, que sois tanto más peligroso cuanto más sincero, y que buscáis cómplices, con lo cual, creyendo

2008 Ministerio de Cultura

servir a Dios, le ultrajáis en el más sublime de sus atributos: la bondad infinita.—*Jorge Sand.*»

IMPRESIONES Y NOTAS

Un discípulo de Peguy.—Todo lo malo se pega, hasta los galimatías de Peguy. En un artículo de polémica del *Boletín de los Profesores católicos de la Universidad*, de Coutances, tropezamos con este parrafito: «El señor Laudet parece ignorar que millares de cristianos, que millares de santos, que cristianos, que santos innumerables han ganado el cielo por la práctica oscura, practicando oscuramente las virtudes mismas imitadas, las virtudes oscuras imitadas, las virtudes no públicas imitadas:

Primeramente y yendo hacia la fuente, remontando hacia la fuente, primeramente de todas las virtudes, virtudes enteras de los santos no públicos;

Segundamente, de las virtudes no públicas de la vida no pública del período no público y también de las virtudes no públicas de la vida pública del período público de la vida de los santos públicos;

Terceramente y especialmente y eminentemente en los santos públicos, entre los santos públicos, de las virtudes no públicas de la vida no pública, del período no público de la vida de Jesús; y también de las virtudes no públicas de la vida pública del período público de la vida de Jesús.»

No crean ustedes que esto es un párrafo escogido. Todo es así.

*
* *

Los centros estratégicos del Islam.—Son tres: la Meca, Constantinopla y el Cairo. La Meca, según el Dr. Levermez, es para los mahometanos el corazón del mundo islámico; Constantinopla, la mano; y el Cairo, la cabeza. Puede decirse que

2008 Ministerio de Cultura

no se pasa ningún día sin que todo musulmán practicante no piense en estas tres ciudades: el ejemplar del Korán que lee, está seguramente impreso en el Cairo; todos los días, al prosternarse para la oración, orienta su alfombra en dirección a la Meca, y cada viernes recita oraciones por la salud del sultán de Constantinopla.

La importancia de la Meca deriva del número enorme de peregrinos de todas las partes del mundo que la visitan todos los años, y que no suelen bajar de 200.000. En la Meca es donde Alah construyó un tabernáculo donde hoy se encuentra la Kaaba. La santa mezquita (*Megid-el-Haram*) en que está guardada la Kaaba, es el santuario principal del Islam, y contiene la piedra negra, la fuente de Zemzem, el gran pupitre, la escala y las mezquitas de Saab y de Abbas. Ningún cristiano puede penetrar en ella, sin grave riesgo de morir. Allí está prohibido dibujar en absoluto. La Meca, por otra parte, es centro importante del comercio de esclavos, y todos los funcionarios están corrompidos.

Constantinopla es no sólo la capital de Turquía, sino la residencia del *Iman-el-Marslimin*, el supremo pontífice del islamismo. Por eso también, las miradas de todos los mahometanos, de Marruecos a Filipinas, se vuelven a ella constantemente.

En cuanto al Cairo, el 90 por 100 de sus 70.000 habitantes está compuesto de mahometanos, no habiendo en el mundo ninguna ciudad con tan numerosa población musulmana, siendo insuficientes para el culto sus 206 mezquitas. El Cairo es además un centro editorial de gran importancia; en él se publican 80 diarios, entre ellos, dos para mujeres y tres revistas neutras.

***

La primera representación de Tannhaüser en París.— La princesa Paulina Metternich-Sandor publica en la *Neue Freie Presse* un artículo relatando su intervención en Fran-

2008 Ministerio de Cultura

cia en favor de Wagner, a quien había conocido por medio de Liszt. Entusiasmada por la belleza de *Tannhäuser* en Viena, se propuso darlo a conocer eu París. El 20 de Noviembre contaba en la villa imperial de Compiegnes, la aristócrata austriaca, cómo había conocido a Wagner, hablando con entusiasmo de su genio. Todos se burlaron de ella, asegurándola que la monstruosa música del porvenir jamás sería bien recibida en Francia; que aquel Wagner tan ridículamente ovacionado en Alemania, no sabía una palabra de armonía, y sólo sobresalía en meter ruido con el bombo y los platillos. Discutir con personas que hablaban así seriamente, era imposible, y la princesa abandonó la idea de hacer representar *Tannhäuser*. Pero un día se le presentó una ocasión verdaderamente excepcional.

«Se daba—dice—un baile en las Tullerías; el emperador se acercó a mí; hablamos de diferentes asuntos hasta que, por casualidad, la conversación recayó sobre la representación de la Opera. Yo no podía contenerme de decir francamente al emperador que era deplorable que el repertorio contuviese un número de obras tan limitado, y que no se supiera hallar nada, fuera de *Guillermo Tell*, de *Los Hugonotes*, de *La Favorita*. ¿Por qué, observé, no habían de representar aquí, como en todos los grandes teatros de Austria y de Alemania, todas las óperas nuevas que han tenido éxito? Y, a propósito, añadí, tendría una gran súplica que hacer a V. M.—¿Una súplica concerniente a una ópera?—preguntó Napoleón III, curioso y sonriente.—Sí, a una ópera que quisiera ver representada aquí a toda costa.—Y ¿de quién es esa ópera maravillosa?—De Ricardo Wagner, uno de los mayores compositores contemporáneos; su título es *Tannhäuser*.—El *Tannhäuser* de Ricardo Wagner...—murmuró el emperador hinchando las mejillas;—nunca he oído hablar de la ópera ni del compositor. ¿Y me aseguráis que se trata de una obra verdaderamente bella?—A mi afirmación, S. M. se volvió hacia el conde Bacciochi, intendente de los teatros imperiales, y le dijo:—Escuchad, Baccio-

2008 Ministerio de Cultura

chi; la princesa Metternich se interesa por una ópera titulada *Tannhäuser*, de un tal Ricardo Wagner. Deseo que esa ópera se represente.—Bacciochi se inclinó y dijo:—Como V. M. mande.—Yo estaba estupefacta de la facilidad con que había sido escuchado mi deseo.

Al año siguiente, preparado todo, empezaron los ensayos dirigidos por el mismo Wagner, en 1863. Era tan exigente y tan insoportable, que si la orden no hubiera emanado del emperador, difícilmente se hubiera ejecutado; pues todo el personal, músicos, cantores, coristas, maquinistas y creo quehasta los lampistas, estaban furiosos y se negaban frecuentemente a obedecer los caprichos del maestro. La princesa, cuenta minuciosamente todos los pormenores de la primera representación; pero sabido es lo estrepitoso de su fracaso.

*
* *

El nuevo mal de los aviadores.—Varios médicos han hecho una información entre los aviadores, y dan las conclusiones de sus estudios en la *Revue Médicale*.

Ascensión.—En la subida, la respiración se hace más corta a los 1.500 metros próximamente. El corazón late más aprisa, pero sin palpitaciones; no existen, propiamente hablando, náuseas o sensaciones de hinchazón de vientre, como en ciertas ascensiones de montaña, sino un ligero malestar, que Morane atribuye a «la angustia y la gran soledad que se siente». Hacia los 1.200 metros, el ruido del motor disminuye, y este fenómeno, muy claro en tiempo seco, aumenta en tiempo nuboso o brumoso. Los zumbidos de oídos, ligeros al principio, no aparecen sino a mayor altura; según Morane, hacia los 1.800 metros; sin embargo, Legagneux anunció chasquidos de oídos «a una altura inferior», y un pasajero que subía por primera vez en un biplano experimentó también el mismo fenómeno a unos 300 ó 400 metros. Ningún aviador ha notado vértigos.

«La vista, dice Morane, es siempre muy clara; lo que haría

2008 Ministerio de Cultura

creer lo contrario, es la rapidez con que los objetos y las cosas disminuyen y se alejan.» Además, en tiempo claro y de ligera bruma, el sol, reflejándose sobre la bruma como sobre un espejo, le deja a uno como ciego y perturba considerablemente, sobre todo en los remolinos, la dirección del monoplano, cuya gran dificultad está en no hacer ángulos demasiado acentuados, ni al subir ni al bajar. Otro aviador ha presentado verdaderas alucinaciones visuales en el circuito del Este: a cada instante veía erguirse a su izquierda dos flechas de catedral, cuando no las había. A partir de 1.500 metros, en los aviadores experimentados aparece una ligera cefalea en torno de las sienes; en los novatos, muy por bajo de esta altura. El frío se hace penoso desde los 2.000 metros. «En Burdeos, en Setiembre—dice Morane,—yo no tuve frío hasta los 1.500 metros; pero pasada esta altura, la temperatura bajó muy rápidamente, y a los 2.000 metros era de 15°. Cuando se pasa de 1.500 metros, se siente una gana violenta de orinar. Por encima de 1.000 metros, y sobre todo, pasados los 1.500, los movimientos voluntarios son más nerviosos y de sacudida, y los reflejos tienen más amplitud; el frío, el ligero ahogo que se produce en aquel momento, las contracciones más rápidas del corazón, la reverberación del sol y las perturbaciones del oído, a las que hay que añadir la tensión nerviosa y la fatiga, bastan para explicar estas modificaciones motrices.

Descenso.—En la bajada, el corazón late mucho más fuerte, sin acelerarse; pero las palpitaciones, que no tardan en sentirse, aumentan a medida que el descenso se precipita. Es difícil darse cuenta de lo que pasa en la respiración, a causa de la rapidez de la caída en vuelo planeado, que hace recorrer de 300 a 400 metros por minuto, y provoca una especie de angustia comparable a la sensación de vacío que se experimenta cuando se baja en un ascensor con mucha velocidad. Los zumbidos y silbidos de oídos tienden a aumentar al fin del descenso, y lo mismo ocurre con la gana de orinar, que se hace cada vez más imperiosa; pero los fenómenos más intensos que dominan y

2008 Ministerio de Cultura

van en aumento a medida que uno se acerca al suelo, son: 1.º La sensación de escozor en el rostro, de enrojecimiento y de fortísimo color de la cara; los ojos pican y están inyectados, y las narices están húmedas. 2.º La cefalea. 3.º Una grandísima tendencia al sueño, tan invencible, que los ojos se cierran por momentos, a pesar de la más firme voluntad de tenerlos abiertos. Recientemente se consignaba el hecho de un joven aviador que había salido en excursión, y que fue encontrado dormido en pleno campo, en su aeroplano; cuando le despertaron no se acordaba cómo había aterrizado. En esta bajada vertiginosa, el hombre más fuerte se siente angustiado, y hay momentos en que el miedo mismo le sorprende, teniendo siempre el pensamiento y la imagen de la muerte. Los movimientos voluntarios son lentos, perezosos, de una torpeza que contrasta con la vivacidad física e intelectual del sujeto.

Después del aterrizaje.—En el aterrizaje, el aviador, a pesar de toda su energía, salta de su aeroplano con evidente pesadez, marchando, sin embargo, con paso firme, aunque lento, a su hangar; pero en aquel momento, los zumbidos y los silbidos de oídos adquieren una intensidad enorme; el héroe se queda como sordo, y oye vagamente a los que le hablan o las aclamaciones de que es objeto. A veces es presa del vértigo, y la cabeza le da vueltas. La cefalea persiste, no sólo al aterrizar, sino muchas horas después, y lo mismo ocurre con la somnolencia. Un comisario del *meeting* de Burdeos, afecto a un joven aviador que ascendía por primera vez, confió a los médicos de la información, que su sujeto continuaba dormitando seis horas después de sus vuelos; no respondía a las personas que le dirigían la palabra, parecía atontado, no comía en la mesa y no pensaba más que en dormir: hechos todos confirmados por Vedrines. Los movimientos respiratorios tienden a recobrar su ritmo normal en cuanto se ha aterrizado. No sucede lo mismo con el aparato circulatorio: se observa cianosis en las extremidades; los dedos se ponen violáceos. Wyenmalen, que llegó a 2.780 metros, dijo que sentía la sangre brotar de sus

2008 Ministerio de Cultura

dedos a sus guantes forrados, y que sus labios estaban húmedos de sangre. Morane no ha notado nunca semejante fenómeno, que, por otra parte, puede estar en relación con la baja temperatura de las altas regiones atmosféricas, acentuada por la velocidad del aeroplano; este enfriamiento es muy penoso, y todos los aviadores se quejan de él. Casi siempre puede notarse la hiperhemia de las conjuntivas, aunque los ojos estén bien protegidos por anteojos ad hoc.

*
* *

Revisteros de salones.—Es cosa de antiguo sabida, que el tipo más cursi entre los escritores, y especialmente entre los periodistas, es el revistero de salón. Obligado por razón del oficio a prodigar el adjetivo y a llevar amplia provisión de mieles y confituras para endulzar sus crónicas, resulta el ente más meloso y acaramelado que puede encontrarse, agradable tan sólo para los lisonjeados, y sobre todo para las lisonjeadas con sus adulaciones, y aun eso mientras leen la línea, el párrafo o el epíteto que las está dedicado, pues todo lo demás les resulta enfadoso y como fuera de sazón, falso y desatinado.

Hay, sin embargo, que compadecer a esos infelices, que tienen que estrujarse el ingenio para encontrar un *gentil* con que adjetivar al esperpento aristocrático de la marquesita de la Gamella, o un *majestuoso* que aplicar al tipo obeso de la condesa de Estiricon. Todo eso está descontado y se perdona. Lo que es inaguantable es que tales cronistas se empeñen en salpicar sus engendros con términos extranjeros que no entienden, y que maldita la falta que hacen cuando en castellano pueden decirse las cosas del mismo modo. ¿Y qué decir cuando, sobre cometer esa falta de españolismo, destrozan hasta el mismo término extranjero? En el pulcro *A B C*, el periódico mejor hecho de Madrid, se descuelga uno de estos revisteros de sociedad con el siguiente parrafito, hablando de una fiesta dada por los marqueses de Valdeterrazo: «Recibía la marquesa a sus

2008 Ministerio de Cultura

invitados con la *charme* y la amabilidad características en ella... ¡La *charme!* Pero ¿quién te obliga, majadero, a meter ese vocablo en tu crónica? ¿sabes que significa «encanto»? Y si lo sabes, ¿por qué no decir «con el encanto y la amabilidad»? ¿No es eso mil veces más fino y elegante? Pero ya que la cursilería de esas crónicas exige esas vejaciones al idioma patrio, ¿con qué derecho se veja además el idioma extranjero, al que se pide prestada esa palabra, cambiándola de género? ¿Qué es la *charme?* ¿Quién dice la *charme?* Sobre lo cursi, lo torpe y lo ineducado. ¿Cuándo llegará el día de que todos estos malos españoles sigan el ejemplo que les da el Rey, haciendo redactar en castellano las listas de sus comidas, y el que nos dan las Compañías extranjeras que explotan nuestros ferrocarriles, y que saben decir y dicen *sur-exprés,* y no *sud-exprés,* como se empeñan en decir, con insufrible barbarismo, los redactores todos de nuestros rotativos?

FERNANDO ARAUJO

2008 Ministerio de Cultura

LA AMÉRICA MODERNA

Los criterios de interpretación histórica. Las instituciones y su tiempo. El caudillismo americano según Roberto Levillier. El gaucho y los caudillos argentinos desde 1810. La dictadura de Rosas. Rehabilitación histórica. La labor del «tirano». Efectos políticos útiles.

La verdad histórica de la colonización española va abriéndose paso. Ya no son los Amunátegui, los Herrera, los Zeballos, los Marvaud, quienes rectifican las ideas generales vertidas a este propósito; escritores que, como Roberto Levillier, habían mostrado algunas reservas, van entrando por el camino de la Historia sana, y adoptan un criterio de interpretación histórica que explica científicamente el desenvolvimiento de los hechos en la América española.

Roberto Levillier, en sus estudios sobre la Argentina, había juzgado la política económica y el gobierno colonial de España en América con cierta acritud, merced a que el módulo comparativo que empleaba era genuinamente liberal y moderno. Hoy, me consta que el distinguido publicista argentino se acerca más a la realidad al juzgar las instituciones coloniales lo mismo que la historia de las colonias emancipadas, sin desligarlas a aquéllas de su tiempo. En reciente conferencia, dada en el Ateneo de Madrid, y en conversaciones mantenidas conmigo, el escritor argentino manifestó tal criterio.

Lo más saliente de su conferencia en el Ateneo de Madrid

2008 Ministerio de Cultura

fue su crítica del caudillismo argentino. No puede darse juicio más acabado ni más real. Los americanos, que siempre veían una página negra para su Historia en el caudillismo, deben agradecer el trabajo de Levillier, que espurga su Historia de lo que hasta el día era un mácula, y en realidad queda reducida a una fase obligada de la revolución argentina.

He aquí los conceptos y descripciones capitales.

Levillier hace una atinada descripción del material humano que en la Argentina había de constituir el cuerpo de su formación histórica. Los elementos directores y los dirigidos no podían concordar de momento con el espíritu del Derecho nuevo; éste venía a ser una superestructura harto artificial, edificada sin fusión alguna de las bases con el suelo. Conviene recordar a este propósito la definición que daba Schuppe de lo que era el Estado: «Una especial manera de ser o estado de espíritu de los individuos.» En el espíritu de las colectividades hay que buscar el engarce de las instituciones; cuando tal espíritu no responde al Derecho que un pueblo se da o le dan, el fracaso es seguro; no es posible dar viabilidad alguna a lo que la imaginación creadora ha producido; la institución será entonces, como dicen los alemanes, cosas *auf dem Kopf gestellt*, es decir, puestas sobre la cabeza, postizas e irreales. El espíritu y la letra no son cosas que se suponen necesariamente; un Derecho que se implanta no trae en la letra de sus leyes la virtualidad de crear en la sociedad el espíritu colectivo que, sólo mediante lentos procesos de pedagogía social, en muy variadas formas concebido, se forma en los senos espirituales de la masa social. Inglaterra es la cuna del constitucionalismo moderno, y en vano se buscará en ella una constitución sistemática y transparente a la manera francesa, por ejemplo:

He aquí un pasaje histórico que confirma la consideración filosófico-histórica que se acaba de hacer:

«En las primeras horas de la organización —dice Levillier—en los años de 1810 a 1835, los patriotas directores, estimando que la obra principal debía ser el inspirar al pueblo

2008 Ministerio de Cultura

la actitud de los países civilizados, eligieron las instituciones europeas más sutiles, y las aplicaron confiando en que el tiempo las haría fructificar. Pero el afán de alcanzar ideales muy altos hizo que se alejaran de la realidad. Supeditaron el presente a la consagración futura de bellas doctrinas; quisieron edificar al punto sobre las bases de la sociedad imaginaria que ellos entreveían. Cometieron así el error de volver la espalda al pasado y al presente y despreciar lo real, lo que era carne y hueso: los sentimientos, las costumbres, las tradiciones. No ajustaron las leyes a la vida, pretendieron que la vida se ajustase a las leyes. El inevitable antagonismo de los instintos y de las nuevas ideas originaron luchas espantosas. Las instituciones se sucedían precipitadamente sin espíritu de continuidad y sin método. Teóricamente eran hermosas; pero como implicaban un estado social avanzado que no existía, fueron perjudiciales. Concedieron a un pueblo semicivilizado, derechos y libertades incompatibles con la intensidad de los instintos y el estado de cultura. ¿Cuál había de ser, pues, el resultado, sino el de abrir las puertas a la licencia y el de aniquilar al Gobierno antes de que estuviese consolidado?

Así fue, en efecto. En esa época de caos se desenfrenan los funestos caudillos. Bueno es ver quiénes eran y qué eran. Unos habían adquirido su ascendiente merced a triunfos personales logrados contra adversarios de nota en las contiendas políticas; otros debían su popularidad al apellido secular, y lo acrecentaron con el prestigio de la fortuna; otros conquistaron su influencia en el desempeño de cargos oficiales. Rudos, envidiosos y de mal carácter, combatíanse para dominar. No les contenía escrúpulo alguno, y su ferocidad se exacerbaba al defender las posiciones adquiridas. Cometieron todas las injusticias y perpetraron las mayores iniquidades, desde las exacciones arbitrarias y la supresión de las garantías individuales y sociales hasta la mutilación de los prisioneros y el degüello de los heridos. Los caudillos más sanguinarios, Quiroga, por ejemplo, acumulaban todos los elementos de un partido y los

2008 Ministerio de Cultura

atraían cuanto más dominantes fuesen. Su ambición no era nunca tan limitada como para no aspirar al mando de las provincias vecinas. Y tan profundamente marcaban sus huellas, que llegaban a veces a fundar verdaderas dinastías. Estos tiranuelos gozaban por vez primera del poder absoluto y lo saboreaban con deleite. Toda reforma iniciada por las efímeras autoridades nacionales parecíales atentar a sus derechos. No sentían el menor respeto hacia los patriotas ni admitían los principios aplicados por éstos en nombre del bien colectivo. Estos términos abstractos, «bien colectivo», les causaban inquietud, les volvían ceñudos. No querían colectividad ni gobierno nacional. Las palabras «gobierno» y «Poder ejecutivo» eran interpretadas por ellos como el derecho ilimitado de mando, la concentración de las fuerzas del país, el disfrute de todos los beneficios del poder. Con su malicia, y esa desconfianza instintiva que les caracterizaba—desconfianza provocada,—por su costumbre de juzgar a los demás como a ellos mismos, veían en esa modificación de las costumbres generales un embuste, una red, una manera legal de disminuir su prestigio y de destruir sus limitados y queridos privilegios. En su mentalidad estrecha no cabía sino que el Gobierno nacional era una entidad ilusa, formada en realidad por caudillos *como ellos,* provistos de las *mismas* ambiciones y de los *mismos* apetitos de mando que les movían a *ellos*. Por temor a ser engañados y a perder en el cambio, se resistieron a la asociación y a la obediencia. El presente les pertenecía; se negaban hasta la muerte a abandonarlo.

El estado político social de la Argentina no era, pues, garantía alguna para la adaptación de instituciones que los pueblos de Europa, no todos, habían adoptado como norma de su vida. Las épocas de formación política pasan en sus desenvolvimientos por fases bárbaras a las que no podía escapar la Argentina. La adaptación a los estados de derecho liberales constituye una labor secular que no puede ser sustituída por la sola virtualidad de las leyes.

2008 Ministerio de Cultura

Las elementos directores argentinos ofrecían el ejemplo que Levillier describe; veamos lo que eran los dirigidos:

«En todas esas guerras civiles fue el gaucho soldado y víctima a la vez. Los caudillos, como los patriotas, hallaron siempre entre aquellos hombres valerosos y batalladores, los elementos necesarios al sostén de una y otra causa. Es que el gaucho amaba infantilmente lo nuevo y lo imprevisto. La monotonía de la vida le pesaba atrozmente. Obligado con frecuencia a conducir el ganado a grandes distancias, recorría las pampas, al trote de un caballo, sin encontrar más que vacas, potros, perros cimarrones, bandadas de avestruces y perdices. Y los días se sucedían unos a otros interminablemente, pesando sobre él con la fuerza de la inmensidad tenaz y abrumadora. Sufrió la influencia del medio poderoso. Veneró las fuerzas naturales y el misterio del más allá. Atribuyó a los fenómenos que le rodeaban un sentido fatal. Su fantasía creó un mundo más espacioso, atribuyendo a las cosas, a las plantas y a los animales una influencia favorable o fatídica, impuesta por poderes ocultos. A las significaciones misteriosas y amadas agregó leyendas españolas y mitos indígenas. Creyó en bosques y lagunas encantadas, en ríos hostiles, en luces fatales, en grutas peligrosas, en brujas, en almas en pena, en fantasmas, en el demonio y en talismanes, y creyó sin reticencias, devotamente. Respetó los profetas rústicos, tatadios o mano santa, y los atribuyó el poder de obrar milagros, de conjurar la mala suerte, de invocar eficazmente a la Virgen, de ahuyentar a los espíritus malignos y de enunciar, producir o evitar los acontecimientos.

Fueron esos sus únicos temores. Ante la Naturaleza se arrodilló, ante los hombres se irguió; luchó, y con frecuencia prefirió quedar aniquilado antes de doblegarse. Así, pues, convivió su altivez de una manera paradójica con su humildad.

De estar arraigado al terruño, le hubiese sido doloroso correr aventuras; pero no poseía más riqueza que un caballo. In-

2008 Ministerio de Cultura

diferente a la muerte, fatalista y valiente hasta la temeridad más increible, ¿existía para él un oficio más adecuado que la guerra? Andaba por las praderas en busca de peligros. Pues en su nueva situación podría ya experimentar ampliamente las emociones amadas, batirse, en fin, y destruir, invocando una causa. Sus instintos le indujeron a sostener a los caudillos que sentía muy cerca de su propio sentir por su vida y sus gustos, y no sólo no esperaba a que se le invitase, sino que él mismo ofrecía incondicionalmente los servicios de su habilidad, de su caballo y de su daga, de su vida, en suma, sin otra compensación que la de pelear.»

El cuerpo de la incipiente nacionalidad era eso: el gaucho, el pueblo de los campos argentinos.

Cuando se leen las descripciones que hace Dicey sobre las costumbres políticas de Inglaterra, se comprende que la opinión consciente y culta puede imprimir orientaciones a la política nacional, ser el principal motor de la marcha del pueblo inglés; pero aquellos pueblos cuya formación política es embrionaria, como el argentino en la época que describe Levillier, tienen en la masa más numerosa del país una resistencia más que un estímulo, una fuerza negativa y centrífuga, más que una fuerza de cristalización nacional.

La opinión de la capitalidad suele ser la de mayor importancia, por estar en gran parte sustraída a la influencia del ruralismo, el elemento bárbaro que en todas partes, cuando no es tradicionalista, viene a ser retardatario. Pero en la Argentina, era la opinión en la capitalidad el eco de la lucha sangrienta de las facciones políticas. Véase el ejemplo:

«Todas estas luchas hervían en las provincias. Agreguemos las enconadas peleas de Buenos Aires, y fácil será medir el mal que causaba esta anarquía al progreso del país. Los caudillos de la capital eran más instruídos, aparentemente más europeizados y se combatían recurriendo a un género de armas refinado, como la Prensa, el folleto y la tribuna; pero el perjuicio que ocasionaban no era menor que aquel provocado por el des-

2008 Ministerio de Cultura

enfreno brutal de los caudillos del interior. Sus querellas crónicas repercutieron en todo el territorio, despojándoles de prestigios y anulando su influencia en la época precisamente en que más falta les hacía. No pudieron sustraerse al influjo de la herencia y del ambiente; eleváronse sobre el nivel mental de sus conciudadanos pensando de acuerdo con ideas nuevas, pero obraban inspirados en sentimientos atávicos. Ellos también eran gauchos—gauchos de levita,—como solía decir el gran Sarmiento. Cada cual alegaba algún titulo de gloria, sea de las invasiones inglesas o de las luchas por la independencia, o de sus amigos, o de sus partidarios, prevaliéndose de ello para invocar su derecho en manejar la cosa pública. Las ambiciones y toda clase de vanidades se entrechocaban con violencia. Cábalas hacían bajar y subir alternativamente a los ciudadanos más influyentes. No se trataba de principios, sino de rivalidades de hombre a hombre y de partido a partido, y esos hombres formaban grupos y fracciones que se exaltaban hasta el punto de sacrificar a intereses personales la paz y la seguridad social. El país fue devastado por las discordias como un maizal por el granizo.»

Sobre estas fuerzas de disociación no era dable realizar edificación alguna. Los teoristas metidos a legisladores tenían que fracasar. Cuando el ilustre publicista uruguayo Alberto de Ferrera habla del influjo de la Revolución francesa en la América latina, pone bien de manifiesto que los flamantes dogmas revolucionarios europeos no podían encarnar en las sociedades americanas; el idealismo era impotente para llevar a cabo una obra que reclamaba un perfecto realismo político. Una mentalidad tan potente como la de Rivadavia, fracasó porque su concepción de gobierno político estaba muy distante de las exigencias reales de la sociedad argentina.

Rivadavia estudió la ciencia política en Europa; concibió para la Argentina una Constitución unitaria para suplir la incapacidad regional; los caudillos le combatieron ferozmente, pues les importaba mucho mantener su poder anárquico; des-

2008 Ministerio de Cultura

engañado Rivadavia, dimitió la Presidencia de la República y se desterró al Brasil.

El ideal de Rivadavia era elevado, de educación para la nacionalidad argentina, pero murió desgarrado por la rebeldía constante del caudillismo. ¿Qué faltaba para poder gobernar la Argentina? ¿Leyes? No; las había buenas. ¿Legisladores? Tampoco; Rivadavia era un ejemplo.

Sólo una cosa faltaba: un fuerte poder de Estado. Como éste no podía nacer liberalmente de la acción voluntariamente concertada de las energías nacionales; como no podía hablarse de una voluntad general, el poder de Estado tuvo que salir de los mismos focos que históricamente se habían formado como núcleos de fuerza: del caudillismo, se fue, lógica e irremisiblemente, a la tiranía.

Y surgió Rosas.

«En 1835 quedó encargado del Gobierno de Buenos Aires D. Juan Manuel de Rosas, estanciero, jefe de milicias y miembro de una familia muy antigua del país. Además, le confiaron las provincias su representación exterior, pero esto no le bastó. El sabía cuán efímero fue el poder en manos de sus antecesores; lo expresaban elocuentemente los cuarenta y ocho mandatarios que bajo treinta y cinco cambios de gobierno le habían precedido en el transcurso de los últimos veinticinco años. Exigió, pues, la suma de poder público, o sea la dictadura, y ésta le fue conferida.

Halagado su orgullo por esa distinción y por la estima en que le tenían, confundió las ambiciones del país con las suyas propias. Consagró sus fuerzas a conservar el poder y pasó insensiblemente de la dictadura a la tiranía.

Numerosos autores han publicado sobre su persona importantes trabajos; su administración ha sido tema de las más apasionadas polémicas. Y, sin embargo, la opinión pública, así en la Argentina como en el extranjero, sólo ha desprendido de esa literatura la imagen insuficiente de un déspota neroniano. Se ha interesado en sus crímenes, ha considerado sus

2008 Ministerio de Cultura

actos inmediatos, pero no ha discernido el resultado esencial: la repercusión involuntaria, imprevista y lejana de su obra.

Rosas obró a la inversa de los patriotas; aportó las ideas de progreso y de porvenir y concentró sus facultades en la sumisión inmediata de la raza. Sus designios, siendo distintos, también lo fueron sus procedimientos. No se sintió lo bastante fuerte para afrontar la discusión y conceder de *motu proprio* armas legales a sus adversarios. Los fracasos sucesivos de los patriotas le habían enseñado que la razón era impotente para convencer, y que al valerse sólo de ella, limitaría y debilitaría sus medios de acción. Negó, pues, toda libertad que pudiese disminuir su poder; suspendió las garantías y respondió a la obstrucción con el terror. Fue absorbente, brutal y cruel. No persiguió a los caudillos, cuando éstos, reconociendo su autoridad, ponían a su disposición las tropas que exigía, y castigaban en su nombre a los recalcitrantes y a los unitarios. No dió Constitución a las provincias y se esforzó por convencerlas astutamente de que en realidad se gobernaban a sí mismas. La raza de entonces comprendía la palabra *tirano,* pero no la de *tiranía*. Para ella era Rosas menos tirano que los patriotas, pues les permitía vivir más o menos a su gusto, siempre que fuesen buenos federales. Esta fue una de las causas de su ascendiente, y explica en cierto modo cómo se avino la raza a soportar su larga dominación.

Comenzó por desterrar a sus predecesores y a los hombres conspicuos de los partidos contrarios, pero cuando vió a éstos excitar en su contra a las provincias, y buscar para combatirle a naciones extranjeras, su furor no tuvo límites. Les declaró traidores a la patria y eliminó los sospechosos; de ahí los horrendos degüellos del 42 y del 43. Para juzgar estos hechos, justo es tener en cuenta las costumbres de la época. Rosas nada improvisó. Antes de que él llegara, los caudillos de las provincias degollaron a los prisioneros, despreciaron la vida de los ciudadanos y violaron sin escrúpulo el derecho de gentes.

Mientras vivían en el extranjero, alejados de los asuntos

2008 Ministerio de Cultura

públicos, los patriotas emigrados se condolían de la suerte de su patria y juzgaban a Rosas el mayor obstáculo a la organización nacional. Es que no discernían la obra de unificación que se iba operando en esos años de despotismo, labor lenta y profunda que unía silenciosamente, para el bien de la patria, miembros hasta entonces dispersos e insumisos. La vida creaba vida, trabajando en la sombra. Bajo la mano de hierro del tirano, los instintos se habían suavizado y las provincias se habían soldado, gracias a la obediencia prestada en común al poder temido.

La palabra «Gobierno» y todo lo que representa, adquirió en la dictadura de Rosas un prestigio desconocido. No descansó, como el de los patriotas, en principios ilusorios de Derecho, sino en la fuerza. El primer pensamiento del dictador y su tarea principal fue la organización de un fuerte ejército, en el cual pudiera apoyarse confiadamente en toda circunstancia. El Gobierno no lo constituyó un grupo de doctrinarios que proclamaban ideas nuevas, y que combatían y pretendían combatir intereses antagónicos con palabras y decretos; hombres de generosas intenciones, pero de medios ineficaces; lo formaba ahora un hombre que respondía a las oposiciones colectivas con cuchillo y bala; un hombre, en fin, que disponía del derecho de vida y muerte, y que se mantenía en el poder a pesar de los ataques incesantes de los más encarnizados enemigos.

Por mala y exagerada que fuera esa noción del poder público, nos atrevemos a afirmar que era conveniente en aquella especialísima época. La mentalidad del pueblo era demasiado primitiva para comprender una abstracción. Fue, pues, por la fuerza y la prueba de la fuerza como se le impuso la idea de un poder central directivo. Es que la fuerza era un poder sensible, substancial y duradero, mientras que la opinión popular, inconsistente, versátil, fluida, no era, en realidad, más que una vana apariencia que ocultaba, bajo un adjetivo jactancioso, la voluntad única y arbitraria de los caudillos de provincia. Y como éstos se sostenían y se perpetuaban por la

2008 Ministerio de Cultura

fuerza, un Gobierno deseoso de durar no podía prescindir de ese medio de argumentación. Dada la época y las circunstancias, debía obligar a estos caudillos a secundarlo, o sino quebrarlos con la misma fuerza y someterlos.

El nombre de Rosas será execrado en la República Argentina como el del más cruel y sanguinario de sus gobernantes; pero, a pesar de lo funesto que fue para tantos buenos patriotas y tantas familias respetables, cumplió una misión social importante, cuya utilidad no puede ser negada por el crítico imparcial. Su Gobierno subsistió cerca de veinte años. En ese largo período de tiempo, las provincias vivieron con la vista fija en Buenos Aires, de donde emanaban las órdenes del primer jefe, verdaderamente reconocido por tal por todos los habitantes del país. Y esa era de gobierno brutal, pero estable, ponía definitivamente término a toda nueva experimentación en materia de régimen político. Al día siguiente de la caída del tirano, el país, sin vacilación alguna, acogía favorablemente la idea de un gobierno común, bajo el cual conservasen todas las provincias su soberanía. El alma nacional se había consolidado, y sus aspiraciones claramente definidas tendían a un mismo fin. Y esa, esa fue la gran y feliz consecuencia de la tiranía, de esa tiranía que hizo de remedio terapéutico, incendiando torpemente un campo débil, sin saber que así saneaba el suelo y lo preparaba para nuevas y fecundas siembras.»

Mejor elogio de la tiranía de Rosas ni más justificado, es difícil encontrar. Los enamorados de vagos idealismos, los sentimentalistas, los que juzgan las cosas con lo que pudiéramos llamar abstracciones de corazón, repetirán la frase de Pí y Margall: «los males de la libertad, con la libertad se curan», y repugnarán toda apelación a la fuerza, a la coacción, como elemento de acción política. Pero la Historia enseña que la coacción no constituye una aberración del poder; grandes exaltaciones del poder político, como el feudalismo y las monarquías absolutas, han tenido su plena justificación en la vida de formación de los Estados. De la misma suerte hay que juzgar

2008 Ministerio de Cultura

el absorbente centralismo que con la Revolución cayó sobre la administración de grandes Estados europeos. El feudalismo llevó a cabo grandes progresos técnicos, económicos y políticos, y la monarquía absoluta las magnas formaciones de Estados que hoy conocemos; el centralismo que acompañó al triunfo del liberalismo abstracto de la Revolución unificó los territorios nacionales, removiendo los obstáculos privilegiarios que conspiraban contra la formación política y económica de los Estados modernos. De la misma suerte hay que juzgar las instituciones coloniales de España, duras al parecer, y si se les aisla del ambiente de su época; pero perfectamente justificadas si se considera que el poder de los virreyes, por ejemplo, y el régimen de asimilación, eran exigencias de un estado social un tanto incoherente y dado a la rebeldía en las colonias, que, por otra parte, tenían que ser defendidas por la metrópoli de la concurrencia internacional mediante el sistema mercantilista practicado por doquier por los Estados de Europa, con más o menos violencia, pero conforme a sus principios.

He aquí los efectos políticos útiles del poder de un caudillo triunfante.

La época de organización definitiva en que penetramos ahora, confirma lo dicho, afirma Levillier. Al año de derrotado Rosas, fue elaborada por el gran Alberdi una Constitución representativa federal, que hoy rige, y que fue aceptada por todo el país, salvo Buenos Aires. Esta se había separado pacíficamente; pero volvió a reunirse a sus hermanas algunos años más tarde, y sancionó esta ley mayor.

Este primer progreso político trajo consigo el primer progreso social. Los extranjeros penetraron en el país en cantidades poco considerables, pero continuas. Cuarenta mil emigrantes llegaron entre los años 1853 y 1860; en la decena siguiente fueron ciento sesenta mil; en la siguiente, doscientos sesenta y un mil, y de 1880 a 1890, entraron ochocientos cuarenta y seis mil emigrantes. La Constitución fue una fuerza

2008 Ministerio de Cultura

civilizadora positiva. Además del progreso moral que representaba y de las instituciones internas sobre las cuales legislaba, garantizaba a ciudadanos nativos y extranjeros la seguridad de sus bienes y de sus personas. Todavía estallaron algunos conflictos entre Buenos Aires y la nación respecto de la capital; pero esas escaramuzas ocasionales no obstaculizaron la marcha del país como lo hicieron las guerras civiles de otros tiempos. La actividad comercial se había extendido, en tanto que la actividad política comenzaba a arriar bandera entre ella, y a perder importancia y popularidad. El trabajo fue por excelencia el agente modificador del medio. Obró poderosamente sobre los cuerpos heterogéneos de ese vasto organismo sacudido ya por la furiosa ambición de la fortuna, y los politicastros del interior no se libraron de esa influencia. La tarea más ardua de las autoridades fue la de retirar al gobernador-caudillo, por medio de sus atribuciones constitucionales, los privilegios excesivos que éste había tomado en perjuicio del Estado, en aquellos años en que las provincias vivieron separadas. Se hacía indispensable reducir la zona de acción de ese gran señor federal, jefe político, jefe justicia supremo, jefe militar, dispensador de bienes públicos, arrogante, guerreador, caprichoso y vengativo.

A medida que el Gobierno nacional ampliaba su autoridad, a medida que la civilización invadía las zonas más lejanas, comprimiendo, utilizando o eliminando los elementos anárquicos, el caudillo perdía la seguridad de conservar su prestigio y su poderío. No pudo dejar de comprobar que la moral había oscilado entre su juventud y su madurez. Parecía mal, o por lo menos se había convenido en encontrar mal lo que en otros tiempos constituía la norma común. Cuán lejos estaba aquel tiempo feliz en que ordenaba sin que nadie le replicara, en que ponía a contribución y degollaba a sus enemigos, y en que mataba por capricho, por distracción o por probar una daga, sin que de ello resultaran consecuencias enojosas. El oficio se hacía ya muy difícil. Y nada absolutamente

2008 Ministerio de Cultura

permitía esperar que sus días felices volvieran. Modificó, pues, sus actitudes, tanto en su conducta privada como en su conducta oficial. Pasó de la fuerza a la astucia. No se atrevía a contrarrestar abiertamente los principios constitucionales, los salvó por medio del fraude. El Gobierno disponía, además, de una sanción: la intervención, de la cual hizo con frecuencia uso para contener a estos personajes dentro del respeto debido a la soberanía nacional y a las leyes. Pero ni antes, ni entonces, podía gobernar sin aliados en las provincias. De suerte que tuvo que transigir y privarse de castigar, con objeto de conservar la paz, que era el primero y el más indispensable de los bienes. Las iniquidades particulares de un caudillo constituían, en suma, un mal menor que una guerra civil. El caudillo, por su parte, comprendió que el Gobierno era el más fuerte; pero que sería su amigo con tal de que respondiese a su voluntad en las grandes circunstancias. De manera que hacía amplias declaraciones de lealtad y de respeto con el fin de conservar su prestigio local. Y ese modus vivendi de concesiones mutuas era, en un medio semejante, quizá el único posible, aun cuando no se aproximara a los términos de la Constitución.

El gaucho, así como el caudillo, se vió cercado por la civilización. No era ya dueño de errar a la ventura; nuevos caminos se abrían como leyes imperativas; vías férreas cruzaban el territorio; cercos interrumpían senderos en otros tiempos francos; mayordomos prohibían la entrada en las estancias, y en todos los poblados policía armada de carabinas. No era ya posible carnear un cordero sin incurrir en castigo. El telégrafo se adelantaba al galope del caballo; la impunidad disminuía de día en día. El progreso imperioso, lento y seguro, avanzaba como una inundación, y en su marcha intensa se esforzaba por expulsar a todo elemento hostil; apelaba a todos lo medios sin miramientos y sin piedad. La gran ley de selección imponía su irresistible voluntad. El gaucho se sintió fuera de época, desorientado, aislado, como intruso. Ya, hasta para sí mis-

2008 Ministerio de Cultura

mo, dejó de ser el rey de la Pampa, personaje de leyenda, no le era posible subsistir en un medio activo, comercial y civilizado. Hubiera debido para ello comprimir sus instintos. Pero le faltó ductilidad para amoldarse a las leyes nuevas, y dejó de súbito de ser bastante poderoso para mantener la soberanía de la fuerza y de la licencia. Se encontró sin apoyo, débil y aislado, destinado por una lógica inflexible a ser reemplazado por los más aptos y utilizado parasitariamente por los más fuertes. La Sociedad lo empleó en la destrucción del indio, y mientras por una singular ironía se aniquilaban en las fronteras esos dos elementos constitutivos de la raza, resurgía en las ciudades una nueva nacionalidad por cruzamientos entre criollos y europeos.

El recuerdo del gaucho perdurará, sin embargo, en el espíritu argentino como una de las tradiciones más caras del pasado y como fuente de legítimo orgullo patriótico. Generosidad caballeresca, fuerza, audacia, belleza, poesía, nada le faltó para encarnar aquel tipo de héroe legendario que se encuentra en la historia de todos los pueblos en la hermosa época de su infancia.

Es que precisamente con el gaucho moría la infancia argentina y entraba el país en su adolescencia. Y para ser equitativo, y para rendir homenaje a los nobles e ilustrados patriotas que, en contraposición con el gaucho, impulsaban a la sociedad hacia su fabuloso ascenso, ¡cuántos nombres sería preciso citar! Pero sólo citaré a los mayores, a los ases que encarnan soberbiamente la época. Urquiza, el vencedor de Rosas, el iniciador de la organización nacional; Mitre, que la consumó y que, en toda hora, durante más de medio siglo, fue el guía y el consejero de la opinión; Alberdi, que dió al país su sabia constitución; Vélez-Sarsfield, que fue su eminente codificador; Avellaneda, que concibió y realizó con Alsina y con Roca la campaña del desierto contra los indios, y que inició la colonización agrícola; Sarmiento, en fin, el genial Sarmiento, el educacionista generoso y eficaz que sembró de escuelas el país, y

2008 Ministerio de Cultura

cuya obra magna de apóstol batallador sólo podría compararse en intensidad a su propia vida, múltiple y apasionada, de militar, de tribuno, de periodista, de diplomático y de escritor.

Estos fueron los dirigentes en esa época de transición que media entre el régimen de la fuerza y el régimen de la astucia, y que fue mezcla de lo uno y de lo otro. Ellos hicieron lo posible por que la Constitución fuese verdad, pero los instintos no lo permitieron. El pueblo no resistía a las doctrinas, y si había subido en adaptación hasta el punto de aceptarlas, aún no era posible que sintiese y respetase el espíritu de ellas. Y así es como vivió bajo la Constitución, pero violando los preceptos que la formaban.

VICENTE GAY,
Profesor en la Universidad de Valladolid.

2008 Ministerio de Cultura

LIBROS PUBLICADOS

POR

LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración,
López de Hoyos, 6.—MADRID

N.º del Catál.º		Pesetas
513-514.	**Aguanno.**—La génesis y la evolución del Derecho civil (Dos tomos).	15
176	— La Reforma integral de la legislación civil..	4
177	**Alcofurado.** — Cartas amatorias de la monja portuguesa Mariana Alcofurado, dirigidas al Conde de Chamilly....	3
315	**Amiel.**—Diario íntimo..	9
178	**Anónimo.**--¿Académicas?	1
179	— Currita Alborñoz al P. Luis Coloma.....	1
327-328	**Antoine.**—Curso de Economía Social, 2 vols.	16
180	**Arenal.** — El Delito colectivo.....	1,50
182	— El Derecho de gracia.	3
181	— El Visitador del preso.	3
323	**Arnó.**—Las servidumbres rústicas y urbanas.--Estudio sobre las servidumbres prediales.....	7
114	**Arnold.** — La crítica en la actualidad.....	3
172	**Asensio.**—Fernán Caballero.....	1
39	— Martín Alonso Pinzón.	3
184	**Asser.** — Derecho Internacional privado.....	6
368	**Bagehot.** — La Constitución inglesa.....	7
391	— Leyes científicas del desarrollo de las naciones en sus relaciones con los principios de la selección y de la herencia	4
416	**Baldwin.**—Elementos de Psicología.....	8
111	**Balzac.**--César Birotteau	3
54	— Eugenia Grandet....	3
112	— La Quiebra de César Birotteau.....	3

N.º del Catál.º		Pesetas
62	— Papá Goriot.....	3
76	— Ursula Mirouet.....	3
2	**Barbey d'Aurevilly.** — El Cabecilla.....	3
12	— El Dandismo y Jorge Brummel.....	3
131	— La Hechizada.....	3
120	— Las Diabólicas.....	3
124	— Una historia sin nombre.....	3
110	— Venganza de una mujer.....	3
495	— **Barthelemy-Saint-Hilaire.**—Buda y su religión.....	7
130	**Baudelaire.**—Los paraísos artificiales.....	3
163	**Becerro de Bengoa.**—Trueba.....	1
174	**Bergeret.**—Eugenio Mouton (Merinos)....	1
552	**Berzeviczy.**—Beatriz de de Aragón, Reina de Hungría.....	7
353	**Boccardo.**—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, para uso especialmente de los Institutos técnicos y de las Escuelas superiores de Comercio.....	10
311	**Boissier.**—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo de César.....	8
380	— La Oposición bajo los Césares.....	7
525	**Bouchot.**—Historia de la literatura antigua.....	6
169	**Bourget.**-Hipólito Taine	0,50
395	**Bréal.** — Ensayo de Semántica. (Ciencia de las significaciones).....	5

2008 Ministerio de Cultura

N.º del Catál.º		Pesetas
447	**Bredif.** — La Elocuencia política en Grecia.....	7
399	**Bret Harte.** — Bloqueados por la nieve.....	2
484	**Brooks Adams.**—La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos	7
505-526	**Bryce.** — La República Norteamericana, dos tomos.....	13
556	— El gobierno de los Estados en la República Norteamericana.....	7
367	**Bunge.**—La Educación..	12
185-186	**Burgess.** — Ciencia política y Derecho constitucional comparados *(dos tomos)*.....	14
557	**Burnouf.** — Las religiones, literatura y constitución social de la India	7
547-548	**Buylla.**— Economía *(dos tomos)*.....	10
533-537-542	**Caillaux.** —Los Impuestos en Francia, *(tres tomos)*.....	18
520	**Cambronero.**—Las Cortes de la Revolución...	4
36-37	**Campe.** — Historia de América *(dos tomos)*...	6
156	**Campoamor.**—Cánovas.	1
79	— Doloras, cantares y humoradas.....	3
69	— Ternezas y flores.....	3
317-354-371	**Carlyle.**—La Revolución francesa *(tres tomos)*.....	24
393	— Pasado y presente....	7
189	**Carnevale.**—La cuestión de la pena de muerte..	3
102	**Caro.**—Costumbres literarias.....	3
58	— El pesimismo en el siglo XIX.....	3
65	— El suicidio y la civilización.....	3
363	— La filosofía de Goethe	6
293	**Castro.**—El libro de los galicismos.....	3
394	**Colombey.** — Historia anecdótica de El Duelo en todas las épocas y en todos los países.....	6
190-191	**Collins.** — Resumen de la filosofía de Spencer *(dos tomos)*.....	15
437	**Comte.** — Principios de Filosofía positiva.....	2
64	**Coppée.**—Un idilio.....	3
404	**Couperus.**—Su Majestad.	3
361	**Champcommunale.**—La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado.....	10
515	**Chassay.**--Los deberes de la mujer en la familia.	3
40	**Cherbuliez.** — Amores frágiles.....	3
26	— La tema de Juan Tozudo	3
93	— Meta Holdeins.....	3
18	— Mis Rovel.....	3
91	— Paula Meré.....	3
297-298	**Darwin.** — Viaje de un naturalista alrededor del mundo *(dos tomos)*..	15
59	**Daudet.**—Cartas de mi molino.....	3
125	— Cuentos y fantasías..	3
13-14	— Jack *(dos tomos)*...	6
46	— Novelas del lunes....	3
540	**Delorme.** — César y sus contemporáneos.....	6
536	**Deschanell.** —Lo malo y lo bueno que se ha dicho de las mujeres...	7
425	**Dollinger.**— El Pontificado.....	6
166	**Dorado.** — Concepción Arenal.....	1
33	**Dostoyusky.**—La novela del presidio.....	3
301	**Dowden.** — Historia de la literatura francesa..	9
402	**Dumas.**—Actea.....	2
340	**Eltzbacher.** — El anarquismo, según sus más ilustres representantes.	7
326	**Emerson.**—La ley de la vida.....	5
332	— Hombres simbólicos..	4
413	— Ensayo sobre la naturaleza, seguido de varios discursos.....	3,50
442	— Inglaterra y el carácter inglés.....	4
459	— Los veinte ensayos...	7
516	**Ellen Key.**—El amor y el matrimonio.....	6
342	**Ellis Stevens.**—La Constitución de los Estados Unidos, estudiada en sus relaciones con la Historia de Inglaterra y de sus colonias.....	4

2008 Ministerio de Cultura

N.º del Catál.º		Pesetas
553	**Engels.**—Anti-Dühring o revolución de la ciencia, de Eugenio Dühring.....	7
162	**Fernán Flor.**—Tamayo..	1
158	— Zorrilla.....	1
155	**Fernández Guerra.** — Hartzenbusch.....	1
92	**Ferrán.**-Obras completas	3
42	**Ferry.**—Estudios de Antropología.....	3
352	**Finot.**—Filosofía de la longevidad.....	5
534	**Fisher.**—Economía política y geométrica.....	8
357	**Fitzmaurice-Kelly.** — Historia de la Literatura española..... .	10
24	**Flaubert.** — Un corazón sencillo.....	3
390	**Flint.**—La Filosofía de la Historia en Alemania..	7
196-197	**Fouillée.** — Historia de la filosofía (*dos tomos*)	12
195	— La ciencia social contemporánea.....	8
194	— Novísimo concepto del derecho en Alemania, Inglaterra y Francia..	7
451-452	—Historia de la filosofía de Platón (*dos tomos*)	12
554-555	— Compendios de los grandes filósofos (*dos tomos*).....	12
333	**Fournier.** — El ingenio en la historia.—Investigaciones y curiosidades acerca de las frases históricas.....	3
198-199	**Framarino dei Malatesta.**—Lógica de las pruebas en materia criminal (*dos tomos*).....	15
509	**Fromentín.**—La pintura en Bélgica y Holanda..	6
302-303	**Gabba.** — Cuestiones prácticas de Derecho civil moderno (*dos tomos*).	15
307	**Garnet.**—Historia de la Literatura italiana....	9
201	**Garofalo.** — Indemnización á las víctimas del delito.....	4
200	— La criminología.—Estudio sobre el delito y la teoría de la represión, con un Apéndice sobre los términos del problema penal, por Luis Carelli.....	10
202	— La superstición socialista.....	5
507	— El delito como fenómeno social.....	4
539	— Justicia y Civilización.....	4
98	**Gautier.**—Bajo las bombas prusianas.....	3
167	— Enrique Heine.....	1
132	— Madama de Girardín y Balzac.....	3
121	— Nerval y Baudelaire..	3
70	**Gay.**—Los Salones célebres.....	3
345	**George.** — Protección y librecambio.....	9
421	— Problemas Sociales..	5
261	**Giddings.**—Principios de Sociología..... .	10
414	— Sociología inductiva.	6
485	**Girard.**—La Elocuencia ática.....	4
546	— El sentimiento religioso en la Literatura griega.....	7
286	**Giuriati.** — Los errores judiciales.....	7
531	— El Plagio...	8
164	**Gladstonne.**—Lord Macaulay.....	1
287	**Goethe.**—Memorias.....	5
538	**Gómez Villafranca.**—Indices de *La España Moderna*, tomos I á 264, formados aplicando el sistema de clasificación bibliográfica decimal..	12
406	**Gonblanc.**—Historia general de la Literatura.	6
21	**Goncourt.** — Germinia Lacerteux.....	3
204	— Historia de María Antonieta.....	7
44	— La Elisa.....	3
61	— La Faustín.....	3
129	— La señora Gervaisais..	3
318	— Las favoritas de Luis XV.....	6
6	— Querida.....	3
11	— Renata Mauperín....	3
358	— La Du-Barry.....	4
528	— La Clairon	6
543	— La mujer en el siglo XVIII.....	5

2008 Ministerio de Cultura

N.º del Catál.º		Pesetas
206	**González.**-Derecho usual	5
282-283	**Goodnow.**—Derecho administrativo comparado (*dos tomos*).....	14
207	**Goschen.**—Teoría de los cambios extranjeros...	7
208	**Grave.**—La sociedad futura.....	8
469, 470, 461 - 462.	**Green.**—Historia del Pueblo inglés (*cuatro tomos*).....	25
209	**Gross.**—Manual del juez.	12
502	**Guizot.** — Abelardo y Eloísa.....	7
210	**Gumplowicz.** — Derecho político filosófico.....	10
211	— Lucha de razas.....	8
330	—Compendio de Sociología	9
527	— La Sociología y la política.....	4
212	**Guyau.** — La educación y la Herencia.....	8
331	— La moral inglesa contemporánea, ó sea, Moral de la utilidad y de la evolución.....	12
471	**Hailman.**—Historia de la Pedadogía.....	2
290	**Hamilton.** — Lógica parlamentaria.....	2
213	**Hausonville.** — La juventud de Lord Byron.	5
324	**Heiberg.** — Novelas Danesas.....	3
41	**Heine.**—Memorias.....	3
314	— Alemania.....	6
396	**Höffding.**—Psicología experimental.....	9
426	**Hume.**—Historia de la España contemporánea..	8
412	— Historia del Pueblo Español.....	9
214	**Hunter.** — Sumario del Derecho romano.....	4
316	**Huxley.**—La educación y las ciencias naturales..	6
43	**Ibsen.**—Casa de muñeca.	3
53	— Los Aparecidos y Edda Gabler.....	3
423	**Jitta.**—Método de Derecho internacional.....	9
217	**Kells Ingram.**—Historia de la Economía política.	7
219	**Koch y otros.** — Estudios de higiene general.	3
295 bis.	**Korolenko.** — El desertor de Sajalín.....	2,50

N.º del Catál.º		Pesetas
322	**Kropotkin.**—Campos, fábricas y talleres.....	6
299	**Krüger.**—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano.....	7
517	**Lagerlof.**—El esclavo de su finca.....	3
220	**Lange.**—Luis Vives....	2,50
454	**Larcher y Jullien.**—Opiniones acerca del matrimonio y del celibato...	5
221	**Laveleye.** — Economía política.....	7
369	— El Socialismo contemporáneo.....	8
319	**Lemcke.**—Estética.....	8
288	**Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán).....	3
321	**Leroy-Beaulieu.** — Economía política.....	8
474	**Lester Ward.** — Factores Psíquicos de la Civilización.....	7
434	**Lewis-Pattée.** — Historia de la Literatura de los Estados Unidos....	8
222	**Lombroso.**—La Escuela criminológico-positivista.....	7
385-386	— Medicina legal (*dos tomos*).....	12
382	**Liesse.**—El trabajo desde el punto de vista científico, industrial y social	9
223	**Lubbock.** — El empleo de la vida.	3
438	**Macaulay.** — Estudios jurídicos.....	6
294	— La Educación.....	7
305-306	— Vida, memorias y cartas (*dos tomos*).....	14
460	**Mac-Donald.**—El criminal tipo.....	3
224	**Manduca.** — Procedimiento penal.....	5
535	**Marie.**—Misticismo y locura.....	5
504-510-522	**Marshall.**—Tratado de Economía política (tres tomos).....	21
225-226-227	**Martens.**—Derecho internacional (público y privado) (*tres tomos*)	22
424	—Tratado de Derecho internacional.--Apéndice. — La Paz y la guerra...	8
410	**Martin.**— La Moral en	

2008 Ministerio de Cultura

N.º del Catál.º		Pesetas
	China.....	4
481	**Mattirolo.** — Instituciones de Derecho Procesal Civil.....	10
173	**Maupassant.**—Emilio Zola.....	1
375	**Max-Muller.**— La ciencia del lenguaje	8
228	— Origen y desarrollo de la religión.....	7
366	— Hist. de las religiones.	8
455	— La Mitología comparada.....	7
160	**Menéndez y Pelayo.**— Martínez de la Rosa...	1
152	— Núñez de Arce.....	1
284	**Meneval.** —María Estuardo.....	6
383	**Mercier.**—Curso de Filosofía: Lógica.....	8
387-388	— Psicología (*dos tomos*).....	12
392	— Ontología.....	10
427	— Criteriología general.	9
418	**Merejkowsky.** — La Muerte de los Dioses..	2
118	**Merimee.**—Colomba....	3
133	— Mis perlas	3
450	**Merkel.**—Derecho penal.	10
229	**Mexer.**—Derecho administrativo.....	4
230-231	**Miraglia.** — Filosofía del Derecho (*dos tomos*).....	15
296	**Mommsen.**--Derecho público romano.....	12
440-373	— Derecho penal romano (*dos tomos*).....	18
398	**Mouton.** — El deber de castigar.....	4
170	**Molins.** —Bretón de los Herreros.....	1
492	**Morley.**—Estudios sobre grandes hombres.....	5
544	— Voltaire.....	6
295	**Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega	10
312	**Nansen.**—Hacia el Polo.	6
472	**Nardi-Greco.**—Sociología jurídica.....	9
232	**Neera.**—Teresa.....	3
233	**Neumann.**—Derecho Internacional público moderno.....	6
490	**Nisard.** — Los cuatro grandes historiadores latinos.....	4

N.º del Catál.º		Pesetas
308	**Nietzsche.**—Así hablaba Zaratustra	7
335	— Más allá del bien y del mal.....	5
336	— La Genealogía de la moral.....	3
350	— Humano, demasiado humano...	6
370	— Aurora.....	7
405	— Ultimos opúsculos...	5
431	— La Gaya ciencia.....	6
466	— El viajero y su sombra.....	6
497	**Nourrison.**—Maquiavelo	3
355	**Novicow.**—Los despilfarros de las Sociedades modernas.....	8
365	— El porvenir de la raza blanca.....	4
407	— Conciencia y voluntad sociales.....	6
478	— La guerra y sus pretendidos beneficios....	1,50
473	**Papini.**—Lo trágico cotidiano y El piloto ciego.	3
541	— El Crepúsculo de los Filósofos.....	3
157	**Pardo Bazán.**--Alarcón.	1
171	— Campoamor...	1
151	— El P. Luis Coloma...	2
168	**Passarge.**—Ibsen.....	1
483	**Perrot.**—Derecho público de Atenas,.....	4
549-550	**Piepers.**— La reforma del Derecho (dos tomos).....	10
161	**Picón.**—Ayala	1
417	**Potapenko.**— La novela de un hombre sensato..	2
379, 432 y 433	**Prevost Paradol.** — La Historia Universal (*tres tomos*)..	16
384	**Quinet.** — El Espíritu nuevo.....	5
235	**Renán.** — Estudios de historia religiosa.....	6
56-57	— Memorias íntimas (*dos tomos*).....	6
422	**Ribbing.** — La higiene sexual.....	3
237-238	**Ricci.** — Tratado de las pruebas (*dos tomos*).	20
397, 411, 435, 436, 348, 349, 444, 445, 456, 457, 463, 467, 479, 480, 486, 491, 493, 496, 499 y 519.	—**Ricci.** Derecho civil (*veinte to-*	

2008 Ministerio de Cultura

N.º del Catál.º		Pesetas
	mos)	140
545	**Rocco.** — La Sentencia Civil	4
285	**Rod.**—El silencio	3
409	**Roguin.**—Las Reglas jurídicas	8
415	**Roosevelt.**—New-York	4
523	**Rossi.**—Sociología y Psicología colectiva	6
453	**Rozan.**—Locuciones, proverbios	3
346	**Ruskin.**—Las siete lámparas de la arquitectura	7
446-439	— Obras escogidas, (*dos tomos*)	13
530	— Las piedras de Venecia: Guía estética de Venecia y de Verona	6
122	**Sainte-Beuve.** — Retratos de mujeres	3
441	— Estudios sobre Virgilio	5
49	— Tres mujeres	3
512	**Saisset.**—Descartes, sus precursores y sus discípulos	7
381	**Sansonetti.**—Derecho constitucional	9
518	**Sarcey.**—Crónica del Sitio de París	6
84	**Sardou.**-La Perla Negra	3
242-344-372	**Schopenhaüer.** El mundo como voluntad y como representación (*tres tomos*)	30
241	—Fundamentos de la moral	5
465	—Ensayos sobre Religión, Estética y Arqueología	4
464	— La nigromancia	3
458	— Estudios de Historia filosófica	4
448	— Eudemonología	5
508	**Scheel y Mombert.**—La explotación de las riquezas por el Estado y por el Municipio	4
511	**Schuré.** — Historia del drama musical	5
524	— Ricardo Wagner, sus obras y sus ideas	6
401	**Sienkiewicz.** —Orso. En vano	2
430	**Sieroszewski.** — Yang-Hun-Tsy	2
320	**Sohm.**—Derecho privado romano	14
378	**Sombart.**— El Socialismo y el movimiento social en el siglo XIX	3
256	**Spencer.**—De las leyes en general	8
247	— La moral	7
253	— El organismo social	7
254	— El progreso	7
257	— Etica de las prisiones	8
255	— Exceso de legislación	7
248	— La beneficencia	4
246	— La justicia	7
260	— Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas	9
249	— Las instituciones eclesiásticas	6
251-252	— Las instituciones políticas (*dos tomos*)	12
258-259	— Los datos de la Sociología (*dos tomos*)	
250	— Las instituciones sociales	7
343	— Las instituciones profesionales	12
351	— Las instituciones industriales	4
488-489	**Squillace.**—Las doctrinas sociológicas (*dos tomos*)	8
362	**Starcke.**— La Familia en las diferentes sociedades	10
262	**Sthal.** — Historia de la filosofía del Derecho	5
341	**Stirner.**—El Unico y su propiedad	12
376-377	**Stourm.** — Los Presupuestos (*dos tomos*)	9
475	**Strafforello.** — Después de la muerte	15
449	**Stuart-Mill.** — Estudio sobre la religión	3
263	**Sumner-Maine.**—El antiguo derecho y la costumbre primitiva	4
264	— La guerra según el Derecho internacional	7
266	— Las instituciones primitivas	4
267	**Supino.** — Derecho mercantil	7
403	**Suttner.**—High-Life	12
106	**Taine.**—Florencia	3
334-468-476-482-487-529	-- Los orígenes de la Francia contemporánea (*seis tomos*)	40

2008 Ministerio de Cultura

ÍNDICE

Págs.

Un nuevo Guzmán el Bueno, por Juan Pérez de Guzmán..... 5

Padre e hijo (novela), por Edmundo Gosse..... 18

El Clondic y la vida de los buscadores de oro, por Jeremías Lynch. 54

El tesoro de la Reina Isabel, por Carlos Justi..... 91

Guía del buen decir, por Juan B. Selva..... 120

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 149

La América Moderna, por Vicente Gay..... 186

2008 Ministerio de Cultura